

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Cristo con un fusil al hombro



● crónicas ●
ANAGRAMA

La contraportada de la primera edición polaca de *Cristo con un fusil al hombro* (1975) exhibía el siguiente texto, escrito por el propio autor: «Poco después de la muerte del Che Guevara, el pintor revolucionario argentino Carlos Alonso pintó un cuadro que inmediatamente se hizo famoso en toda América Latina y que, multiplicado en miles de copias, apareció en forma de cartel en los muros de La Habana y de Caracas, en las aulas universitarias de Lima y de Santiago de Chile, en las viviendas de los obreros brasileños y en las chozas de los campesinos mexicanos. Alonso había pintado una figura de Cristo con un fusil al hombro, figura que, por su aspecto y su atuendo, recordaba la de un guerrillero, fuera éste cubano, boliviano o colombiano. En los países de las dictaduras militares, la policía arrancaba el cartel de los muros; en Paraguay dieron con sus huesos en la cárcel los estudiantes que habían aprovechado la noche para pegarlo en las calles de Asunción. El cuadro de Alonso se ha convertido desde entonces en el símbolo artístico del luchador, del guerrillero, del hombre que, arma en mano y en las peores condiciones, combate la violencia y la arbitrariedad en su lucha por un mundo diferente, justo y bueno con todos los seres humanos.» Para ser rigurosos, no fue Ernesto Guevara sino el sacerdote Camilo Torres (cuya foto figura en la portada de este libro), abatido a tiros arma en mano, quien había hecho de prototipo de la figura de Cristo con un fusil. Sin embargo, sólo la muerte del Che, en vísperas de la revuelta del 68 y en un mundo inmerso en la Guerra Fría, dio comienzo a la leyenda que inspiró a los jóvenes rebeldes de los países del Sur, que se desangraban en silencio bajo la férula de unos regímenes tan atroces y genocidas como impunes. Precisamente a ellos, a los que se dejaron la piel luchando por la libertad de sus países y congéneres —ya en Oriente Medio, ya en América Latina, ya en Mozambique—, están dedicados los reportajes reunidos en este volumen. Ryszard Kapuscinski (Polonia, 1932-2007) fue corresponsal en el extranjero hasta 1981. En esta colección se han publicado *El Emperador*, *El Sha*, *El Imperio*, *Ébano*, *Lapidarium IV*, *La guerra del*

fútbol, Los cínicos no sirven para este oficio, Un día más con vida, El mundo de hoy, Viajes con Heródoto, Encuentro con el Otro, La jungla polaca y Cristo con un fusil al hombro. Entre sus numerosos galardones figura el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, concedido en 2003.

Ryszard Kapuscinski

Cristo con un fusil al hombro

Título de la edición original: *Chrystus z karabinem na ramieniu*

Traducción: Agata Orzeszek

© Herederos de Ryszard Kapuscinski 2007

© Editorial Anagrama S. A. 2010

Pedro de la Creu 58 - 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2588-6

Depósito Legal: B269-2010

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl., Murcia, 36

FEDAYINES

Estos tres hombres vestidos de verde botella y armados con metralletas son fedayines. Apostados en la carretera que va desde Beirut hasta la frontera con Israel, su cometido consiste en parar los coches. El que tiene un motivo justificado para seguir viaje, lo sigue, pero el que pasa por allí porque sí o aquel que tiene aspecto sospechoso, es obligado a dar media vuelta. Éste no es un lugar para turistas: aquí hay guerra. Israel está a tan sólo diez kilómetros.

Paseo la mirada a mi alrededor y descubro una belleza paradisíaca. A ambos lados del camino se extienden huertos de limoneros, olivos, melocotoneros... Un poco más allá, a la derecha, se ve el mar, y a la izquierda, las montañas. Todo rebosa verdor e infinidad de flores. Y todo, hasta la misma línea del horizonte, aparece inundado por el sol.

Los tres fedayines son muy jóvenes. El menor a duras penas llegará a los quince años. Muestra un semblante grave: se toma muy en serio su cometido de montar guardia. Con su casco, su metralleta y su uniforme de campaña que le viene grande, tiene el aspecto del pequeño soldado de enlace de la sublevación de Varsovia. Quiere saber adónde nos dirigimos. Vamos a Rashidiya, pero no sabemos por dónde torcer. ¿Que de dónde somos? De Polonia. Tras unos instantes de reflexión: Ah, Polonia; en ese caso no hay inconveniente, un momento, por favor. Y llama a un fedayín que camina solo por la carretera. Entre los dos deciden que éste nos acompañará. Torcemos hacia el mar, nos topamos con un nuevo puesto de control (donde sube al coche un segundo fedayín) y, así acompañados, entramos en Rashidiya.

Rashidiya huele a naranjas y a sangre.

Uno de los obuses ha dado en un camión que transportaba naranjas, y arroyos dorados del fragante zumo fluyen por la calle principal. Cerca, en el umbral de su casucha de barro, está sentado un árabe anciano, callado, petrificado. De lo que ayer era su casa, no queda sino el suelo y un pedazo de pared. De lo que ayer era su familia, no queda nadie. Oh, aquí está la sangre, dice uno de los fedayines mientras señala unas manchas oscuras en el suelo. Más adelante, dispuestas en hileras, hay más casuchas de barro. Aquí y allá, las destrozadas por los obuses, muestran su interior. Armarios reventados, harapos ensangrentados, una tetera en medio de la calle, arrojada hasta allí por la onda expansiva... En una pared, un retrato de Nasser agujereado por un trozo de metralla. En otro sitio, todo se ve cubierto de blancura: es harina desparramada. Más allá, un obús dio en la techumbre de una tienda, pero como al pasar tan alto no destruyó la mercancía, su dueño está sentado de nuevo detrás del mostrador, pasen, señores, pasen y compren.

Pero no hay quien compre. En el lugar no quedan sino los integrantes de un único puesto de fedayines y unos cuantos árabes viejos. La población ha sido evacuada en previsión de nuevos ataques. Evacuada una vez más, una vez más se ha puesto en camino, una vez más sin saber adónde dirigirse. Cada cual, con prisas, se ha llevado lo que tenía a mano, ya una olla, ya una manta, dejando el resto de sus pertenencias. Y ese resto ¡cuán mísero resulta! Mejor dicho, raya en cero: una vieja mesilla de noche, unos harapos mil veces remendados, una muñeca de trapo con una sola pierna...

Rashidiya es uno de los campos de refugiados palestinos en el Líbano, y los campos palestinos son la cosa más triste de cuantas se pueden ver en Oriente Medio. Si recorréis Siria, Jordania o el Líbano, y, admirados por la sosegada belleza del paisaje que os rodea, de repente veis algo que os conmueve, algo que tiene el aspecto de un parche grande y mísero hecho de barro, de hojalata herrumbrosa, de trapos viejos y palos rotos; si veis que, con cada soplo de aire, se levantan por

encima de ese parche nubes de polvo incandescente y que en su interior pululan enjambres de niños semidesnudos, de moscas envalentonadas y de perros famélicos mientras los hombres permanecen sentados en el suelo apoyándose contra las paredes en actitud de espera —no se sabe de qué: de cualquier cosa—, es que os halláis ante un campo de refugiados palestinos.

Las estrechas callejuelas de Rashidiya bajan por una suave pendiente hacia el mar. El ataque de ayer vino precisamente de allí: del mar. Por la tarde se acercó al campo una escuadra de cañoneros y abrió fuego empezando un bombardeo que se prolongó durante una hora. El Líbano no tiene armada de guerra, así que los cañoneros pudieron disparar impunemente. Habrían podido disparar durante el día entero, pero la intensidad de los ataques se ve limitada por la política: matar a los suficientes para que a los demás se les quede bien grabado en la memoria, pero no a demasiados, no vaya a ser que en el mundo se levanten voces de condena.

No se sabe muy bien dónde está el límite de las víctimas que el mundo puede digerir. Ayer en Rashidiya murieron doce personas. Un buen número: nada que temer. ¿Y si hubieran sido doscientas? Quizá fuera excesivo. Un comandante cualquiera de un cañonero cualquiera juega con las cartas tapadas, a ciegas, pues no ve a cuánta gente mata; si mata a tanta que no habrá nada que temer o si, por el contrario, se excede exponiéndose a voces de condena.

Pero de todos estos detalles se enterará más adelante por los periódicos.

Todo se sabe desde el principio hasta el final. Dentro de unos días, los periódicos informarán de una nueva acción de los fedayines. Tres de ellos entrarán de madrugada en una aldea israelí y se llevarán —digamos— a diez rehenes, con los cuales se encerrarán en un edificio. A partir de ese momento, tanto a los fedayines como a los rehenes, los podemos situar en el Juicio Final.

Pero aquella mañana todavía existen, todavía están con vida.

De momento, los fedayines anuncian que dejarán marchar a los rehenes si el gobierno de Israel libera a cien presos palestinos. En caso contrario, los rehenes serán ejecutados. El plazo del ultimátum expira a las ocho de la tarde. Ahora, la vida de diez israelíes está en manos del gobierno israelí. Sólo que el gobierno israelí nunca cede en tales casos. Ante la elección entre el principio de no ceder y la vida humana, siempre opta por el principio. A continuación, el gobierno manda tropas con la orden de tomar el edificio. Empieza el tiroteo. Pero la acción no dura mucho: rodeados, los fedayines matan a los rehenes y luego se dan muerte haciéndose saltar por los aires.

Más tarde, en el metro de París, en un autobús de Londres y en un café de Viena, la gente lee que en... (aquí un nombre extraño y difícil) unos fedayines han matado a... (aquí el número de muertos, a veces sus nombres) tras lo cual se han hecho saltar por los aires. Y al día siguiente, que la aviación (o la artillería, o la marina de guerra) israelí ha bombardeado... (aquí un nombre extraño y difícil) matando a... (aquí el número de muertos, a veces también de heridos). Pero como todo esto ocurre tan lejos y los nombres propios resultan tan difíciles de recordar, la gente lo olvida todo enseguida, tanto más cuanto que al salir a la calle y echar un vistazo a los escaparates, al cabo de un rato se ve impelida a pensar en algo muy diferente y hasta a decir en voz alta:

—Vaya, otra vez ha subido todo.

Sin embargo, los de Rashidiya y de Rafah, los de Qiryat Shemona y de Taiba, no olvidan. Esta es *su* guerra, una guerra cuyo final ni siquiera se vislumbra. Mañana habrá otro comunicado:

La aviación israelí ha bombardeado...

O:

Tres fedayines entraron de madrugada en una aldea...

Los fedayines quieren enseñárnoslo todo: la devastación, el mercado

de pescado abandonado, el único pozo de agua potable... Se muestran entre decepcionados y preocupados porque no llevamos cámaras fotográficas. Lo que quisieran es que el mundo entero viera Rashidiya. Siguen creyendo con una fe inquebrantable que el mundo los va a escuchar y a comprender, y que no estarán solos. Lo único que persiguen es que su causa llegue a oídos de la gente, que todo el mundo conozca la existencia de la cuestión palestina y que en algún lugar del globo terrestre alguien plantee la pregunta:

—Y esos palestinos, ¿por qué luchan?

Por el momento, hay muchas fuerzas actuando para evitar esa pregunta, pues si se plantease, la gente empezaría a buscar una respuesta. Y querría conocer hechos. Y, antes que nada, echaría una ojeada al mapa. Y el primero que consultase un mapa del mundo cualquiera descubriría, atónito, que no consigue encontrar en él ningún país llamado Palestina.

Precisamente ahí está el problema.

En que Palestina es tan pequeña.

Se puede tirar una piedra desde una frontera y la piedra alcanzará otra frontera. Y entre las dos cabe toda Palestina. Es posible recorrerla en coche en un sola día. Entre Haifa y Tiberíades hay sesenta kilómetros y entre Tel Aviv y Jerusalén, noventa. Un coche recorre toda la costa en media hora. ¿Que por qué se libraron batallas tan encarnizadas y sangrientas por el monte Hermón, por cada una de sus piedras? Porque el que esté en la cima del Hermón abarcará con la vista la mitad de Israel, la mitad de Siria, la mitad del Líbano y, por si fuera poco, un trozo de Jordania. Oriente Medio ocupa un buen pedazo de mundo. En Oriente Medio hay cientos de kilómetros de extensiones deshabitadas, desérticas. Sin embargo, el lugar donde se vive la tragedia de Oriente Medio, ese polvorín tan peligroso, se asemeja a un pequeño escenario atestado de actores y decorados. La gente se amontona llenándolo hasta los topes como en un autobús urbano en hora punta. Además, hace mucho calor; todo el mundo está

empapado en sudor y de mal humor. Nadie tiene suficiente espacio ni suficiente aire. En semejantes condiciones, se puede recorrer una o, a lo sumo, dos paradas. Pero basta que alguien le pise el callo al vecino para que éste lance un grito audible hasta en las antípodas. Toda posibilidad de discutir el asunto en tono comedido está descartada. Cegados por el odio, todos ven enemigos en todos. Si se les ordena lanzar una bomba, la lanzarán; si se les ordena abrir fuego, lo abrirán. He aquí la Palestina de hoy, una de cuyas mitades queda anexionada, y la otra ocupada, por Israel. En el Israel de hoy, los árabes y los judíos están condenados los unos a los otros, a ese autobús atestado hasta los topes en el que se rozan a diario, codo con codo, condenados a sus respectivos sudor y odio.

Ya en 1930, el gobierno británico declaraba que en Palestina no había suficiente espacio, que el país no podía recibir más contingentes de judíos porque la tierra no daba para más. Y eso que en aquella época allí tan sólo había doscientos mil judíos. Hoy son casi tres millones. Además, hay medio millón de árabes que viven en el Israel propiamente dicho y un millón en los territorios ocupados. La Palestina fértil se reduce en realidad a dos oasis: Galilea y Samaria, a las que se suma una estrecha franja de tierra cultivable a lo largo de la costa. La densidad de población se eleva allí a ¡más de quinientas personas por kilómetro cuadrado! Dejando de lado las ciudades, tamaño apretujamiento no se da casi en ninguna otra parte del mundo. Aun así, el gobierno de Israel reclama nuevos inmigrantes. ¡Que vengan, ya les haremos sitio de un modo u otro, aunque tengamos que meterlos con calzador! En primer lugar: a mayor marea humana, más contundente sonará su argumento en la arena internacional. ¡No tenemos adonde retroceder! ¿Al mar? ¿Acaso vamos a obligar a nuestros ciudadanos a subirse a la cabeza del vecino? Y en segundo lugar: aunque es un país pequeño, Israel aspira a convertirse en una superpotencia. Para ello necesita de una gran administración, de un gran ejército y de un gran servicio de inteligencia: hay un montón de puestos esperando ser ocupados.

La llegada masiva a Palestina, dicen los fedayines, se ha podido producir sólo a costa de los palestinos. Más aún: afirman que también a costa de los judíos palestinos. Citan casos de grupos sionistas armados que asesinaban a los judíos palestinos que protestaban contra la migración de Europa, porque los inmigrantes europeos los relegaban a posiciones más bajas, tanto políticas como económicas. Los judíos del lugar recordaban la Palestina de la que manaba leche y miel, una tierra donde árabes, cristianos y judíos convivían en paz y a nadie se le ocurría disparar al vecino por la espalda. Cada comunidad guardaba sus templos: había suficiente lugar para albergar a sus respectivos dioses.

Los fedayines dicen que nunca dirigen una acción contra las antiguas aldeas habitadas por judíos palestinos. Actúan exclusivamente en aquellas de las cuales se había expulsado a los palestinos para instalar en su lugar a israelíes que ahora cultivan la tierra árabe.

Un millón de palestinos se ha visto forzado a abandonar su país. Un millón de personas lleva más de veinticinco años vagando por el mundo, yendo de un lado para otro. En las afueras de Ammán hay un campo de refugiados donde viven cincuenta mil palestinos.

En 1947 fueron expulsados de Samaria a Gaza.

En el 56, de Gaza a la orilla oeste del Jordán.

En el 67, de la orilla oeste a la orilla este.

En el 69, los israelíes empezaron a atacar los campos del Valle del Jordán y los refugiados se vieron obligados a dirigirse a Ammán.

Los fedayines recuerdan que cada nueva guerra desencadenaba una oleada de éxodo palestino. La gente huía del ejército israelí con lo puesto, y en este clima suele ser un pantalón y una camisa; a veces, un par de zapatos. Desde hace veinticinco años vive de lo que le proporciona la ONU: dos puñados de arroz, un puñado de harina y una cucharada de aceite al día. Algunos hombres trabajan, aunque no muchos. Los campos de refugiados palestinos están situados en países

pobres, con una alta tasa de paro. Resulta muy difícil encontrar un trabajo. Además, los hombres expulsados de Palestina en su mayoría son campesinos; lo único que saben hacer es cultivar la tierra, algo que justamente no tienen. En ninguna parte hay tierra para los palestinos.

Uno de los fedayines dice que para los palestinos la tierra lo es todo. Ellos piensan de otra manera que sus hermanos beduinos que recorren los desiertos, y que sus hermanos urbanitas que se aferran a sus comercios, y que los fellahs de los oasis que labran las tierras de sus señores. Todo palestino tenía su pedazo de tierra, su casa y su huerto. Allí había nacido y trabajado. Y vivido. Y era un campesino libre, amo y señor de su terruño. Hoy, en cambio, no tenemos nada. Es decir, sí y no, pues aquella casa, aquel pedazo de tierra y aquel huerto siguen existiendo, así que debemos volver allí. Mi padre me dice: Ahmad, ha llegado el momento de sembrar el trigo. Hoy es un buen día para la siembra. Y se pasa todo el día sentado ante su casucha de barro en el campo de refugiados, porque ni tiene trigo, ni tampoco su pedazo de tierra de labranza, que ahora está en el extranjero.

El fedayín desplaza un poco la pistola que tiene en las rodillas. Estamos sentados junto al mar, sobre una arena que quema. Al lado hay otros fedayines, sentados sobre un bote de pesca volcado. Es mediodía, y a esta hora todo el mar está cubierto de plata. En las noches de luna es verde. Y en las nubladas, completamente negro. Desde el lugar donde nos encontramos, de noche se ven las luces de Haifa.

El fedayín que está sentado junto a nosotros se ha presentado del siguiente modo:

—Ahmad Shury de Bet Shemesh, a veinticinco kilómetros de Jerusalén.

Ahmad tiene diecinueve años, nació en un campo del Líbano y nunca ha pisado Bet Shemesh. Pero se presenta de esta manera, porque así se lo ha enseñado su padre. Así se presentan todos los palestinos. Así se presentan los niños nacidos en los campos. Me llamo Miriam

Husaini, de Kafr Kanna, cerca de Nazaret. Tengo ocho años. Delante de nuestra casa crece un ciprés muy alto. Y también tenemos muchos olivos, más de cuarenta. Ni el ciprés ni los olivos crecen en el campo de refugiados, sino en la aldea de Kafr Kanna, ahora en Israel, que la pequeña conoce por los relatos de su madre. Ahmad lo sabe todo de Bet Shemesh. La casa de su familia es de piedra y está situada en lo alto de una colina. Sus campos de cultivo se extienden casi a lo largo de todo el valle, hasta la gran piedra, la que es un fragmento de una antigua columna romana.

El patriotismo del palestino se expresa en cosas concretas, exacta y claramente definidas: la casa, el campo, el huerto, la aldea. Es el firme, inquebrantable patriotismo del campesino, para el cual la tierra tiene un valor supramaterial; forma parte de su personalidad y es fuente de su vida. Expulsado de su aldea, el palestino se siente desposeído de todo, desnudo, envilecido, despojado del sentido de la existencia. Y por eso, expulsado de esa aldea por la fuerza, se aferra al menos a su nombre. De ahí ese Ahmad Shury de Bet Shemesh, a veinticinco kilómetros de Jerusalén. Pues sólo la unión del nombre de la persona con el de su tierra constituye una presentación plena y digna. Ahmad quiere subrayar que la situación de refugiado y vagabundo en que se ha encontrado es provisional, que él tiene un lugar definitivo en la tierra y que, en cuanto lo recupere, también recuperará su plena personalidad.

En los campos, la gente conserva sus tradicionales lazos de comunidad. Cada aldea tiene su calle. En la de Bet Shemesh viven los oriundos de Bet Shemesh; en la de Kafr Kanna, los de Kafr Kanna. A veces, en las calles contiguas viven los antiguos habitantes de las aldeas vecinas y siguen, durante años, disputándose sus lindes, aunque esas lindes ya no existen, esas aldeas ya forman parte de un kibutz y no hay allí sino un solo campo de cultivo, enorme, hasta donde alcanza la vista. Cada campo de refugiados es una Palestina en miniatura: Oh, aquí viven gentes de Galilea y un poco más allá, del Valle del Jordán, igualito que en la verdadera Palestina.

En opinión de los fedayines, por más resoluciones que dicte la ONU, ninguna resolverá el problema palestino. Las resoluciones están llenas de palabras abstractas, mientras que todos ellos aspiran a un objetivo bien concreto: volver a casa. Cada cual a la suya. Todos saben dónde están sus respectivas casas. La de Ahmad está en Bet Shemesh; la de Miriam, en Kafr Kanna. Ninguno de ellos cederá hasta que no se encuentre bajo su propio techo. Hasta que no vuelva a su campo de labranza. Si los judíos quieren vivir en Palestina, pueden hacerlo; ellos no tienen ningún inconveniente. Lo único que quieren es que los israelíes les devuelvan sus casas y sus campos. Y que les devuelvan sus ovejas y sus naranjos. Nada más. Ellos saben que Palestina es una tierra condenada a dos pueblos, pero un pueblo no puede vivir a costa del otro, no puede asentarse a costa de condenar al otro al éxodo y la vida errante. Ahora, los palestinos son el único pueblo del mundo que no tiene patria. El único pueblo que deambula por la tierra y no tiene techo.

Les pregunto si son muchos, si hay muchos fedayines.

Contestan que todo palestino joven quisiera serlo, pero que se les pone el listón muy alto. El fedayín tiene que estar dispuesto a sacrificar su vida por la causa, tiene que estar preparado para todo, para la tortura y la muerte. El fedayín elegido para llevar a cabo una acción debe estar preparado a no volver vivo. Si se ve rodeado, él mismo tiene que poner fin a su vida para evitar caer en manos del enemigo. La mayoría de ellos ha nacido en los campos de refugiados. Salir del campo y empezar una nueva vida no resulta nada fácil porque es casi imposible encontrar trabajo. Y ellos no tienen ninguna profesión. Tampoco un futuro. No tienen patria, ni siquiera una nacionalidad, carecen de documentación. Se podría decir que Israel, al expulsar de Palestina a los palestinos, ha creado a los fedayines. Fedayín significa combatiente. No, no partisano ni guerrillero. Aquí no hay condiciones para la guerrilla. El territorio es pequeño, sin bosques ni cadenas montañosas, todo está a la vista y lleno de gente. Cada judío de Israel es un soldado, las aldeas judías están a rebosar de armas, todo el país

es un inmenso arsenal. La lucha resulta muy difícil. No podemos compararnos con su ejército, porque ellos tienen aviones, tanques y artillería. Sus defensas son tan herméticas que toda acción nuestra es una acción suicida. Puedes matar a costa de tu propia vida. Una actividad armada sistemática para nosotros es imposible. Lo único posible es una guerra a salto de mata, de acción en acción. El gobierno las teme porque crean un estado de pánico. Muchos judíos se marchan de Israel. Cada vez menos judíos vienen a Israel para instalarse. El plan de inmigración fijado por el gobierno (cien mil personas al año) lleva años realizándose en un veinte o un treinta por ciento. Desde la guerra de octubre, se marchan a miles.

Les pregunto a los fedayines por qué llevan a cabo acciones en las que mueren a sus manos mujeres y niños. En Qiryat Shemona y en Ma'alot hubo víctimas mortales entre mujeres y niños.

Respuesta:

—La responsabilidad no recae en los combatientes. Una situación en que un fedayín dispare en medio de la calle contra un transeúnte cualquiera es inconcebible. Toda acción tiene un objetivo claramente fijado. Queremos liberar a nuestros hermanos que se pudren en las cárceles israelíes. Tomamos rehenes y anunciamos que deseamos canjearlos por nuestros hermanos prisioneros. Le damos al gobierno todo un día para pensarlo. El gobierno lo sabe todo y puede tomar una u otra decisión. O libera a los presos y así salva a los rehenes, o no libera a los presos y así condena a muerte a los rehenes. El gobierno lo sabe todo porque conoce bien las reglas de esta guerra, que lleva cincuenta años librándose entre sionistas y palestinos. Los primeros en introducir el principio de no canjear a los rehenes en el caso de que el poder rechazara liberar a los prisioneros no fueron sino los sionistas de la organización terrorista Irgún. En junio de 1947 mataron a dos rehenes ingleses porque las autoridades británicas se negaron a entregarles a tres miembros del Irgún condenados a muerte. Desde entonces, en la guerra palestina esta táctica ha sido empleada por

todos, ya que no existe otra manera de salvar a los tuyos si han caído en manos del enemigo. Por eso mismo, el gobierno sabe perfectamente que si hay una acción de toma de rehenes, sólo los puede salvar soltando a los prisioneros, pues en caso contrario, nadie saldrá vivo: ni los rehenes, ni los fedayines. Es un tipo de acción en la que mueren todos y —cosa muy importante— todos lo saben desde el primer momento.

Esta ha sido una respuesta.

Pero también hay otra.

Las acciones como la de Qiryat Shemona y la de Ma'alot no se pueden juzgar sacándolas del contexto histórico. Se trata de sendos episodios de turno de una guerra cuya duración ha sobrepasado el medio siglo. La guerra palestina es el conflicto más largo de cuantos se han producido en la historia contemporánea del mundo. La gente que lleva mucho tiempo viviendo en Palestina conoce al dedillo la historia de esta guerra. Su primera fase carecía de un plan y por eso era caótica. Una muchedumbre se enfrentaba a otra, cada cual atacaba y se defendía como podía, por su propia cuenta. Tal situación se prolongó durante unos cuantos años.

Los primeros en organizarse fueron los sionistas. Ya en los años veinte se creó un ejército clandestino, la Haganá, que luchaba por la creación de un Estado israelí. En el marco de la Haganá funcionaría más adelante el Palmaj, una organización terrorista armada. Durante la guerra palestino-israelí de 1948 y 1949, el jefe de Palmaj no era otro que Yigal Alón, viceprimer ministro de Israel desde 1967 y ahora ministro de Asuntos Exteriores. En los años treinta, los extremistas consideraron que el Palmaj se mostraba demasiado tolerante con los árabes y se escindieron para crear una organización más terrorista todavía, el Irgún. (Desde 1943 lo dirigió Menahem Beguin, el líder de la oposición ultraderechista en el Parlamento de Israel y miembro del gobierno israelí entre 1967 y 1970. Hasta 1939, Beguin desplegó su activismo en la Universidad de Varsovia, la guerra lo arrojó a la Unión Soviética y, en 1942, llegó a Palestina con el ejército del general Anders.) A finales

de los años treinta, los extremistas consideraron que incluso el Irgún se mostraba demasiado tolerante con los árabes y crearon una organización más terrorista todavía, el Grupo Stern.

Los fedayines dicen que el Palmaj, el Irgún y el Stern se dedicaron en cuerpo y alma a deshacerse de la población palestina. El país estaba atestado de gente y era necesario hacer sitio para los inmigrantes. Era necesario expulsar a los palestinos. Para expulsar a los palestinos, era necesario aterrorizarlos. Ni el Palmaj, ni el Irgún, ni el Stern lucharon contra los fedayines por la sencilla razón de que éstos aún no existían. Los palestinos tenían unas organizaciones de combate insignificantes. El Palmaj, el Irgún y el Stern organizaron pogromos, incendiaron aldeas y mataron a sus habitantes. En febrero de 1948, un batallón del Palmaj mató a más de sesenta mujeres y niños en la aldea de Saasa. En abril del 48, grupos de choque del Irgún redujeron a cenizas la aldea de Deir Yasín, matando a doscientos cincuenta y cuatro hombres, mujeres y niños. En el 56, en la aldea de Jan Yunis murieron asesinados doscientos setenta y cinco hombres, mujeres y niños.

Después de la creación del Estado de Israel, los campesinos de muchas aldeas vieron cómo se les impedía el acceso a sus campos de cultivo. Las aldeas se hallaban en Jordania, y los campos, en Israel. El hambre hizo acto de presencia, ya que los campesinos no podían recoger la cosecha de sus propias tierras. Los israelíes les prohibían pasar la frontera. Al no tener nada que llevarse a la boca, empezaron a entrar a escondidas en sus campos en plena noche. Como contrabandistas, iban a buscar ya una gavilla de cereales, ya un saco de maíz. Los francotiradores disparaban contra ellos, pero los campesinos no tenían otra salida, pues nadie les había proporcionado otras tierras. Muchos palestinos perdieron la vida de este modo. Después los israelíes empezaron a incendiar, una tras otra, esas aldeas situadas junto a la frontera y los campesinos, que ya no tenían nada, ni casa, ni terruño, se vieron obligados a huir más allá del Jordán.

Para su aprendizaje, los fedayines usan el libro editado en el Líbano, en 1972, titulado *Who Are the Terrorists?* y que contiene la descripción

de trescientas ocho acciones perpetradas contra los palestinos por el Palmaj, el Irgún, el Stern y el ejército de Israel, todas con un saldo de numerosas víctimas mortales entre la indefensa población civil.

En opinión de los fedayines, la balanza de agravios y daños infligidos tardará mucho tiempo en equilibrarse. Dicen que en esta guerra han muerto miles de mujeres y niños, de madres y hermanos. Y que ellos tienen que vengarlos.

La venganza y la revancha son ley en esta guerra. Cada bando lleva su estadística, cada bando participa en esta aritmética atroz. El gobierno de Israel anuncia que, en represalia por la acción de los fedayines en Qiryat Shemona, ha sido bombardeado el campo palestino de Yenín. Pero los fedayines discurren de otro modo: Qiryat Shemona fue una represalia por el bombardeo del campo de refugiados palestinos en Bint Jbeil.

Es una guerra desigual, habida cuenta de la enorme superioridad militar del ejército israelí sobre los fedayines. El movimiento fedayín nació tarde, en 1965, como respuesta a muchos años de actividad del Palmaj, del Irgún y del Stern. La experiencia de los fedayines no es grande y los medios de que disponen son limitados. Muchas de sus acciones no obedecen más que a un impulso reflejo, producto de la extrema desesperación y desesperanza. Los daños que les infligen son muy superiores a los que infligen ellos. Un día, por ejemplo, organizaron una acción en la cual murió una mujer y un niño israelíes. En respuesta, el general «Arik» Sharon ordenó un ataque de represalia a la aldea de Quibiya. Resultado: sesenta y nueve árabes quemados vivos de noche en sus casas, entre ellos, dieciséis mujeres y veintiocho niños.

Si no interviene el mundo, a esta guerra no le pondrá fin ninguno de los dos bandos. Demasiado odio, demasiada muerte, demasiado grande el abismo, demasiada buena la memoria.

Lo que está en juego es un insignificante pedazo de tierra que resulta difícil encontrar en el mapamundi. Los unos y los otros se topan a

diario; en cualquier caso, están muy cerca. Se rozan, se ven. El tiempo corre. Y será el tiempo el que traerá la solución. Difícilmente lo hará mañana, ni siquiera pasado mañana. Y mientras, en el aire pende la incertidumbre y vuelan las balas.

En la orilla del mar, sobre la arena, estaba yo sentado junto al fedayín Ahmad Shury de Bet Shemesh. Al lado, sobre un bote de pesca volcado, se sentaban los fedayines Kamal Bakr de Jericó, Hassan Jatib de Ramala y Zuhair Saadeh de Balatah. Escribo estos nombres para conservar su memoria, pues tal vez estos muchachos ya no están entre los vivos.

CAÍN Y ABEL

Hay hermanos árabes que de buena gana nos pondrían la zancadilla, dijo Zuhdi, un palestino con el que me había dado un chapuzón en el Jordán. El baño me había resultado de lo más agradable, porque proporcionaba el anhelado frescor y, también, porque en todo momento tenía muy presente aquello de la indulgencia eterna para todo aquel que se sumergiese en las aguas del Jordán.

Sin embargo, no resulta nada fácil sumergirse en aquellas aguas, pues, más que río, el Jordán es un riachuelo. De cauce estrecho y caudal escaso, en el punto más profundo sólo cubre hasta la cintura. Fluye a la sombra de tupidos y frondosos arbustos que crecen a ambas orillas. En aquel clima, el agua y la sombra son los tesoros más preciados.

Alrededor de nosotros se extendía un mundo muerto, aplastado por el calor. Sin rastro de vida humana, sin una sola voz que llegase desde parte alguna. En una orilla, en una tienda de campaña, dormían los centinelas del puesto israelí, y en la otra orilla, en un barracón, dormían los centinelas del puesto jordano. Los dos ejércitos estaban sumidos en un sueño pesado, plúmbeo, que, sin embargo, proporcionaba cierto alivio en las horas del calor más abrasador.

A Zuhdi le gusta mucho que nuestra religión dispense indulgencia eterna por un baño en el Jordán. Aunque la mentalidad árabe está impregnada de religión hasta la médula, su práctica de la fe, por regla general, no adquiere el carácter ni de chovinismo, ni de beatería. Sólo los wahhabíes de Arabia Saudí son fundamentalistas, y lo son porque se autoinculcaron un sentido de misión. El wahhabí cree que él, y nadie más que él, vela por la pureza del islam. Tiene prohibido fumar,

tomar alcohol y café. La mujer no puede conducir un coche ni viajar sola en un taxi. En las universidades saudíes, las clases se desarrollan del siguiente modo: en el aula sólo hay estudiantes varones, mientras las muchachas siguen la clase por el circuito cerrado de televisión, encerradas en unas residencias rodeadas por altas tapias, porque, en la interpretación wahhabí, el Corán prohíbe que chicos y chicas permanezcan juntos. De esta manera, los más modernos avances de la técnica han sido puestos al servicio de unas costumbres milenarias.

El sentido de misión y el chovinismo siempre van unidos. Los ejemplos aleccionadores abundan, se podrían aducir hasta el infinito. El hombre con sentido de misión no sólo resulta agobiante para los que lo rodean, sino que puede llegar a ser peligroso. Más vale no compartir frontera con una nación convencida de que cumple una misión. El mundo sería muy diferente si se pudiera decir a cada cual: ¡Sálvate por tu cuenta, a la medida de tus deseos y posibilidades!

Se puede decir que un árabe medio no exige que todo el mundo crea en Alá, pero le gusta, sin embargo, que la gente, toda la gente, crea en *alguien*. Discutir con un árabe sobre religión es un despropósito. Su filosofía parte del principio de que sin fe no hay vida, y punto. Decirle: no creo, en el mejor de los casos equivale a cometer un muy desafortunado desliz y mostrar falta de modales. Haciendo gala de su buena educación, quedará con nosotros para un próximo encuentro, pero no se presentará. En cierta ocasión fui testigo de cómo uno de nuestros expertos, ingeniero él, dijo a un grupo de árabes, sencillos campesinos ellos, que no creía. No sabían cómo reaccionar, ¿¡qué cara debían poner ante tamaña rareza!? Se pusieron a comentarla. Estaban allí de pie, tristes e impotentes, suspirando y sacudiendo la cabeza. Al final se marcharon cada uno por su lado, en silencio, analizando en sus adentros tan insólito caso.

Aunque el Corán impone cinco oraciones al día, no por eso el árabe tiene que acudir a la mezquita. Sus templos suelen registrar una afluencia más bien escasa, pese a que son lugares muy agradables. En primer lugar porque son frescos. Uno puede sentarse en un rincón

sombreado para descansar un rato. Puede refrescarse la cara y los pies. Puede apaciguar la sed. Por supuesto, es el lugar donde rendimos homenaje al Todopoderoso, pero después hay ocasión para hablar de la gran política, chismorreando sobre los líderes. Cómo reaccionará Al-Asad, qué dirá As-Sadat. Nunca se sabe lo que dirá Al-Gaddafi. Una pregunta difícil: cuánto tiempo se mantendrá Al-Nimeiri. Hay opiniones para todos los gustos. Nadie conoce ese nuevo Yemen. ¿Quién es? ¿Qué piensa? ¿Qué planes tiene? Hay que esperar. ¿Habrá paz o no habrá paz? No podemos dejar de discutirnos, porque así es nuestra naturaleza. Bueno sería saber cuánto dinero nos van a dar nuestros hermanos del Golfo. Podrían dividirlo entre todos, por una sola vez sabría uno lo que es vida.

En la mezquita se puede hablar en voz alta e incluso contar chistes. Si alguien empieza a susurrar quiere decir que habla de un tema político y que lo hace desde posiciones opositoras, y es bien sabido que la policía tiene el oído muy fino. Después, habrá que perder media vida para volver a quedar limpio. O perderla sin más: a veces se dan casos. Incluso aquí, aunque nos encontramos en medio de un vacío pétreo y cenizo, Zuhdi prefiere no levantar la voz.

En su opinión, son los jordanos los que les quieren poner la zancadilla.

Los palestinos se han visto atrapados entre dos fuegos; por un lado, Israel, y por el otro, las aspiraciones del rey de Jordania, Hussein. Parte de los palestinos abatidos a tiros en los últimos años fue víctima de una bala israelí, pero la otra parte lo fue de balas jordanas. He aquí cómo los hermanos árabes son capaces de lanzarse al cuello de otros árabes. Nuestra sangre hierve de prisa y en nuestras filas siempre se encontrará un Caín dispuesto, sin pensárselo dos veces, a mandar a Abel al otro mundo.

Al oeste de Palestina está el Mediterráneo y al este se extiende el desierto. Es el mismo desierto que cubre toda Arabia, país de nómadas y de ciudades sagradas, el corazón del islam. El árabe palestino y el árabe del desierto son del todo diferentes. Palestina es un territorio

abierto desde hace milenios; han pasado por allí todas las civilizaciones y culturas. Por eso la manera de pensar del palestino también es abierta, democrática y republicana. Arabia, por el contrario, es un territorio cerrado, separado del mundo durante siglos por sus grandes desiertos. Por eso la manera de pensar del árabe del desierto es conservadora y feudal. El palestino jamás aceptará el poder real, mientras que el árabe del desierto no concibe la vida sin un rey. La población de Palestina en su mayoría se compone de campesinos, mientras que las gentes del desierto son nómadas, beduinos.

La historia da fe de que entre las tribus que vivían del cultivo de sus tierras y las tribus nómadas siempre ha habido conflictos. Los nómadas atacaban a los campesinos, robándoles las cosechas y el ganado. Los campesinos, para salvar la aldea, pagaban a los beduinos un impuesto llamado jawah. La aldea que había satisfecho el importe del impuesto a «su» tribu beduina se libraba de sus ataques. Pero bien podía suceder que la atacase otra tribu. Y vuelta a pagar. Impuestos y más impuestos, desde tiempos inmemoriales. ¿Y de dónde iban a sacar tanto dinero cuando al propio campesino ya no le quedaba nada para llevarse a la boca? Pero a los beduinos esto no les importaba: ¡A aflojar la bolsa, que si no, os lo quitaremos todo!

A Zuhdi no le caen bien los beduinos. Como todo árabe sedentario, los considera gente ociosa y pendenciera, además de oscurantista. Pero también los beduinos desprecian a Zuhdi. Tienen su pundonor, orgullo y un sentido de superioridad frente al árabe que se pasa el día escarbando en la tierra con una azada o gastando tinta en una oficina.

Allí donde se encuentran el desierto y la Palestina fértil, después de la Primera Guerra Mundial surgió Jordania. El Estado, que hasta 1950 se había llamado Transjordania, fue obra de los ingleses (Winston Churchill, a la sazón ministro para las colonias: «He creado Transjordania de un solo trazo de lápiz sobre el mapa, una tarde de domingo en El Cairo»). Sólo un pequeño pedazo del territorio que constituye Palestina pasó a formar parte de Transjordania: la orilla este del Valle del Jordán. Las tres terceras partes del nuevo país las cubría

el desierto, habitado por medio millón de beduinos.

Transjordania era un regalo británico para el aliado más fiel de Inglaterra en Oriente Medio, Abdullah, hijo del emir de La Meca y descendiente de la dinastía hachemita, fundada por el profeta Mahoma.

El poder de Abdullah se sostenía en dos pilares. El primero: el apoyo británico. El segundo: el apoyo de los beduinos. En los mismos pilares se apoya hoy el poder de Hussein, con la diferencia de que los ingleses se han visto sustituidos por los norteamericanos.

Abdullah creó con los beduinos un poderoso ejército, armado y comandado por los ingleses. Dicho ejército, que durante largos años se llamó Legión Árabe, siempre fue objeto de orgullo de los hachemitas y fuente de su poderío.

Se puede decir que el ejército es la principal industria de Jordania, que, por lo demás, es un país pequeño y pobre. La manutención del ejército se lleva casi la mitad del gasto gubernamental y la importación de armamento constituye una de las principales posiciones de su comercio exterior.

El jordano es uno de los ejércitos más poderosos del mundo árabe, aunque la población del país es de apenas un millón setecientos mil habitantes. El millón son palestinos y los setecientos mil restantes, beduinos y sus congéneres, que constituyen el sostén del poder real.

Ahora Zuhdi lleva a cabo el siguiente cálculo: de esos setecientos mil beduinos (y congéneres) que constituyen la base social de la monarquía, más de setenta mil sirven en el ejército y veinte mil en la administración. Teniendo en cuenta que la familia árabe es numerosa y que, por lo tanto, esas setecientas mil personas forman menos de cien mil familias, obtenemos una información muy importante: casi todas las familias pertenecientes a las tribus que apoyan al rey tienen a algún miembro en el ejército o en la administración, o sea, se ganan la vida cobrando de las fuerzas armadas o del gobierno. Es un poderoso sistema de dependencia mutua: la monarquía se mantiene gracias al

apoyo de las tribus, y las tribus se mantienen (nada mal) gracias a la monarquía.

La corte construye cuarteles, los cuarteles defienden a la corte.

Volvamos a Abdullah. Cuando por primera vez entraba en Ammán, al frente de sus nómadas, para tomar el poder de Transjordania, los habitantes de la ciudad, que no soportaban a los beduinos, le lanzaron huevos y tomates podridos. El emir vivió varios años en una tienda de pastor plantada en una de las colinas que rodean la capital transjordana. Muerto de aburrimiento, pasaba días enteros jugando al ajedrez. Era de estatura baja y de compleción débil, frágil. Solía jugar sus partidas con el comandante en jefe de la Legión Árabe, el general británico Glubb «Pachá». Iban juntos a todas partes, siempre —como manda la costumbre árabe— cogidos de la mano.

En cierta ocasión lo llevaron al cine. Allí, en la pantalla de aquel cine de Jerusalén, por primera vez vio a muchachas europeas ligeras de ropa. Al verlas exclamó:

—¡Alá es grande!

Las ambiciones políticas de Abdullah eran enormes. Soñaba con crear la Gran Siria y convertirse en su rey. Iban a formar el nuevo país Transjordania, Palestina, el Líbano, Siria e incluso Irak. Iba a ser un gran reino, desde el Mediterráneo hasta el Golfo, la frontera norte de la patria árabe. Sólo que los países que se habían unido en el gran sueño de Abdullah se negaron a someterse a él en la realidad.

La única oportunidad de ampliar las fronteras se presentó en 1947, cuando la ONU decretó la división de Palestina en dos Estados: el árabe y el judío. Abdullah fue el único entre los mandatarios árabes que apoyó el principio de la división, porque se había forjado la idea de que aquella parte que debía corresponder al Estado árabe sencillamente la anexionaría a Transjordania.

Semejante plan satisfacía tanto a los políticos de Israel, con los que Abdullah mantenía buenas relaciones, como a los ingleses, a los que era fiel.

Los detalles de la división de Palestina los discutió Abdullah con Golda Meir, que había llegado a Ammán tapada, metida en un traje de mujer árabe confeccionado para la ocasión por un sastre oriundo del Otwork de las afueras de Varsovia.

Tres fueron las personas que llevaron a cabo la división de Palestina: Golda Meir, Abdullah y el ministro de Asuntos Exteriores británico, Ernest Bevin.

En 1948, coincidiendo con la creación del Estado de Israel y el estallido de la guerra árabe-israelí, el ejército de Abdullah entró en Palestina y ocupó la orilla oeste del Jordán (también llamada Cisjordania).

Abdullah anexionó Cisjordania a Transjordania y llamó Jordania al país que se hallaba en las nuevas fronteras. Poco después, en julio de 1951, murió en un atentado en Jerusalén, cuando se dirigía a la mezquita en la que tenía previsto decir sus oraciones del viernes. Abandonó este mundo a los sesenta y tres años, la mitad de los cuales la había pasado en el trono.

Para ocupar su lugar, de prisa y corriendo se designó a su hijo Talal. Pero éste, aquejado de una enfermedad mental, no duró más que unos meses. Cedió el trono a su hijo Hussein, que ostentó el título de rey desde 1953, año en que cumplió los dieciocho años.

Hussein sigue siendo el rey de Jordania hasta hoy [1974]. Es el monarca y el jefe de Estado de todo el mundo árabe que más tiempo ha permanecido en el poder. Ha sobrevivido a una veintena de atentados. Siempre ha salido indemne, algunas veces gracias a una suerte increíble.

Después de la anexión de la parte occidental de Palestina, en Jordania se creó una situación muy compleja: el número de habitantes del país se había triplicado, con la particularidad de que casi las tres cuartas partes de la población estaba constituida por palestinos. Pese a esa superioridad, no tenían poder. Ellos, que siempre habían sido antimonárquicos y enemigos acérrimos de Inglaterra, a la que

culpaban de facilitar la creación de Israel, se convirtieron en súbditos de una monarquía amiga de Londres. De semejante coyuntura no podía salir nada bueno. Pero como cada cual vivía en su propia casa (los palestinos en Palestina oriental, y los beduinos en el desierto), en el reino imperaba la paz.

Todo cambió en 1967.

Hussein perdió la Palestina oriental. De los territorios perdidos, seiscientos mil palestinos huyeron a Jordania. La pequeña, pobre y desértica Jordania se vio desbordada de gente de la noche al día. La mitad de la población dormía a la intemperie. Faltaba comida. Antes, el territorio palestino proporcionaba a Jordania las tres cuartas partes de su producción agrícola. Empezó el hambre. Bajo la presión de la gran oleada de refugiados, se tambaleó el Estado y con él, la monarquía. Pero como el ejército estaba del lado del rey, Hussein conservó el poder. Y la fuerza del ejército aumentó.

Sin embargo, al mismo tiempo empezó a formarse en Jordania un segundo ejército, palestino: el de los fedayines. Después de la derrota de 1967, los palestinos llegaron a la conclusión de que los ejércitos regulares de los países árabes no eran capaces de hacer frente a las fuerzas armadas israelíes. De modo que decidieron crear un ejército popular rebelde y lanzarse a la recuperación de Palestina.

Así, en el territorio de un país había dos ejércitos: el palestino y el jordano. Ninguno de los dos estaba contento con ello. Los fedayines empezaron por su cuenta una guerra contra Israel, a lo que se oponían los jordanos, que deseaban una frontera sin sobresaltos. Y además porque temían que en un determinado momento los fusiles con el punto de mira en Israel se dirigirían hacia Hussein y que los palestinos revolucionarios, que ahora constituían dos terceras partes de la población, derrotarían a los conservadores beduinos y derrocarían la monarquía.

Tanto Abdullah como su nieto Hussein habían soñado con anexionar Palestina al reino de Jordania y he aquí que de pronto emergía otra

posibilidad muy diferente: que un día el reino de Jordania fuese anexionado a una Palestina gobernada por los fedayines.

Ante tan triste perspectiva, Hussein tuvo que actuar. Contaba con el apoyo no sólo de los beduinos, sino también con el de los Estados Unidos. En septiembre de 1970, aquel célebre Septiembre Negro, el ejército jordano declaró la guerra a los fedayines. Fue una guerra cruel, sangrienta. No hay acuerdo en cuanto al número de víctimas: se barajan cifras de diez, veinte y treinta mil muertos. En Oriente Medio los números no aportan ninguna información, sino que sirven para fines propagandísticos, por lo que nunca son fiables.

Desde la orilla del Jordán, los oficiales israelíes contemplaban cómo los árabes se desangraban. La escena conmocionó tanto a Nasser que llamó a la guerra jordana «la mayor ignominia de los árabes». Hay quien afirma que Nasser la pagó con su propia vida: agotado y lleno de aflicción, le falló el corazón mientras intentaba una reconciliación entre los dos bandos que luchaban en Jordania.

Una semana antes del estallido de la guerra, Hussein le dijo que «estrangularía el movimiento palestino en pocas horas». «Sí», le contestó Nasser, «pero a un precio demasiado alto. ¿Cómo vas a poder gobernar el país después de una guerra civil que costará veinte o treinta mil vidas? ¡Gobernarás un reino poblado de espíritus!»

Pero se equivocaba. Hussein libró su guerra y conservó el trono. Una parte del ejército de los fedayines resistió durante unos meses todavía. Fueron rematados en verano del año siguiente. Unos murieron en campos de batalla, otros a causa de las torturas.

El reino quedó envuelto en el silencio.

En el silencio se secó la sangre árabe.

—¿Quién ha ganado esta guerra? —decía el *Observer*—: Israel.

Israel ganó la guerra con manos árabes.

Hussein y los fedayines nunca han podido entenderse. Ni antes ni

después del Septiembre Negro. Sus intereses son diametralmente opuestos. Los palestinos quieren crear en Palestina su propio Estado, mientras que Hussein quiere anexionarla (por supuesto, no toda) a Jordania, porque sin Palestina y sin los palestinos Jordania pierde su peso político, se convierte en un reino pequeño, desértico y pobre, sin riquezas naturales y sin industria, escasamente poblado, sin perspectivas de futuro y mantenido por el capital extranjero.

He aquí por qué el movimiento palestino constituye un obstáculo en el camino de Hussein y Hussein en el camino del movimiento palestino.

Zuhdi, que es un antimonárquico acérrimo y que usa la imprudente terminología de Gaddafi, llama al rey Hussein «agente del imperialismo». Le digo que a mí me convence más otra teoría, la de la coincidencia entre los intereses más profundos y vitales del imperialismo y los de la monarquía hachemita. Porque el agente, tal como lo entiende Zuhdi, es alguien que actúa cumpliendo órdenes de una potencia extranjera y desempeña tareas por las que le pagan. Pero si, por alguna razón, mañana dejan de pagarle, él dejará de desempeñar esas tareas. En un caso así, estamos ante una relación completamente superficial y transitoria.

Mientras que en el caso de Hussein, estamos ante una convergencia objetiva —y en cierto modo independiente del factor personal— de intereses: los de la monarquía y los del imperialismo.

Hussein intenta anexionar a su reino la orilla oeste del Jordán, y obstaculiza la creación de un Estado palestino no porque así se lo manda Washington, sino porque ello constituye un interés vital para su monarquía. El mismo interés lo tiene el imperialismo, que en la frontera con Israel prefiere tener un reino amigo antes que un rebelde y progresista Estado palestino.

Hussein intenta convertir a los palestinos en jordanos, hacerlos ciudadanos de su país. También ahí reside un interés fundamental de la monarquía, que, con sus pocos habitantes, necesita aumentar la

población. (Hussein concede la nacionalidad jordana a todos los árabes palestinos, independientemente de su lugar de residencia.) Pero al mismo tiempo, la conversión de palestinos en jordanos también interesa al imperialismo, porque es el camino más fácil hacia el carpetazo del problema palestino. ¿¡Qué problema puede haber cuando no hay palestinos!?! ¡Son todos jordanos, un pueblo completamente diferente!

Zuhdi teme que las cabezas astutas del bando enemigo imprimirán tal dirección a los acontecimientos que los palestinos se quedarán sin Estado. Todos los pueblos que había alumbrado su tierra siempre tuvieron problemas a la hora de crear uno. Incluso cuando ya lo había creado alguien, surgían nuevos problemas, más graves todavía. Y enseguida estallaba una guerra. Ningún Estado se mantuvo allí por mucho tiempo. Apenas surgía, enseguida salían a la superficie sus adversarios. Apenas se había rodeado con un muro, enseguida se lo destruían sus enemigos.

Todos los profetas del Antiguo Testamento maldecían a Palestina, la tierra de pueblos sin suerte. Basta con leer la Biblia, el Libro de Libros. Palestina aparece como la tierra maldita tanto al principio como al final. Y eso que la Biblia tardó en escribirse mil años. De manera que si en mil años la gente no cambia de opinión, debe de haber algo en ello. Significa que algo importante fue notado y algo sabio fue revelado. Es hermoso lo que dijo el profeta Abdías: «Aunque remontes el vuelo como un águila y entre las estrellas pongas tu nido, también de allí te haré descender, dice el Señor.»

En efecto, allí a nadie le permitirán vivir entre las estrellas. Nadie escapará al obligado descenso a la tierra, para que vea cómo se seca en ella la sangre y oiga cómo estallan las bombas.

VÍA CRUCIS

Valle del Jordán, cinco de la tarde. Se va apagando el incendio del día tropical. El sol, después de permanecer durante horas en el cenit, se ha movido y ha emprendido su viaje hacia el oeste, en dirección a las colinas de Samaría y a la sagrada ciudad de Jerusalén. A esta hora emergen las personas. Salen desde los lugares más recónditos, de todos los refugios y escondrijos sombreados habidos y por haber. El valle muerto se sacude la calma chicha del mediodía, se pone en movimiento, respira. De la tienda de campaña que da refugio al puesto israelí salen soldados. Son cinco. Al mismo tiempo, al otro lado del Jordán, salen soldados del barracón que alberga al puesto jordano.

También éstos son cinco.

Un sano equilibrio militar.

Los dos ejércitos aparecen despechugados, desalforjados, descansados y jóvenes. Durante un rato se observan mutuamente a través de los prismáticos y después se ponen a hacer café, para saciar la sed y recuperar la vitalidad perdida durante la siesta.

Se acerca a la orilla del río un soldado jordano y nos manda salir del agua. Bañarse en el Jordán, dice, es una estupidez, porque los israelíes llenan sus aguas de minas. La mina fluye llevada por la corriente y a todo aquel al que alcanza, lo traslada al cielo pedacito a pedacito. Mucha gente ha perdido la vida de esta manera, pues nunca faltan quienes se niegan a comprender que la guerra es la guerra. Respecto de la misma puede decirse lo siguiente: si ya ha estallado, todo el mundo intenta que resulte lo mejor posible. Para eso, las partes implicadas inventan miles de cosas. Como en este caso: se han inventado unas

minas casi invisibles, pues del agua no sobresale más que un alfiler tan fino que nadie, a menos que sea un experto en la materia de matar a traición, es capaz de percatarse de su presencia.

Después del encuentro con aquel soldado, una vez expulsados del río, nos dirigimos hacia el sur del valle, hacia el Mar Muerto, en el cual desemboca el Jordán. (El Valle del Jordán, cerrado al este y al oeste por las montañas y situado a varios cientos de metros por debajo del nivel de los océanos, es la depresión más grande del mundo, la falla tectónica más profunda, y constituye una especie de invernadero natural de Oriente Medio en el que las frutas y las verduras maduran tres o cuatro meses antes que en las cercanas zonas de Palestina, de Jordania, de Siria y del Líbano, ya no digamos en Europa. Cuando entramos en el valle un mediodía de verano tenemos la impresión de que nos han arrojado a un alto horno. A causa de este calor, la evaporación del Mar Muerto alcanza dimensiones imponentes; se ha calculado que en un solo día se evaporan ocho millones y medio de toneladas de agua. Esto hace que el agua sea tan condenadamente salada. En la superficie, cada litro de agua contiene un cuarto de kilo de sal y cuanto más profundo, la cantidad aumenta. De resultas de ello, en el mar no hay ni peces ni plancton; a la ausencia total de biología debe su nombre de Muerto. Exagera el que afirma que se puede caminar por encima de sus aguas, pero el que dice que uno se puede tumbar y permanecer tumbado y quieto durante horas y no ahogarse, ése dice la verdad.)

Nos dirigimos hacia allá, porque cerca del Mar Muerto, junto a la carretera que va de Jerusalén a Ammán, un tío de Zuhdi regenta una fonda. Se trata de una edificación levantada de cualquier manera, para salir del paso por un tiempo, carente de todo encanto arquitectónico, un primer paso en el camino hacia el gran *business*, tan tentador como incierto. En la parte posterior de la fonda hay un jardín con unas cuantas mesas para los clientes. Unos niños llevan hacia ellas la única mercancía de la que dispone el tío de Zuhdi: refrescos. La gente puede tomarse aquí un zumo de fruta, una naranjada, una limonada y una

Pepsi-Cola. No puede, en cambio, tomarse una Coca-Cola, porque los productos de esta empresa —se dice que dominada por los sionistas— son boicoteados en todos los países árabes. El contrabando de Coca-Cola es tan perseguido como en Europa el de las drogas.

Hay varios árabes sentados en el jardín del tío de Zuhdi, contemplando el valle del Jordán. Son los últimos minutos del día que se acaba. La carretera está tomada por un rebaño de ovejas. Las ovejas se dirigen a un aprisco invisible desde aquí y tras ellas camina su pastor, un hombre alto, ataviado con una vestidura larga, de rostro concentrado y perilla rubia. Semejantes figuras se ven en Europa en los vitrales. Después, montado en un burro, pasa un anciano encorvado, con larga barba blanca. Atada a la silla, lleva una alforja de la que asoman herramientas de carpintero. Viva imagen de San José. Después, tres mujeres que van a buscar agua. Es fácil deducir dónde está el pozo porque junto a él crecen unos oscuros cipreses, altos como las columnas de un templo romano. Las mujeres se cubren con vestimentas negras y largas hasta el suelo. Sobre la cabeza llevan grandes cántaros de barro. Están hablando, pero desde aquí no se oye lo que dicen. Las tres Marías. Ya no hay sol, el sol se halla sobre Jerusalén. Pero el aire está impregnado de luz. La luz emana de las montañas. Las montañas tienen primero el color del cobre, pero luego adquieren el color del oro. El oro las inunda durante unos minutos. Los árabes dejan de hablar, interrumpen sus interminables discusiones. El valle se sume en el silencio. Sólo a lo lejos, en la línea del horizonte, pasan dos aviones en formación: Phantom o Mig. Y después, en un solo instante, de repente todo se apaga, desaparece todo el espectáculo, todo ese pesebre vivo representado en plena naturaleza, y cae la noche, profundamente oscura.

Ahora los niños traen al jardín lámparas de petróleo y el dueño nos invita a una mesa en la que ya están sentados unos amigos suyos. También palestinos. Pasar el tiempo conversando con personas como ellos siempre es un placer, porque los palestinos son un pueblo de

inteligencia privilegiada. Todas las civilizaciones de Europa y de Oriente Medio han plantado un árbol en su tierra, y el palestino se ha nutrido de la savia de todos esos árboles. Lo reconoceréis fácilmente entre cualquier grupo enzarzado en una discusión, porque su intervención siempre será brillante y captará vuestro interés, aun cuando no tenga razón. En el mundo hay tres millones de palestinos, pero su peso y su influencia no se pueden medir con números. La mitad apenas subsiste en los míseros campos de refugiados, pero la otra mitad, diseminada por todos los países de Oriente Medio, ocupa en él posiciones importantes. Hay palestinos entre los consejeros de presidentes y de ministros, entre los directores de grandes empresas y al frente de universidades. Pertenecen a la élite intelectual del mundo árabe. Hay entre ellos destacados arquitectos y eminencias médicas, magníficos economistas y ensayistas. El palestino ahorrará hasta la última moneda (siempre y cuando la tenga, por supuesto) para invertirla en la educación de sus hijos. Aspira a saber y a ser alguien. Despojados de su patria y sin un Estado propio, los palestinos luchan por un ascenso individual en aquellos países en los que les ha tocado vivir. Aspiran a ser consejeros sabios, expertos insustituibles, los mejores especialistas en política, en economía, incluso en propaganda.

Se conocen entre ellos, saben dónde están sus congéneres y a qué se dedican. El palestino del Líbano os dará una carta para otro del Kuwait, éste para uno del Yemen, el cual, a su vez, os recomendará a uno de Libia. Y así, siguiendo el rastro palestino, podéis viajar a lo largo y ancho de Oriente Medio, siempre recibidos a cuerpo de rey e informados de la situación en cada país. Es claramente una falacia decir que los palestinos gobiernan los destinos de Oriente Medio, pero también es cierto que yerra todo aquel que subestima su influencia.

Israel habría tenido una vida mucho más fácil si su adversario directo fuera otro. Pero ha topado con los palestinos.

Un hueso duro de roer.

Hay un rasgo que comparten con los demás semitas: la pasión por la discusión, por el debate. La mente del palestino trabaja a una velocidad

vertiginosa y sin descanso. Se dice que, en el café, el palestino se dirige al camarero pidiéndole: Un café y alguien con quien departir, por favor. El palestino tiene que tomar la palabra y exponer su punto de vista; si no lo hace, se siente enfermo. Este rasgo subyace en las causas subjetivas de las divisiones en el propio seno del movimiento palestino. Incluso las diferencias de opinión mínimas despiertan las pasiones más ardientes y las luchas más encarnizadas. Entonces, hay que esperar hasta que las cosas se calmen y todos declaren, contentos por un lado y un poco avergonzados por otro, que en realidad no había ningún motivo para pelearse.

En cuanto a las causas objetivas de estas discusiones y divisiones, naturalmente, son muy distintas.

Los palestinos fueron expulsados de su tierra en dos etapas. La primera oleada de éxodo se produjo después de la guerra de 1948-1949. La segunda, después de la invasión israelí de 1967. Dispersados, los árabes palestinos se vieron residiendo en diferentes países. Casi medio millón de ellos vive dentro de las fronteras del Israel anterior a junio de 1967. Alrededor de un millón, en los territorios ocupados por Israel en junio de 1967. Otro medio millón, en otros países árabes (principalmente Jordania). También hay residentes palestinos en Europa y en América.

En todos los éxodos que registra la historia universal actúan mecanismos parecidos. Quien conoce la historia de nuestros numerosos exilios polacos, no tendrá ninguna dificultad en entender la situación de los palestinos. Un grupo de personas empieza a colaborar con la administración del invasor. Por lo general se trata de una parte de la aristocracia y la burguesía, así como de marginados sociales. Pero la inmensa mayoría lucha por la libertad. Los que quieren la libertad invariablemente se dividen en dos bloques: el primero espera conseguirla gracias a las gestiones diplomáticas y a la política de los gobiernos que simpatizan con su causa; el segundo bloque, el rebelde, considera que la libertad no se conquista sino empuñando las armas.

Éstas son las tres orientaciones que coexisten en el seno de todo

pueblo sometido, también del palestino. El que haya todo un abanico de organizaciones y partidos políticos palestinos es un hecho de segundo orden, porque, en definitiva, cada uno de ellos acabará formando parte de uno de los tres bloques: el colaboracionista, el diplomático y el rebelde. No hay grupo de desterrados que no se vea sacudido por discusiones interminables. Como escribió Mickiewicz sobre nuestro Gran Exilio en el siglo XIX:

Cuando ya ni en el cielo ven la esperanza,
¿es extraño que vean al mundo con repugnancia,
que, habiendo perdido el juicio tras mucho sufrimiento,
escupan unos a otros y se salten al cuello?

¿Por qué iba a ser diferente entre los palestinos? Aquellos que colaboran con Israel al pedir créditos en los bancos judíos para construirse una casa en Galilea temen que los fedayines los ahorquen de las farolas; los terratenientes palestinos que colaboran con el rey Hussein temen que, si Arafat llega al poder, hará una reforma agraria y distribuirá sus tierras entre los campesinos; los arquitectos palestinos que se han erigido hermosos chalets en Beirut al tiempo que se niegan a contribuir a sufragar el movimiento de liberación saben que su actitud no será olvidada.

Siempre es así. En todas partes es así.

Junto a estas diferenciaciones de clase y de tácticas, existe además una complicación añadida. El mundo árabe, aunque comparte aspiraciones estratégicas, no puede obviar su división en Estados. Y allí donde hay un Estado también están los intereses del mismo, y es sabido que los intereses de uno no necesariamente coinciden con los de otro. Sus políticas pueden ser muy diferentes. Todo esto se ve reflejado en las posturas de los palestinos que viven en diferentes Estados, trabajan para diferentes administraciones y cobran de diferentes gobiernos. El palestino relacionado con el gobierno de Siria será más radical que cualquiera de sus paisanos que esté en la nómina de la

corte hachemita, cómo no.

Sin embargo, es un grave error repetir hasta la saciedad que los palestinos están divididos. Al contrario: lo que llama poderosamente la atención y hasta causa asombro es el alto grado de unidad que existe entre ellos. Y el proceso de maduración de esta unidad avanza a pasos agigantados. La suerte compartida por este pueblo expulsado y diseminado ha contribuido a que se estrechen mucho los lazos entre sus miembros, que ahora se buscan y se encuentran a lo largo y ancho del mundo. Y eso que en los años anteriores a Israel no habían tenido ninguna poderosa organización nacional. Los árabes palestinos habían sido gobernados por líderes religiosos de categoría bastante dudosa. El joven movimiento palestino actual tardará todavía en afianzarse. Su objetivo: recuperar la patria y crear un Estado. Pero ¿cómo conseguirlo?

El tío de Zuhdi opina que hay que aceptar el plan de Hussein. ¿Y qué propone Hussein? Todo el mundo lo sabe. Quiere conciliar nuestros intereses con los suyos propios. Estamos hablando de esa parte de Palestina que se extiende por la orilla oeste del Jordán, se llama Cisjordania y fue anexionada a Jordania en 1950 por el rey Abdullah, el abuelo del rey Hussein. En 1967 la ocupó Israel y sigue ocupándola hasta hoy. Los palestinos quieren que Israel les devuelva esta tierra, en la que ellos crearán su Estado. Éstos son los intereses de los palestinos, y Hussein lo sabe. Pero como el mismo pedazo de tierra había pertenecido a Jordania durante más de quince años, Hussein quiere a su vez que vuelva a formar parte de su reino. Su plan sólo pretende resolver esta contradicción. Creamos el Reino Árabe Unido, ha propuesto a los palestinos. Vuestro Estado, que ocupará el territorio de Cisjordania, pasará a formar parte de mi reino unido. Y todos contentos: vosotros, porque por fin tendréis un Estado; y yo, porque volveré a tener Cisjordania dentro de las fronteras jordanas.

—¡Imposible! —protesta Zuhdi—, nunca vamos a consentir que nos gobierne un rey, y encima, amigo de Estados Unidos.

—Desbarras, jovencito —le responde su tío—, Alá te lo perdone. La mitad de nuestros hermanos árabes vive en países gobernados por reyes. Esto en primer lugar. Y en segundo lugar, ¿no entiendes que Israel no se retirará voluntariamente si tiene en perspectiva la vecindad de un Estado gobernado por fedayines? Debes tener los pies en el suelo y la cabeza a la altura de las cabezas pensantes y con sentido común. ¿Te crees que el imperialismo va a hablar contigo? No lo hará. ¿Y con Hussein? Con él sí que hablará. ¿Qué garantías puedes ofrecer tú? Que seguirás luchando por la independencia de Palestina, de *toda* Palestina. Por eso mismo no quieren oír hablar de ti, ni en Israel, ni en América. Hussein, en cambio, les dará todas las garantías necesarias, les asegurará que habrá paz y tranquilidad y que acabará con los fedayines de una vez para siempre. Tenemos que pensar políticamente, o sea, tomar lo que nos den. Para ellos, el plan de Hussein es una salida ideal. Israel se retirará, con lo cual demostrará al mundo que es un país de paz y que aspira a la concordia. Hussein garantizará tranquilidad en la frontera israelí. Y se proclamará a los cuatro vientos: Los árabes han obtenido lo que querían. ¿Querían volver a las fronteras de 1967? ¡Pues ya han vuelto! ¿Quién está descontento? Los palestinos, porque se les ha reducido el país a la mitad, quizá incluso a una cuarta parte. Sin embargo, a los palestinos no hay quien los contente, nunca lo ha habido, eso en primer lugar; y en el segundo lugar, que a partir de ahora se dirijan a Hussein con sus reivindicaciones. Nosotros hemos cumplido nuestra parte para que haya paz, el resto les corresponde a los árabes. Que se peleen, que se peguen, que hagan lo que quieran, pero que se las arreglen entre ellos.

—Eso es —dice un amigo del tío, un hombre mayor que se apoya en un bastón primorosamente tallado—. Van a crear una situación en que parecerá que todo el mundo quiere la paz, el gobierno de Israel, los gobiernos de todos los países, no sólo los árabes, y que únicamente los palestinos van de un lado para otro pegando tiros y provocando guerras. Van a hacer las cosas de tal manera que los gobiernos árabes nos dejarán de lado, más aún, empezarán a combatirnos incluso. Todos sabemos que, vayan las cosas como vayan, a los palestinos la suerte

nos dará la espalda. ¡Alá nos proteja!

—Estoy seguro de que el plan de Hussein se acabará imponiendo, porque lo apoyarán todos los hermanos reyes y no pocos hermanos presidentes —tercia un tercer palestino, un comerciante de Beirut, repanchigado cómodamente detrás de la mesa, como si presidiera una importante reunión—. Nuestros hermanos gobernantes gastan todas las energías en ocuparse de la guerra; ¿quiénes y cuándo se ocuparán de los asuntos internos? Al fin y al cabo, también los hay. Y muchos. Hay que dar de comer a la gente, y vestirla. En ningún momento se puede bajar la guardia vigilando a la oposición. La guerra ahuyenta a los turistas y al capital extranjero. Todo gobierno debe pensar sobre todo en su propio país. Claro que está bien que de vez en cuando se dediquen a los palestinos, pero no se puede exigir que toda la patria árabe desde Rabat hasta Omán se preocupe exclusivamente de si vamos a tener un Estado grande o pequeño, con rey o sin rey. Debemos tenerlo bien presente.

—El mundo árabe no se acaba en los reyes y los presidentes —interviene otro palestino—. Tenemos cien millones de hermanos, quizá más todavía. Ellos están con nosotros y van a ayudarnos. Os daré un ejemplo. Trabajo en los servicios de salud de nuestros campos de refugiados. No tenemos dinero. Los niños enferman a causa de la desnutrición. La ONU da diez centavos por persona y día para la manutención de los palestinos de los campos. Viajé a Kuwait, fui a ver a un jeque y le dije: Hermano, que la senda de tu vida esté siempre alfombrada de rosas. Conoces la suerte que hemos corrido los palestinos y bien sabes que, desde hace años, la nuestra es un vía crucis. Y sabes que en esa senda hay piedras y espinas y que lo único que nos ofrecen es una esponja empapada en vinagre: toma, bebe y atragántate. Caminamos, caemos y nos levantamos. Vagamos por el mundo y llamamos a las más diversas puertas. Y pedimos: permitid que nos quedemos sentados un rato a vuestra mesa. Y decimos: llegará el día en que os invitemos a sentaros a la nuestra. Pero el hombre no puede ser huésped eterno en casa extraña, y nosotros lo entendemos.

Necesitamos ayuda. Hermano, le dije al jeque, no te pido una libra, ni siquiera un chelín, te pido un penique. ¿Y qué me decís a esto? El jeque sacó un talonario y firmó un cheque por cien mil dólares. Ellos son así de ricos. Para él cien mil dólares es lo mismo que para mí un penique.

—Una prueba perfecta de que nuestras posibilidades son infinitas —resume el palestino de hermosa cabeza romana que esa misma tarde acaba de llegar de Jerusalén—, Los árabes van a tener cada vez más dinero. Dentro de cinco o diez años, una tercera parte del dinero que corre por el mundo se hallará en nuestros bolsillos. Ahora mismo a los occidentales se les pone el pelo blanco cuando se paran a pensar en ello. Ya lo veréis. ¿Cuánto dinero podrán reunir para Israel los judíos norteamericanos? A lo sumo cien millones de dólares en un año. Entonces, nuestros hermanos del Golfo darán doscientos millones para la causa palestina. ¿Cuánto dinero puede destinar a Israel Norteamérica? Como mucho, mil millones al año. Entonces, nuestros hermanos del Golfo destinarán dos mil millones, incluso cinco mil, a la causa palestina. O bien, dentro de unos años, diremos: Bloquearemos cien mil millones de dólares si Occidente sigue ayudando a Israel. ¿Os dais cuenta de lo que significa bloquear cien mil millones de dólares? Eso significa provocar una crisis mundial. ¿Y cuánto tiempo se puede mantener Israel sin ayuda externa? Una semana, a lo sumo un mes. Por eso debemos ser pacientes, tenemos que echarnos cubos de agua fría sobre nuestras calientes cabezas.

»Puede haber una guerra más, tal vez dos, pero ya no se puede seguir por esa senda. Ninguna guerra soluciona nada, el camino de la guerra lleva a un callejón sin salida que acaba en un muro de lamentaciones. Sé de lo que hablo porque vivo en Jerusalén y lo veo todo. Allí hay crisis. Mucha gente se va, los nuevos no llegan. La vida en Israel es peligrosa; nunca se sabe cuándo entrará una granada por la ventana o qué lleva en el bolsillo aquel árabe que cruza la calle.

»Debemos tener un objetivo claro y decir igual de claro qué es lo que queremos. Debemos evocar nuestra historia. Desde que el mundo es mundo, judíos y árabes han vivido juntos. Quien sostenga lo contrario,

miente; es un ignorante y un hombre de mala voluntad. Basta con leer a nuestros cronistas. Allí donde los árabes emprendían una expedición, los judíos iban con ellos. Los árabes conquistaban tierras que luego florecían gracias al comercio judío. Y eran los judíos los que organizaban suministros para los ejércitos árabes. La inquisición y los pogromos fueron inventados en Europa. La historia de Oriente Medio desconoce la mera noción de pogromo. Los hornos crematorios se construyeron en Europa, no en Oriente Medio. ¿Por qué nosotros, los árabes, debemos pagar los platos rotos de la historia europea? No veo a nadie dispuesto a responder a esta pregunta.

»En Jerusalén, tengo por vecino a un judío de Damasco. El tiene a su Dios, yo tengo al mío. Y está bien, es un asunto privado de cada cual. En el piso superior, empero, vive un judío de Londres, un empleado de banca. ¿Qué tienen que ver el uno con el otro? Mi vecino sólo habla árabe mientras que el empleado bancario no sabe de árabe ni una sola palabra. Mi vecino no logra aprender hebreo, pues es una lengua muy difícil. El satírico israelí Kishon escribió con mucha gracia que el judío que llega a Israel, después de cuatro años de estudiar hebreo, ha aprendido lo suficiente como para preguntar a alguien en la calle: Perdone, señor, ¿podría decirme —pero en inglés, por favor— qué hora es? De modo que mi vecino habla en árabe, vive como un árabe y tiene el aspecto de un árabe. En Damasco fue un respetado comerciante, mientras que en Jerusalén es un ciudadano de segunda categoría, un despreciado sabatario al que el empleado londinense mira con superioridad y disgusto. Mi vecino y yo tenemos muchos temas en común porque hemos nacido y nos hemos criado en la misma tierra, y cuando vuelvo de Siria, siempre me pregunta por las novedades de Damasco. ¿Qué le importa Damasco al empleado de Londres? Para él sólo es una más de las sucias ciudades árabes. ¡Londres, eso sí que es una ciudad! Mi vecino fríe carne de cordero y yo frío carne de cordero, cosa que enfurece al empleado bancario, porque, según él, la carne de cordero apesta, a él sólo le gustan sus *eggs and bacon* y su *afternoon tea*. Mírelo, no soporta el olor de la carne de cordero, le digo a mi vecino, quien asiente con la cabeza; él entiende lo

que quiero decir.

«Presentemos al mundo nuestro programa. Digamos alto y claro lo que queremos. Nuestro objetivo se centra en la creación de un Estado democrático palestino en el cual convivan en paz dos naciones. Cada ciudadano, el árabe y el judío, tendrá un voto. Si un judío resulta elegido presidente, lo será. Si lo resulta un árabe, lo será el árabe. La cuestión de la religión será asunto privado de cada individuo. Mantendremos relaciones de amistad con todos los países del mundo. Los judíos son parte de nuestra historia y sólo un loco puede hablar de arrojarlos al mar, frase que el sionista utilizará enseguida para gritarla a los cuatro vientos. Tenemos que definir con claridad a nuestro enemigo: el aparato del Estado sionista, mantenido por el imperialismo.

—No será fácil —dice el comerciante de Beirut—, porque el mundo funciona moviéndose en las categorías de los países ya existentes, tal como son aquí y ahora. Sólo podemos reivindicar la devolución de los territorios ocupados por Israel. En esta cuestión contamos con el apoyo del mundo entero; aunque lo hagamos arma en mano, nadie pondrá en tela de juicio nuestras razones. Y entonces, en esos territorios, ya abandonados, crearemos nuestro Estado árabe de Palestina.

—El problema —tercia el recién llegado de Jerusalén— radica en que ese Estado será muy pequeño y pobre. Si a él se trasladan todos los palestinos, nos asfixiaremos o nos moriremos de hambre. No habrá más remedio que vivir gracias a la ayuda extranjera. Sólo que entonces se abrirá un campo de batalla por las influencias. El país tendrá que aceptar la ayuda, y el que la dé querrá gobernar.

—Israel no consentirá semejante Estado, porque nuestro gobierno sería de izquierdas, y para ellos es inconcebible —observa el palestino mayor, el que se apoya en un bastón primorosamente tallado.

—Yo lo veo así —replica el comerciante de Beirut—: Estados Unidos puede pensar que un país así lo va a financiar su buen amigo el rey Faisal. Como guardián de los lugares santos del islam, Faisal tiene

derecho a ejercer sus influencias tanto en Palestina como en Jerusalén. Ya les ha dicho a los americanos que todavía les concederá un poco de tiempo para que obliguen a Israel a retirarse, pero que ese tiempo se va acortando, porque él ya es viejo y está enfermo, y que antes de morir le gustaría decir sus oraciones en la sagrada mezquita de Al-Aqsa de Jerusalén. Y si no se lo permiten, les cerrará el grifo del petróleo.

—Amenazas como ésta no sirven para nada —disiente Zuhdi—. Tenemos que luchar y punto.

—Escucha a las gentes sabias, jovencito —le dice el tío—, porque por su boca habla la experiencia de la humanidad. Tenemos que aceptar lo que nos dan. O, dicho de otra forma: Si no puedes conseguirlo todo, no lo rechaces todo.

—Sí —zanja la cuestión Zuhdi—, sólo que de momento no dan nada.

Todos se muestran de acuerdo en que allí precisamente radica el problema.

En efecto, los palestinos todavía no han recibido nada. Llevan años oyendo bienintencionadas declaraciones y promesas. Ya las tienen todas, pero siguen sin tener una tierra y una casa.

Llega la hora del rezo. Los lánguidos y melódicos llamamientos del almuédano dirigen nuestros pensamientos hacia el cielo. Es penetrante la mirada de Alá, que lo ve todo. Y nos enseña el gran arte de la espera. «Hay un tiempo para cada cosa, y cada cosa tiene su tiempo», dijo el Predicador.

Es noche cerrada, no se ve el valle ni las montañas. Sólo a lo lejos, muy lejos, al oeste, un resplandor eléctrico apunta al cielo. Encima de ese resplandor, en lo alto, muy alto, está la luna, y debajo de él, Jerusalén.

LA BATALLA DE LOS ALTOS DEL GOLÁN

Lo he conocido en Damasco, en el ascensor de un pequeño hotel. Es palestino, pero parece un siberiano recién llegado de su tierra. Recias botas de fieltro en los pies, tabardo de abrigo ceñido con un cinturón, gorro orejero de piel en la cabeza. Por suerte, las tardes en Damasco son frescas; puede uno llevar una gruesa chaqueta guateada y no asarse de calor. Mientras subimos en el ascensor, saca de su bolsa una manzana y me la ofrece. La manera palestina de trabar conocimiento: ofrecerle al desconocido una fruta. La fruta es la mayor —en realidad la única— riqueza de Palestina; ofrecer una a alguien equivale a ofrecerle todo lo que se tiene.

Me invita a pasar a su habitación. No se quedará en Damasco más que una noche, mañana viajará a Beirut, a reunirse con Arafat. Hasta hace unas horas estaba en el frente. Es comandante en jefe de uno de los grupos de fedayines que luchan en el monte Hermón. No conviene preguntarle por su nombre ni por ningún detalle relacionado con su persona. Es de Galilea, baste con esto. Los fedayines del Hermón forman parte del grupo As-Saiqa, vinculado a Siria. Son el brazo palestino del ejército sirio.

En el frente tienen que llevar ropa de abrigo, chaquetas guateadas y gorros de piel, porque el Hermón, un monte tan alto como el Olimpo, está cubierto de nieve *y* es azotado por heladas ventiscas. Por la noche los hombres se mueren de frío, e incluso durante el día, cuando se producen bombardeos especialmente virulentos, pegados a la tierra sin mover un músculo durante horas, se congelan formando un todo con las rocas. Lamentablemente, no consiguen acostumbrarse a la nieve y al frío. Para ellos, es como si luchasen en otro planeta, un planeta

remoto, extraño. El monte no para de cambiar de manos. El bando que toma la cima planta allí su bandera. Después se produce una nueva batalla y, las más de las veces, un cambio de bandera. Los que han caído abatidos por las balas sencillamente se quedan allí, en lo alto, pero el problema más grave son los heridos. Como no hay manera de transportarlos abajo, sufren mucho, porque el frío agudiza el dolor.

En las nieves del Hermón, los fedayines combaten en su guerra palestina. En la cima se producen las luchas más encarnizadas, cara a cara, cuerpo a cuerpo, a los dos lados de una misma roca, en un angosto saliente del cual se arrojan al abismo unos a otros.

En el fondo de este abismo se extiende, suavemente ondulada, una tierra gris, desolada y desnuda: son los Altos del Golán. Es allí donde está el escenario de la guerra sirio-israelí.

El comandante del Hermón me pregunta qué opino de las batallas en los Altos del Golán, qué opino de toda esta guerra.

Le digo que nunca había visto una guerra así.

La nuestra fue muy diferente y se acabó hace mucho tiempo, en 1945, en Berlín, en la Puerta de Brandenburgo. Era una guerra de millones y millones de personas. Las trincheras se extendían a lo largo de infinidad de kilómetros. No hay bosque en Polonia en el que, todavía hoy, no se encuentren vestigios de aquellas trincheras. Todo el mundo hizo un esfuerzo sobrehumano para sobrevivir a aquella guerra; con nuestras propias manos removimos toda la tierra del país. Cuando se oía la orden de ataque, de las trincheras salían como disparados auténticos enjambres de soldados, ingentes masas humanas cubrían los campos y llenaban los bosques y los caminos. No había lugar donde no se topara uno con un hombre armado con un fusil. En mi país, la guerra no perdonó a nadie, pasó por todas las casas, aporreó con la culata todas las puertas, incendió docenas de ciudades y miles de aldeas. La guerra hirió a todos, y los que han sobrevivido a ella no consiguen curarse, superarla. La persona que ha vivido una gran guerra es diferente a la que no ha vivido ninguna. Pertenecen a dos

tipos humanos que nada tienen que ver el uno con el otro. Nunca encontrarán un lenguaje común, porque a la hora de la verdad la guerra no se puede describir, no se puede compartir; no se le puede decir a otra persona: quédate con un poco de mi guerra. Todo el mundo tiene que llevar a costas la suya hasta el final.

La guerra es la cosa más cruel por un motivo muy sencillo: por el atroz número de víctimas que se cobra. Aquellos compatriotas míos que llegaron hasta la Puerta de Brandenburgo pueden decir cuánto cuesta la victoria. Quien quiera saber qué precio hay que pagar para ganar una guerra como la nuestra, que se dé una vuelta por nuestros cementerios. Quien afirma que es posible alzarse con una victoria duradera sin sufrir grandes pérdidas, que es posible una guerra sin cementerios, no sabe lo que dice. Quiero insistir en una cosa: la esencia de la guerra consiste en que arrastra bajo sus negras alas a todo el mundo. Nadie puede quedarse al margen, sentarse cómodamente para tomarse un café cuando en ese preciso momento hay que ocuparse en lanzar granadas. En la guerra de Argelia tomaron parte todos los argelinos. En la de Vietnam, todos los vietnamitas. Los árabes nunca han librado con Israel una guerra así.

¿Por qué perdieron la de 1967? Se han dicho muchas cosas al respecto. Se han podido oír opiniones para todos los gustos: que Israel ha ganado porque los judíos son valientes y los árabes, unos cobardes; que los judíos son inteligentes y los árabes, unos primitivos; que las armas de los judíos son mejores que las de los árabes... Pero ¡no es verdad! A los árabes tampoco les falta valor ni inteligencia, y disponen de buen armamento. La diferencia radica en otra cosa: en la actitud ante la guerra, en la aplicación de estrategias militares distintas. En Israel, en la guerra participa todo el pueblo, mientras que en los países árabes sólo lo hace el ejército. Cuando se declara una guerra, todos los israelíes están obligados a partir para el frente; la vida civil queda suspendida. En Siria, en cambio, mucha gente se enteró de la guerra de 1967 cuando ésta ya había terminado. Y eso que el país perdió en ella un territorio estratégico de primer orden: los Altos del Golán. Siria

perdía los Altos del Golán y al mismo tiempo, el mismo día y a la misma hora, a veinte kilómetros de allí, en Damasco, los cafés rebosaban de gente, hasta tal punto que muchas personas deambulaban en sus inmediaciones a la caza de una mesa libre. En la guerra de 1967 cayó un centenar escaso de soldados sirios, mientras que un año antes, en Damasco, durante una revuelta palaciega, hubo doscientos muertos. El doble de personas muere a causa de una pelea política que de una guerra en la que el Estado pierde su territorio más importante desde el punto de vista estratégico y el enemigo se halla a distancia de tiro de las puertas de su capital.

En el frente, el soldado puede ser mejor o peor, pero todo soldado es ante todo un ser humano. El joven es el que más arriesga porque la plenitud de su vida sólo acaba de empezar. Y de pronto el mundo se le viene encima. La muerte lo acecha por todas partes. Bajo sus pies estallan las minas, en el aire silban las balas y del cielo caen bombas. Es muy difícil aguantar en semejante infierno. Sabemos que junto al peor de los enemigos existe otro peor todavía: la soledad ante la muerte. El soldado no puede estar solo, no aguantará si se siente como un condenado, si sabe que, entre sus hermanos, uno está en un café jugando al dominó, otro chapotea en una piscina y otros más andan preocupados porque no consiguen una mesa libre en una terraza. Él tiene que sentir que todo lo que hace es necesario e importante para alguien, que alguien lo mira y le ayuda, que está a su lado. Si no es así, el soldado lo dejará todo y se irá a casa.

La guerra no puede circunscribirse exclusivamente al ejército porque su peso es excesivo y él solo es incapaz de llevarlo. Los árabes no lo creían así y perdieron. También le he dicho al comandante del Hermón que una de las cosas que más me sorprendían del mundo árabe era la total desconexión, el insondable abismo que se abría entre la línea del frente y el país en tiempos de guerra, entre la vida del soldado y la del comerciante, que los dos habitasen en mundos del todo diferentes, que les preocupasen cosas del todo diferentes: uno pensaba qué hacer para seguir con vida una hora más, mientras que el otro pensaba cómo

apañárselas para vender su mercancía a mejor precio, cuando los dos problemas pertenecen a dimensiones incomparables.

Hemos salido a dar una vuelta por la ciudad. Nuestro hotel está situado cerca de la oficina central de correos y de la estación de ferrocarril, en el ajetreado centro de Damasco. Ante el edificio de correos se ve, sentados en la calle, una larga fila de limpiabotas. El lugar aparece verde de tantos uniformes como se concentran en él. Las batallas en los Altos del Golán se prolongan desde el alba hasta el ocaso, y por la noche los soldados bajan a Damasco. En pequeños grupos, pasean por las calles, hacen alguna que otra compra y, lo más habitual, van al cine. Pero antes de hacer todo esto, se detienen delante de correos para que les limpien las botas. Los Altos del Golán y espesas nubes de polvo son una misma cosa. Por eso las botas de los soldados, invariablemente grises, siempre piden a gritos un cepillo. Los niños que se afanan en devolverles el lustre y la elegancia militares lo saben todo de la guerra. Botas indeciblemente sucias, apenas reconocibles bajo una gruesa capa de polvo: combates duros, durísimos. Botas sólo ligeramente polvorientas: tranquilidad en el frente. Botas húmedas, como recién sacadas del agua: los fedayines luchan en el Hermón, donde hay nieve. Botas que apestan a petróleo y manchadas de grasa: un combate de tanques, los artilleros han tenido un día muy duro.

Las botas son partes de guerra.

El comandante del Hermón me hace notar que tamaño número de soldados reunidos en un mismo lugar y al mismo tiempo sólo se puede ver en Damasco, y, al otro lado, tal vez en Haifa o en Tel Aviv, pues lo que es en los Altos del Golán, allí no se ven. Los dos ejércitos permanecen ocultos bajo tierra, en búnkers y refugios, o parapetados en las torretas de sus tanques. Nadie camina ni corre por la meseta, en los caminos no hay ni un alma; arrasadas las aldeas, los Altos del Golán ofrecen un desolado paisaje lunar. Quien quiera ver a un soldado luchando como se hacía antaño, tiene que encaramarse al monte Hermón.

Los tiempos han cambiado y con ellos, la guerra. El ser humano ha

desaparecido del campo de batalla. Lo que ahora se ofrece a nuestra vista es maquinaria. Vemos tanques y carros blindados, cohetes y aviones. Metidos en sus búnkers, los comandantes en jefe pulsán sus botones, observan en la pantalla unas saltarinas líneas verdes, desplazan uno u otro mando y vuelven a pulsar el botón. ¡Pif, paf, cataplum!: en un lugar distante estalla con estruendo un tanque, en un lugar del cielo revienta un avión saltando en pedazos.

De la imagen de la guerra ha desaparecido el rostro humano. «Oye, Dick», grita por teléfono el jefe de Camera Press dirigiéndose a su fotorreportero que cubre la batalla de los Altos del Golán, «¡me tienes hartos con tus cohetes! Por una vez, ¡mándame la foto de una cara! Una simple jeta de uno de los tipos que allí se dan de hostias.»

Pero las simples jetas permanecen ocultas tras las mirillas de los tanques.

Cuando vi los cementerios de maquinaria bélica en Oriente Medio, pensé: «¡Dios mío, cuánto dinero tirado!» Kilómetros y más kilómetros de la zona del frente aparecían cubiertos por ingenios de guerra de lo más caro. En cada kilómetro cuadrado se amontonaban millones de dólares.

En octubre de 1973, una hora de guerra costaba veinte millones de dólares.

Pensé que, si el mundo no nos imponía la paz según los principios acordados por las Naciones Unidas, la humanidad pagaría por Oriente Medio miles y miles de millones de dólares, pagaría con el hambre en el Sáhara y en la India, con la inflación y el alto coste de vida, y esto porque no hay más dinero del que hay, y si se gasta en un lugar no quedará para gastar en otro.

El fedayín me lleva a casa de un amigo suyo, sirio él. Haciendo gala de la exquisita hospitalidad árabe, el anfitrión, pese a lo avanzado de la hora, se muestra encantado de vernos y nos invita a café y aceitunas.

Es ingeniero y se llama Saleh Mujtar.

Dice que Siria está orgullosa de su guerra. A veces se escribe por allí que en Oriente Medio ha habido cuatro o incluso cinco guerras, pero se trata de un malentendido. Esta es la primera. Esta guerra ha elevado la moral de los árabes y ha sembrado inquietud en Israel, y no porque los árabes hayan ganado e Israel haya perdido: la victoria de los árabes consiste en que no han sido derrotados y el fracaso de Israel, en que no ha vencido. Se ha interrumpido la mala racha árabe. Resulta que para la guerra hay que madurar, alcanzar el temple necesario. A veces, hay que probar durante décadas para finalmente salir airoso del escenario bélico. Es la primera vez que Siria entra en un combate de igual a igual, y es todo un éxito.

El ingeniero dice que hay una gran diferencia entre el Sinaí y los Altos del Golán. El Sinaí está situado lejos del centro de Egipto y lejos del centro de Israel. Allí, los ejércitos pueden desplazarse docenas de kilómetros, hacia delante o hacia atrás, sin que la médula de Egipto y la médula de Israel queden afectadas. El tiro disparado en el desierto del Sinaí no alcanzará el corazón de ninguno de estos dos países. Todo lo contrario que en los Altos del Golán. El centro de Israel y el de Siria se tocan. El corazón de Israel está al alcance del disparo sirio y el corazón de Siria lo está del disparo israelí. Cada metro cuadrado de tierra en los Altos del Golán tiene vital importancia. La meseta tiene a lo sumo veinte kilómetros de ancho. A un lado se extiende el valle de Galilea y al otro, el de Damasco. No hay Israel sin Galilea como no hay Siria sin el valle de Damasco. La lucha es tanto más encarnizada por cuanto en los Altos del Golán se decide el futuro de las dos partes, más aún, su misma existencia.

Dice que antaño Siria era grande. Palestina, Jordania y el Líbano no eran sino sus provincias. Todavía a principios del siglo XX había tres superpotencias árabes: Egipto, Irak y Siria. Egipto e Irak siguen siéndolo, mientras que Siria, por obra de Inglaterra y Francia, ha quedado despojada de Palestina, Jordania y el Líbano. Pero la Gran Siria permanece en la memoria de la gente. Toda la orilla este del

Mediterráneo, una buena y hermosa parte del mundo, nos pertenecía a nosotros, mientras que ahora no nos queda sino un insignificante pedazo. Para nosotros, Israel no sólo es un país extraño sino el invasor que ocupó una tierra, Palestina, que pertenece a Siria. Israel puede buscar acuerdos con Jordania, pero esto no tiene importancia porque el único país árabe con derecho a decidir el futuro de Palestina es Siria. Ni Israel ni Jordania pueden decidir los destinos de nuestra tierra. He aquí por qué Israel y Jordania combaten a los fedayines, y Siria, por el contrario, los considera hermanos y aliados: los árabes palestinos forman parte del gran pueblo sirio. Los dos, palestinos y sirios, han sido los árabes más perjudicados por el imperialismo. El imperialismo nos ha arrebatado Palestina y la mejor parte de Siria. Por eso mismo, los palestinos y los sirios son los más antiimperialistas entre los árabes.

De esta manera se me ha revelado un nuevo aspecto —uno entre mil— de la cuestión palestina. Esta vez, el sirio.

Todos sabemos que la vida es difícil y que no hay pueblo que no se doble bajo el peso de infinitos problemas. Hace mucho, mucho tiempo, todos los pueblos se dirigieron a Dios pidiéndole que les permitiese vivir mejor, que les quitase parte de sus preocupaciones, conflictos y asuntos que eran incapaces de solucionar. Dios se avino y les dijo: De acuerdo, que cada pueblo deposite en la tierra que yo elija esa parte del mal que le sobra. La tierra en cuestión es la de mi profeta Moisés, de mi profeta Jesús y de mi profeta Mahoma. Son hombres sabios y pacientes. Ellos sabrán qué hacer con todo ello.

Y los pueblos hicieron lo que se les dijo.

Pero como, exultantes de alegría por la divina bondad, fueron aportando, a cual más veloz, sus problemas y conflictos para depositarlos de prisa y corriendo en cualquier sitio y de cualquier manera, todo acabó por enredarse, embrollarse, enmarañarse, y se formó un nudo apocalíptico, un caos monstruoso. Por eso el problema palestino es tan difícil de resolver.

II

CRISTO CON UN FUSIL AL HOMBRO

El rector me recibe en su despacho, sito en la undécima planta del rascacielos que alberga la Universidad de San Andrés. El edificio está situado en los confines del centro histórico de La Paz y su aspecto recuerda al de muchos edificios después de la sublevación de Varsovia. Paredes agujereadas por las balas, aquí y allá boquetes y trozos de muro arrancados por proyectiles de artillería. En muchas ventanas faltan los cristales, y como nos hallamos a una altura de casi cuatro mil metros, en los pasillos campan por sus respetos corrientes de viento helado. Los estudiantes atienden a las clases encogidos de frío, el vendaval les arrebató los apuntes y los desparramó por la calle.

Por suerte, las clases no se dan muy a menudo. Cada cierto tiempo, cuando el espíritu opositor de la universidad cobra tintes amenazadores, el gobierno clausura la docta institución y la mantiene cerrada unos cuantos meses. En los períodos en los que está abierta, lo más habitual es que los estudiantes se declaren en huelga: exigen la dimisión del gobierno. Si la huelga no surte efecto, preparan una nueva revuelta. Nadie piensa en estudiar, cosa de lo más comprensible. En Bolivia, los estudiantes constituyen, junto con los mineros, la principal fuerza de la oposición, de modo que llevan sobre sus hombros el peso de la lucha contra el régimen. Ser universitario en este país es una ocupación hartó peligrosa. Muchos mueren en la calle, durante las manifestaciones, otros en el curso de las cargas del ejército contra la

universidad y otros más en las filas de la guerrilla. A la universidad acuden armados. El edificio rebosa armas. Hay allí metralletas y cajas llenas de granadas. Recuerdo que hace un tiempo tuvieron incluso un cañón antiaéreo, comprado a los contrabandistas. Lo habían instalado en el tejado del rascacielos y disparaban contra los aviones que acudían a bombardear la universidad.

El despacho del rector también está lleno de huellas de tiroteos. Son huellas recientes, vestigio de una guerra fratricida, librada por unos estudiantes contra otros, pues no toda la juventud es de izquierdas. Hay jóvenes que se han puesto al servicio de la oligarquía. Otros pertenecen a un sinfín de organizaciones de signo ideológico de lo más dispar, enemistadas entre sí; hay entre ellos anarquistas y trotskistas, maoístas y cristianodemócratas independientes, socialfascistas y nacionalistas revolucionarios. En la facultad de medicina actúan trece partidos políticos. En toda la universidad, una veintena, aunque resulta difícil contarlos todos, porque muchos desaparecen una semana después de haberse fundado. En América Latina, la vida política es una constante proliferación de partidos, una reproducción extraordinariamente fértil. La mayor dificultad para un latinoamericano consiste en someterse a una disciplina ajena, por lo que el primer acto reflejo de todo aquel que quiere dedicarse a la política es la creación de un partido propio. Se podría confeccionar aquí una larga lista de políticos latinoamericanos que en el curso de su vida han creado varios partidos, hasta más de una docena.

La guerra que ha dejado huellas en el despacho del rector la habían librado los trotskistas y los anarquistas. Los primeros se habían declarado el poder supremo de la comunidad estudiantil y exigido el reconocimiento de este hecho por los demás grupos. (En Bolivia, los trotskistas son una fuerza más que considerable. Bolivia y Sri Lanka son, seguramente, los centros más importantes del trotskismo en el mundo.) Los anarquistas, en su acérrima hostilidad a todo poder constituido y organizado, los declararon usurpadores y agentes del gobierno. (Entre los estudiantes bolivianos, llamar a alguien «agente

del gobierno» equivale a lanzarle el más grave de los insultos: enseguida estalla un tiroteo.) Durante el conflicto, los trotskistas ocuparon el edificio de la universidad, mientras que los anarquistas se atrincheraron en la residencia de estudiantes contigua.

El fuego cruzado se prolongó durante dos semanas. El gobierno lo contemplaba todo con indiferencia, pues le convenía, y mucho, que los estudiantes se masacraran entre sí. El gobierno no para de tener problemas con la opinión pública, que lo considera responsable de la muerte de todos y cada uno de los estudiantes abatidos por una bala. En este caso, sin embargo, nadie habría podido decir que el presidente o alguno de sus ministros se hubieran manchado las manos con la joven sangre de los estudiantes universitarios. Pero, sobre todo, aquella guerra interna le proporcionaba un respiro, un momento de calma, le permitía quitar del orden del día de sus sesiones, aunque fuese por poco tiempo, el punto fijo referente a la universidad e interrumpir las interminables discusiones en torno a qué hacer con ella. ¿Abrirla o cerrarla? ¿Bombardearla o dejarla en paz? Se trata de asuntos de suma importancia, habida cuenta de que la mitad de los gabinetes bolivianos ha caído de resultas de protestas estudiantiles. No existe gobierno capaz de mantenerse si los estudiantes logran formar una alianza de oposición con los mineros del estaño o con una parte del ejército.

Ahora el rector me cuenta cómo había desempeñado sus funciones durante aquella guerra fratricida. En primer lugar, intentó conservar la calma y la dignidad. No fue fácil. Tenía que entrar a escondidas en su despacho. En vez de permanecer sentado ante su mesa, pasaba horas enteras debajo de ella, porque las balas silbaban por todas partes. Tiene una mesa imponente: enorme, maciza, esculpida en la dura madera de teca. Me enseña en esa madera los lugares donde se incrustaron los proyectiles. Mientras me los enseña, menea la cabeza reflexionando sobre su duro sino de rector. Se llama Óscar Prudencio, tiene sólo treinta y cuatro años y da clases en la facultad de estomatología. Simpático, directo, abierto. Es rector porque lo eligieron los estudiantes. Aquí los estudiantes lo deciden todo: quién será rector,

quién ocupará una cátedra, cuántos alumnos se admitirán en primer curso, qué programa se seguirá...

Durante los días de la guerra, el rector dejó de recibir visitas. La entrada en su despacho les podía costar la vida. Escondido debajo de la mesa, redactaba llamamientos a la paz. Reconoce que no surtieron gran efecto. Fue necesario esperar a que remitiese la oleada de odio, que los contendientes empezaran a reflexionar, que se les abrieran los ojos. Hubo muchas víctimas en ambos bandos.

—¿Para qué? —se pregunta el rector—. ¿Para qué tanta muerte? En este país —prosigue— la vida no vale nada. En medio de esta pobreza, de esta hambre eterna, desaparece la frontera entre la vida y la muerte. Cruzarla no supone ninguna conmoción, es lo más habitual. La media de vida de nuestros mineros apenas alcanza los treinta años. Los cementerios de los barrios mineros recuerdan a los de la guerra: mera juventud. Los cementerios estudiantiles: mera juventud. ¿Y los soldados que luchan contra los mineros y los estudiantes? También son muy jóvenes. En Europa, la gente muere durante una guerra, la muerte se lleva entonces millones de vidas, pero se trata de la cosecha de una temporada. Aquí, entre nosotros, ha tomado otra forma, y aunque también se lleva millones, está fundida con la cotidianidad, nos hemos acostumbrado tanto que ni siquiera reparamos en ella, porque nos acompaña siempre y a todas partes; vulgar, ordinaria, cotidiana, parece crecer y acechar en todo momento desde el interior de nuestras vidas.

Ya me dispongo a irme, pero el rector me pide que me quede un rato más. Si tengo tiempo, me dice, iremos a rendir homenaje a los que han caído en Teoponte. Llega a decir incluso: «Vamos a despedirnos de ellos.»

La despedida tiene lugar en la planta baja, en una gran sala abarrotada de gente. Junto a la puerta hay estudiantes armados vigilando a todo el que entra: no vaya a ser que se cuele algún grupo de extrema derecha con intención de lanzar un explosivo entre la multitud. Pero como, aun así, todo es posible y la amenaza de una masacre flota en el aire, en la

sala se perciben nervios y tensión. La multitud se agita y lanza consignas de lucha. La sala exhorta a acabar con la reacción. Exige la horca para varios generales. La nacionalización de la industria y la banca. El cierre de la embajada de Estados Unidos, el entierro del imperialismo mundial.

En una pared del fondo de la sala hay un retrato del Che Guevara, un dibujo que representa a Cristo con un fusil al hombro y una fotografía ampliada del héroe de Teoponte, Néstor Paz. Sobre la tarima aparecen sentados en semicírculo representantes de los mineros y los campesinos (indios con semblantes graves, concentrados), representantes de diversos partidos políticos (legales e ilegales), líderes de los estudiantes (entre ellos, trotskistas y anarquistas, ya reconciliados a pesar de todo). Las primeras filas están ocupadas por las familias de los muertos. La señora de pelo blanco, vestida toda de negro, se llama María Luisa Bonadona de Quiroga: sus tres hijos murieron abatidos a tiros en Teoponte el mismo día. La hermosa mujer rubia con esplendorosos ojos oscuros no es otra que María Cecilia, la mujer del héroe Néstor Paz. Aunque sólo tiene veintiún años, ya es viuda. Lleva un lazo negro en forma de mariposa prendida al pelo, guantes negros y un ligüero —se ve porque lleva una minifalda— igual de negro. El hombre de pelo gris y anchos hombros es el general retirado Anastasio Villanueva. Un hijo suyo murió en Teoponte, donde se presentó para expiar las culpas de su padre, quien, en su época de oficial en activo, había disparado a campesinos en huelga.

Todas las personas reunidas en esta sala saben lo que ocurrió en Teoponte. Conocen los pormenores de la tragedia. En La Paz, cerca de la Plaza Murillo, en los sótanos de una vieja casa de vecindad funciona un local llamado El Canto. Para acceder a él, hay que bajar por una escalera de madera carcomida que está junto al portal. La entrada vale diez pesos. En vez de la habitual cartulina te dan una copa de vino tinto. Así pertrechados, debemos ahora, copa en mano, dirigirnos a tientas hacia el fondo del sótano y encontrar un sitio en uno de los bancos, también a tientas, pues en todas partes reina la oscuridad, una

oscuridad abismal, insondable. Por la noche (la hora siempre es una incógnita) se presenta en el local un indio con su guitarra. Se llama Diego Fernández. Se sienta junto a la pared y enciende una pequeña vela en su minúscula mesa. Diego toca la guitarra y canta. Todas sus canciones son tristes. También es triste su rostro. Es triste la llama de su vela. Diego entona la canción de una muchacha que suplica a su novio Rosendo que no se muera, que al día siguiente se celebra su boda. «No me lo hagas, Rosendo», ruega la muchacha, «ya está todo listo, los invitados, avisados, hemos matado una vaca, he lavado la estancia, la cerveza ha madurado en los cántaros, no me lo hagas, Rosendo, no te mueras, Rosendo.» Diego canta sobre la vida que es cruel, sobre el amor que no puede cumplirse.

En este sótano, por la noche, se reúnen espíritus inquietos, insurgentes y conspiradores, estudiantes rebeldes. Allí celebran sus consejos y planean su aventura guerrillera. Al frente de la conspiración está Chato Peredo, un líder de veintinueve años.

La familia Peredo es un tema que daría para una novela. El padre de nuestro líder, Rómulo Peredo, editaba en la segunda ciudad más grande de Bolivia, Cochabamba, un periódico sensacionalista, *El Imparcial* que redactaba entero él mismo. Su cometido periodístico lo acompañaba con unas borracheras de campeonato. En el periódico aparecían noticias como ésta: «¡El párroco de Pocon violó a una niña de seis años!» Al día siguiente se presentaba en Cochabamba el párroco en cuestión, tan indignado como aterrorizado.

—¿Yo, señor Peredo? ¿A una niña de seis años?

Peredo ponía cara de preocupación, de querer ayudar al pobre párroco a salir del apuro.

—Un asunto difícil —decía—. Lo único que se puede hacer es publicar un mentís, pero tal cosa le costará cien pesos, padre.

El párroco pagaba y al día siguiente en *El Imparcial* aparecía el siguiente texto: «Ayer publicamos la noticia de que el párroco de

Pocon había violado a una niña de seis años. Pedimos disculpas por nuestro error. En realidad se trataba del párroco de Colón.» Al día siguiente se presentaba el párroco de Colón, etcétera, etcétera. No todos, sin embargo, estaban dispuestos a pagar por el desmentido; muchos se presentaban en la redacción para armar un escándalo y pegar al redactor jefe. Ante semejante panorama, Peredo nombró director del periódico al famoso boxeador boliviano Ernesto Aldunate. Aldunate zurraba a todo aquel que venía a protestar. Las protestas no tardaron en cesar.

Rómulo Peredo era un padre trágico, un Job boliviano. Tenía seis hijos. El primero, también Rómulo, murió en el curso de un tiroteo entre borrachos en un bar de Trinidad. Tenía treinta y dos años. El segundo, Esteban, era vaquero. Murió en un tiroteo por unos rebaños de ganado. Tenía veintitrés años. El tercero, Pedro, era policía y murió de un balazo disparado por unos criminales. Tenía veinticinco años. Los siguientes tres hijos los tuvo Rómulo con su octava esposa. De éstos, Coco murió como guerrillero del destacamento del Che Guevara a los veintiocho años. Su hermano Inti, que también formaba parte del grupo del Che, lo sobrevivió un año vagando por Bolivia solo, un guerrillero convertido en un destacamento unipersonal del Ejército de Liberación Nacional. Murió en La Paz, en 1969, ejecutado por la policía mientras dormía.

Ahora el benjamín de la familia, Chato Peredo, vengaba a sus hermanos. Chato formó un grupo guerrillero con setenta y cinco hombres, principalmente estudiantes. El 18 de julio de 1970 el destacamento partió rumbo a la selva.

... Salimos de La Paz en dos camiones. Oficialmente, éramos una brigada de lucha contra el analfabetismo. Delante del Palacio Presidencial se celebró una despedida solemne. El ministro de Educación, Mariano Gumucio, pronunció un bello discurso. Nadie miró en el interior de los camiones, en el fondo de los cuales había un montón de armas y de latas de conserva. Por la tarde llegamos a la

mina de oro South American Placers, propiedad de una multinacional con sede en California. Volamos el torno de extracción y secuestramos a dos técnicos de la República Federal de Alemania. Nuestro subcomandante, Alejandro, llamó al Palacio Presidencial de La Paz y dijo que soltaríamos a los técnicos si el gobierno soltaba a diez prisioneros encarcelados por colaborar con el destacamento del Che. Sobre todo nos importaba Loyola, la enlace del Che, a la que sometían a las torturas más atroces. Aprovechando la ocasión, el ejército sacó a la embajada trescientos mil dólares, supuestamente exigidos por nosotros. Mentira...

... De madrugada llegamos a Teoponte, trescientos kilómetros al norte de La Paz. Nos detuvimos en las afueras del pueblo, pues dentro ya había tropas. Los camiones se quedaron en la carretera, y nosotros nos internamos en el bosque, en la selva. El ejército nos había seguido la pista desde el principio. Los aviones sobrevolaban nuestro territorio durante días enteros. Después, incluso de noche. El ejército ocupó los caminos y los pueblos, teníamos que ocultarnos en la selva, en las montañas, cambiar de lugar en todo momento, no parábamos de caminar...

... Ninguno de nosotros conocía el territorio. La mitad del destacamento nunca había salido de la ciudad. El Che había dejado dicho en sus escritos que lo más importante era atraer al campesinado. Pero nosotros no podíamos entrar en las aldeas pues estaban tomadas por el ejército. Además, este territorio está casi deshabitado. Un mundo sin personas. La selva es igual que el desierto, sólo que en verde. No hay nada para comer, no hay agua. En esa tierra, la naturaleza es el peor enemigo. Allí crecen unos árboles que rezuman una resina mucho más corrosiva que el ácido sulfúrico. Una sola gota te atravesará el cráneo hasta el mismo cerebro. Por todas partes hay avispa salvajes. Si una de esas avispas te entra en un ojo, te quedarás ciego. Por todas partes hay serpientes venenosas. La peor se llama «coralito». Si te muerde, la sangre se te convierte en agua, que luego te sale por las cuencas de los ojos. De día no te puedes sentar, porque te comerán

vivo las hormigas; de noche no puedes dormir, porque te devorarán los mosquitos. No puedes sino andar y andar...

... Por aquella zona hay campos de concentración adonde el gobierno envía a los presos políticos. No los rodean alambradas de espino ni altos muros, porque no hay adonde huir. En leguas a la redonda no hay más que selva y pantanos. Tampoco hay caminos: la única vía de comunicación son los aviones del ejército. Allí, los guardias y los presos viven juntos; los que vigilan a los encerrados también lo están. Hubo veces en que cambiaba el gobierno y el nuevo no sabía nada de la existencia de uno u otro campo, porque esas cosas, como son ilegales, se mantienen en secreto. Entonces, todo el campo moría de hambre. Otras veces, los guardias y los presos se conchababan, secuestraban el avión y huían del infierno...

... Ninguno de nosotros sabía dónde nos encontrábamos exactamente. Caminábamos de barranco en barranco, de colina en colina. Nos internábamos en la selva. Andar se volvía cada vez más difícil, porque allí el sotobosque es espesísimo, espinoso, feroz. Nuestros uniformes se habían convertido en harapos. Nuestros pies y manos estaban ensangrentados. Teníamos sed, no había nada para beber. Pero uno apremiaba al otro, porque luchábamos por no caer en el cerco. Sólo caímos en dos emboscadas. En una perdimos a once hombres. No hay más. Durante todo ese tiempo, no entramos en una sola batalla con el ejército. Ellos controlaban los caminos y las aldeas, y a nosotros nos empujaban de un lugar a otro con raids aéreos y esperaban que nos muriésemos todos de hambre y cansancio. En toda aquella guerra el ejército perdió un soldado...

... Al principio no nos iba mal; teníamos fuerzas. Pero en dos semanas se nos acabaron las provisiones. No teníamos nada que llevarnos a la boca. Los hombres empezaron a debilitarse. Comíamos raíces, brotes de bambú y extraños frutos del bosque. Nadie sabía qué era comestible y qué venenoso en la selva. A veces comíamos cosas de las que enfermábamos todos y no podíamos dar un paso. En tales ocasiones, ellos podrían habernos sacado de la selva con sólo las

manos. Una vez cazamos un mono y cada uno de nosotros recibió su pedazo de carne; fue un gran día. Ninguna otra vez en esos tres meses logramos cazar nada más. Los hombres apenas se mantenían en pie, caían en plena marcha, deliraban por la noche. En ocho días no habíamos comido nada. Al noveno día se mató Quirico; se metió un balazo en la sien. Al día siguiente murió de agotamiento Néstor Paz, nuestro comisario. Lo hizo en brazos del comandante. Todos le teníamos mucho afecto; Néstor era la persona más querida del destacamento. Cinco días llevamos a costas su cuerpo, hasta que, mientras vadeábamos un río, la corriente se lo llevó...

... El primero en huir del destacamento fue Sebastián. Lo hizo dos días después de nuestra llegada a Teoponte. Fue capturado por el ejército y fusilado. Una semana más tarde huyeron Freddy y Marcos. Los soldados los capturaron y los fusilaron. En el décimo día de nuestra marcha huyeron otros seis. Todos fueron fusilados por el ejército. Después huyó Alfonso, y tras él, Juanito. Los dos, fusilados. Al cabo de un mes quedábamos cuarenta y cinco. Luego huyeron tres más. Luego, Carlos y Mongol. Todos, fusilados. Después, otros tres. Fusilados. Después, Kolla. Antes de fusilarlo, a Kolla primero lo torturaron. Al cabo de dos meses éramos veinte. Después el subcomandante Alejandro y cuatro hombres se perdieron en la selva. Pero éstos no traicionaron; se mantuvieron firmes hasta el final. De nuestro menguado grupo huyeron cuatro hombres más y después, dos más todavía. Todos, fusilados. Luego caímos en una emboscada. Dos muertos. Aquella noche huyeron Perucho y Forte. Estaban tan agotados como nosotros y, también como nosotros, daban vueltas por la selva, desorientados, así que al caer la tarde del día siguiente cayeron en nuestras manos. Ya habían arrojado las armas y se habían atado en la cabeza pañuelos blancos que les cruzaban la frente. Dos esqueletos humanos, igual que nosotros, que estábamos tumbados en la tierra después de un día errando por la selva. Llevábamos dos días sin probar bocado. Los cuerpos, febriles, nos pesaban como piedras; como si no fueran los nuestros. El mundo entero estaba como envuelto en niebla, la tierra se movía bajo mi cuerpo, la selva dibujaba círculos

verdes... Oí desde lejos la voz del comandante que decía: «¡Hermanos traidores!», decía Chato. «Abandonaron ustedes la causa en un momento decisivo. Cubrieron de oprobio el nombre de nuestro destacamento, un destacamento del Ejército de Liberación Nacional. Nada justifica su traición. El Consejo de Guerra Revolucionario les condena a morir fusilados.»...

... Y ahora nosotros cinco debemos fusilar a esos dos. Debemos fusilar a Perucho y a Forte, que no han tenido fuerzas para alejarse del destacamento lo suficiente como para caer en manos del pelotón de fusilamiento de un batallón de *rangers* y han caído en las nuestras. Somos nosotros los que debemos dispararles. Es una orden. La selva dibuja círculos verdes y siento cómo se mueve la tierra bajo mi cuerpo. El cuerpo me pesa como una piedra y el mundo entero está envuelto en niebla. A través de esa niebla veo que Chato desenfunda la pistola. Y veo a Perucho y a Forte. Apenas se sostienen en pie. No tienen fuerzas para dar un paso. Y nos veo a nosotros cuatro, tumbados, porque no tenemos fuerzas para levantarnos. El único que las tiene es el comandante, porque en sus venas corre la sangre de su hermano Coco, que cayó al lado del Che, y de su hermano Inti, que luchó como un guerrillero solitario y murió fusilado mientras dormía. Y oigo los disparos, y veo cómo la selva dibuja sus círculos verdes...

... En el mismo lugar donde se quedaron Perucho y Forte, dejamos también a Cristian. Murió de agotamiento. Había pasado la noche delirando, después le acometieron temblores, finalmente se durmió y ya no se despertó. Por la mañana yacían juntos Perucho, Forte y Cristian. Dos traidores y uno que se había quedado con nosotros hasta el final. Pero ahora ya no se diferenciaban. Ya eran iguales. Allí se quedaron los tres, y nosotros emprendimos nuestra marcha de cada día. Todo el tiempo caminamos cuesta arriba. Éramos cuatro: Chato, Mamerto, David y yo. Teníamos que detenernos a cada momento, porque Mamerto no tenía fuerzas para seguir. Sería su última caminata. Nos pidió varias veces que lo dejásemos, que quería morir en soledad, pero nosotros le decíamos que debíamos caminar hasta el

final, que no podíamos sino marchar sin parar para no caer en el cerco. Empezaba a anochecer cuando alcanzamos la cima de la montaña más alta de la zona. Desde esa cima se abría la vista a un hermoso valle en cuyo fondo fluía un río. Y en aquel valle había una aldea. La veíamos todos: Chato, Mamerto, David y yo. Y aunque la veíamos todos, uno daba un golpecito al otro y le decía: «¡Mira, una aldea!» Cada uno de nosotros deseaba cerciorarse de que realmente era una aldea y no un sueño. Llevábamos diez semanas errando por la selva, donde el peor enemigo del hombre es ella misma: la selva. En dos semanas se nos había acabado la comida. El ejército había tomado los caminos y las aldeas, y esperaba que muriésemos de hambre y cansancio. A todos los que habían huido del destacamento los habían capturado y fusilado. A Perucho y a Forte los había fusilado Chato. Alejandro y otros cuatro hombres se habían perdido en la selva, pero no nos habían traicionado. Ahora quedábamos cuatro. Llevábamos diez semanas errando por la selva, cambiando constantemente de lugar para evitar vernos rodeados. Ninguno recordaba cuándo habíamos comido por última vez. Finalmente estábamos en la cima de una montaña. Fin del camino. Habíamos sacado nuestras últimas fuerzas para alcanzar la cima y ver la aldea. Mamerto agonizaba. Le pusimos una mochila debajo de la cabeza para que la mantuviese alta y pudiera contemplar la aldea. Para que pudiera ver cómo se encendían las hogueras. Al día siguiente bajaríamos al valle. «Mamerto», le dijo el comandante, «mañana estaremos en la aldea.» Nosotros sabíamos que el comandante mentía, que no íbamos a bajar a la aldea, porque allí estaba el ejército, e ir hacia él significaba traición y fusilamiento. Pero Mamerto quería escuchar esas palabras, las necesitaba. «En la aldea», decía el comandante, «nos darán carne y maíz. Sacarán la mesa más grande que tienen y la cubrirán de comida. Si lo deseas, Mamerto, tendrás toda una palangana de pollos asados. Y un cántaro de cerveza. Y una muchacha.» Nosotros sabíamos que el comandante mentía, pero Mamerto quería escucharlo; en su rostro empapado en sudor se dibujó una sonrisa. «Podrás hacer todo lo que quieras», siguió mintiendo el comandante, «cualquier cosa que te venga en gana. Te dirás a ti

mismo: ¡Menuda vidorra llevo! ¡Una vida fabulosa, fantástica!» Mamerto clavó los ojos en el valle. En el fondo del valle veía una aldea. El comandante le sostenía la mano y seguía hablándole, pero en un momento dado dejó de hablar, porque Mamerto ya no lo oía, ya no estaba...

... Dos días más tarde nos encontraron unos buscadores de oro. Es que el río que fluye por aquel valle se llama Tipuani y en el fondo de ese río hay oro. La aldea, a su vez, se llama Chima...

... Todas las cosas por las que luchábamos están escritas en la orden número uno. Nos fijamos como objetivos: la victoria de la revolución, la formación de un gobierno popular y la nacionalización de todos los recursos, que deberían pertenecer al pueblo...

... Éramos setenta y cinco. Han sobrevivido ocho. El ejército fusiló a cincuenta y cinco. Desaparecieron doce...

... Me llamo Guillermo Veliz (fin de la grabación).

Escuché la cinta en el despacho del rector repetidas veces, y reproduzco las palabras en ella grabadas lo más fielmente posible. Estando ya en la sala, todavía oía la voz de Guillermo Veliz. La ceremonia se prolongaba. Había hablado el representante de los mineros. Y el de los buscadores de oro. Y el de los campesinos. La sala ya aplaudía, ya pateaba. En un determinado momento se sumió en el silencio. Un silencio sepulcral. Un estudiante empezó a leer las cartas que el comisario Néstor Paz había escrito en la selva a su esposa, María Cecilia. Fueron encontradas después de la muerte del comisario en su mochila. Treinta cartas a María Cecilia y una más, escrita en plena fiebre del hambre justo antes de morir, dirigida a Dios.

«Nada más separarnos», le decía Néstor a su mujer, «empecé a añorarte. Fui presa del miedo, porque de pronto me encontré sin ti, que nunca me has fallado y siempre has permanecido a mi lado. Ahora estamos viviendo nuestros primeros días en la selva, los más duros, porque es el período de forjarnos todos y de forjarme yo, para que en

mí se desarrollen por igual mi capacidad de amar y mis dotes de guerrillero. Es la única manera de perfeccionar la actitud revolucionaria. Te quiero, constantemente pienso en ti...

»Me encuentro bien, aunque te echo mucho de menos. Deseo que seas capaz de sobrellevarlo todo con entereza, que es la mayor prueba de amor. Con cada día que pasa te quiero más y más. Nunca había pensado que estábamos unidos hasta ese punto, que formábamos un todo. Que éramos una misma cosa. Aunque me maten, permaneceré contigo para siempre.»

Lancé una mirada en dirección a María Cecilia. Estaba sentada, inmóvil, en la primera fila. Un rostro tranquilo, cansado. Grandes ojos castaños. El estudiante seguía leyendo:

«Hoy hemos prestado juramento ante el retrato del Che. Yo juré por mi amor a ti y a la Revolución. Han pasado dos semanas desde nuestra separación. No paro de mirar tu fotografía y leo y releo la carta que me diste al partir, tan increíblemente bella que se me hace un nudo en la garganta. Te quiero. Confío en verte pronto o al menos en que pronto llegaré a un lugar donde me estarán esperando noticias tuyas. Pienso en ti...

»Por la noche hace mucho frío y llueve a cántaros. Dormir en semejantes condiciones es una tortura. Te quiero. Todo va bien, aunque tenemos problemas, porque se nos acaban las provisiones y los chicos hurgan en las mochilas de sus compañeros y se roban comida unos a otros. No habrá más remedio que elegir a uno y aplicarle un castigo ejemplar. Tal vez lo fusilemos o lo expulsemos del destacamento. Todavía conservo las fuerzas suficientes para caminar, pero he adelgazado terriblemente. No puedes imaginarte cuánto te quiero...

»Los hombres han perdido el entusiasmo y esto me preocupa mucho. No, no es que haya ocurrido nada grave, pero todos se han vuelto agresivos y andan con los nervios a flor de piel. Se trata de una profunda crisis de fe, de pérdida de confianza en la comandancia y de falta de convicción de que ganaremos esta guerra. No sabemos lo que

nos espera, pues estamos rodeados por el ejército. Ahora somos veintitrés los que quedamos con vida. Te quiero y el amor por ti llena todo mi ser...»

El estudiante interrumpió la lectura, esperó unos momentos, miró a María Cecilia, que, sentada en la primera fila, seguía sin mover un músculo y, dirigiéndose a una sala expectante y sumida en el silencio, dijo:

—Ahora leeré la última carta del comisario del destacamento, Néstor Paz, a María Cecilia.

«Amada mía. Nuestro grupo se ha reducido al mínimo. Hoy siento la necesidad de tu presencia más que nunca, tal vez ante la inminencia de la muerte o por la derrota que hemos sufrido en esta lucha. No escribo más que un par de frases, porque no me quedan fuerzas para más. Me gustaría comer algo, cualquier cosa, ya que desde hace un mes no he comido nada. El cuerpo me ha negado obediencia, pero mi espíritu sigue incólume. Quiero entregártelo a ti. Fui totalmente feliz a tu lado, hasta las puntas de los dedos. Me apena dejarte sola, pero si es necesario lo haré, pues me quedaré aquí hasta el final, hasta que se cumpla el destino: Victoria o Muerte. Te quiero, y quiero que siempre lo tengas presente. Ninguna muerte es inútil si la ha precedido una vida dedicada a otros, una vida en que hemos buscado sentido y valores. Te beso tiernamente, te tomo entre mis brazos...»

Salimos al aire libre, a la calle, al sol. Los estudiantes tenían prisa por llegar a una manifestación convocada en la otra punta de la ciudad mientras el rector regresaba a su despacho. Ante la puerta de la universidad se formó una comitiva de personas vestidas de negro: madres y padres, hermanas y hermanos, esposas e hijos de aquellos que habían caído en Teoponte. La comitiva se dirigió hacia el barrio de Miraflores, donde tiene su sede el Estado Mayor. Atravesó las angostas callejuelas del centro, que ya suben en vertiginosas cuestas, ya bajan abruptamente. En ninguna parte de La Paz hay una sola calle llana. Caminar por esta ciudad es como hacer alpinismo.

La gente sabía lo que había ocurrido en Teoponte y qué tipo de desfile era aquél. Los transeúntes se detenían y se quitaban los gorros; las indias temerosas de Dios se arrodillaban en las aceras. Encabezaba la comitiva María Cecilia, cogida del brazo por María Luisa, quien en un solo día había perdido a tres hijos. A la cola iba yo, deseoso de saber qué ocurriría a continuación.

La guardia nos dejó pasar sin decir palabra, pues aquel cortejo llevaba un mes presentándose en el Estado Mayor todos los días y se había dado una orden permanente de dejarlo pasar. Entramos en una sala del edificio principal donde —también desde hacía un mes— todos los días se repetía la misma escena:

Primero las familias ocupaban los bancos. Después llegaba el comandante en jefe del ejército para escuchar sus demandas. Pedían que el ejército les entregase los cuerpos de sus muertos. A lo que el comandante les contestaba que tal cosa era imposible por razones de seguridad. Evidentemente, no se trataba de ninguna seguridad. El ejército había proclamado y sostenido que los guerrilleros habían muerto en combate. Pero en realidad eran ejecutados por los *rangers* con un tiro en la nuca cuando ya se habían rendido. Sus cadáveres se habrían convertido en cuerpo del delito. Y el ejército quería evitarlo.

Por todas partes del Estado Mayor se veían huellas de gran confusión. Armas tiradas en las mesas, papeles arrojados a los pasillos, vestigios todo ello de un golpe de Estado perpetrado muy recientemente.

El golpe no había durado mucho. El domingo 4 de octubre, la radio militar de La Paz emitió un comunicado en que exigía la dimisión del presidente de la república, el general Alfredo Ovando. Ovando dormía tan tranquilo en la ciudad de Santa Cruz, a mil kilómetros al este de La Paz, adonde había ido para descansar. Le despertaron para darle la mala noticia. El presidente decidió esperar para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Pero durante varias horas no ocurrió nada, porque los golpistas, capitaneados por el comandante en jefe del ejército, el general Rogelio Miranda, a su vez habían decidido

esperar en La Paz la reacción del presidente.

Ovando esperaba en Santa Cruz, Miranda esperaba en La Paz.

Los dos eran expertos en las reglas del juego golpista.

Ovando había derrocado al presidente Paz Estensoro en 1964, y cinco años más tarde, al presidente Adolfo Siles. Ahora llevaba un año en el cargo. Había empezado como un político de corte izquierdista: nacionalizó la filial de la compañía petrolera norteamericana Gulf Oil y legalizó los sindicatos. Se decía que de esta manera deseaba borrar de su biografía un hecho doloroso: el haber dado la orden de fusilar al Che Guevara, herido. Era un hombre de complexión débil, aspecto quebradizo y rostro eternamente preocupado. No sonreía y pasaba días enteros callado. A lo mejor callaba porque no tenía nada interesante que decir y era lo suficientemente modesto como para tenerlo en cuenta. Ovando, quien durante medio año se había avenido a las exigencias de la izquierda (aunque no del todo), en la segunda mitad del año empezó a avenirse a las exigencias de la derecha (aunque tampoco del todo). Y precisamente esto, el que no se le sometiera del todo, puso furiosa a la derecha.

La derecha decidió deponerlo.

He aquí todo el quid del golpe.

Ovando vuelve a La Paz por la tarde. Su avión aterriza en la base aérea militar de El Alto, situada a 4.100 metros de altura, en una vasta meseta desértica de color ocre. En un determinado lugar la meseta se acaba abruptamente. Allí donde se acaba, se abre un precipicio. En el fondo de ese precipicio está La Paz.

Así, quien controla El Alto tiene grandes posibilidades de controlar La Paz, pues resulta fácil bombardear la ciudad desde el borde de la meseta.

En el aeropuerto lo recibe el general Juan Torres, antiguo ministro de Defensa de su gabinete y al que Ovando había tenido que cesar

obligado por la derecha. También hay allí muchos oficiales de aviación pues ésta no ha secundado el golpe. Después se dirige al Palacio Presidencial, desde cuyo balcón pronuncia un discurso. El balcón da al lugar más céntrico de la ciudad: la Plaza Murillo. La plaza aparece rebosante de gentío. Los habitantes se han enterado de que hay un golpe militar en curso y han acudido allí para ver qué pasará. El golpe militar tiene muchos elementos de un espectáculo que siempre atrae a curiosos. En medio de la plaza, una orquesta ameniza la espera de la muchedumbre. Al ver aparecer al general, la orquesta interrumpe el concierto y Ovando dice más o menos que ha sido, es y seguirá siendo presidente. Apela al sentido común del ejército y llama a la unidad del pueblo. Unos aplauden, otros silban, descontentos de que no cambie nada.

Ovando regresa a su despacho y telefona a Miranda, que, en su calidad de comandante en jefe del ejército, permanece en su puesto de mando en el Estado Mayor. Quedan en reunirse en terreno neutral: la sede del nuncio del Vaticano, sita en la Avenida Arce.

La reunión empieza a medianoche. A las tres de la madrugada Miranda se da cuenta de que Ovando lleva consigo una nutrida y poderosa escolta, mientras que él, tan sólo a varios oficiales. ¡Ovando podría meterle entre rejas! Pide un receso y se dirige al Estado Mayor, del que regresa al cabo de una hora acompañado por un pelotón de hombres corpulentos y armados hasta los dientes.

Prosigue la reunión.

A las seis de la mañana (es lunes) llegan al siguiente acuerdo: los dos, tanto el presidente de la república como el comandante en jefe del ejército, presentarán sendas dimisiones. El asunto se someterá a la votación de un consejo formado por oficiales de la guarnición de La Paz. Si los oficiales se pronuncian a favor de las dimisiones, el presidente y el comandante en jefe se retirarán; si se pronuncian en contra, los dos volverán a negociar para encontrar otra salida.

Los oficiales se reúnen a las tres de la tarde. La votación secreta

arroja el resultado de trescientos diecisiete votos a favor de las dimisiones y cuarenta en contra.

Ovando hace caso omiso. Dos horas después aparece en el balcón del palacio y comunica a la multitud reunida en la plaza que, en su calidad de presidente de la república, cesa al general Miranda de su cargo de comandante en jefe del ejército.

El ejército se divide. Una parte se pronuncia a favor de Ovando y la otra, a favor de Miranda. Unos y otros empiezan a cargar las armas y a poner en marcha los motores de sus tanques y aviones. La guerra pende de un hilo.

Ovando no aguanta la presión psicológica. Tiene miedo a la sangre y decide retirarse, aunque la mayor parte de las guarniciones está a su favor. Durante toda la noche (de lunes a martes), la residencia de Ovando, sita en la Avenida 20 de Octubre, es escenario de una dramática reunión de su gabinete. Aunque sus ministros insisten en que se quede, él sigue en sus trece: No y no, repite. No y no. Desea tranquilidad, quiere ser embajador en Madrid. Ovando es un neurasténico y precisamente aquella noche decisiva tiene el ánimo por los suelos, está de un humor derrotista que es incapaz de dominar.

A las seis de la mañana levanta la sesión, escribe un comunicado anunciando su dimisión, sube al coche y va a la embajada de Argentina para pedir asilo político.

Pocos minutos más tarde, un vehículo se dirige a toda velocidad a El Alto. En su interior se encuentra el general Juan Torres. En la base lo esperan los oficiales de aviación leales al gobierno (que ya no existe), así como representantes de la Central Obrera y de la Federación de Estudiantes. Celebran una reunión. Durante ésta Torres es elegido unánimemente presidente provisional del Gobierno Revolucionario de Bolivia.

Pero el Estado Mayor tampoco duerme. Al saber la noticia de la retirada de Ovando, Miranda convoca una reunión de los golpistas, que lo eligen presidente de la república.

Ahora Bolivia tiene dos presidentes: Torres y Miranda.

Es martes.

¿Qué hacer a continuación?

No puede haber dos presidentes.

Y, sin embargo, los hay.

Cada uno de ellos cuenta con el apoyo de una parte del ejército. Si se llega a producir un enfrentamiento, habrá un baño de sangre y el ejército acabará resquebrajándose. Ni Torres ni Miranda desean tal cosa; los dos son generales, el ejército constituye el apoyo de ambos, ellos son parte de él, y no una parte cualquiera sino la elegida: el generalato.

Alguien ha dicho sabiamente que, en política, no se debe hacer nada, porque la mitad de los problemas de todos modos no tiene solución y la otra mitad se resolverá sola. En política, hay que saber esperar. Gana el que sabe hacerlo mejor. De momento, esperan tanto Torres (en El Alto) como Miranda (en el Estado Mayor). Miranda desempeña en toda esta historia un papel más que curioso. Al anunciar el golpe ha creado una situación de confusión y ahora no sabe qué hacer. La verdad es que no es ninguna lumbrera. Incapaz de pensar, no sabe asociar hechos ni sacar conclusiones. Deambula por el Estado Mayor, frunce el ceño, barrunta algo, pero ¿qué?, ¿cómo?, ¿para qué? Ni él mismo lo sabe. No le cuadra nada, y, mientras tanto, el tiempo corre y el poder se le escapa de las manos.

Los golpistas, que irreflexivamente han confiado en su comandante, tampoco saben qué hacer. Han apoyado el golpe de Miranda y... nada. Lo han elegido presidente y... nada de nada. Tendrían que ocupar el palacio, pero no han recibido la orden de hacerlo. Tendrían que formar un gobierno, pero tampoco hay órdenes en este sentido. Tendrían que actuar: ocupar la ciudad, asaltar a Torres, meter a la oposición entre rejas y repartirse cargos. Susurros de descontento recorren las filas golpistas. Miranda sigue barruntando, se aprieta las sientes y se exprime los sesos, pero no se le ocurre nada. No importa ya que no

piense; lo peor es que no actúa, no sigue adelante.

Ante este panorama, los oficiales de la guarnición convocan una reunión en la cual deciden nombrar un triunvirato presidencial, compuesto por los comandantes en jefe de las tres armas: el general Efraín Guachalla (ejército de tierra), el general Fernando Sattori (aviación) y el contralmirante Alberto Albarracín (armada).

La jura del triunvirato se celebra en el Palacio Presidencial el martes por la tarde.

El martes por la mañana Bolivia tenía dos presidentes (Torres y Miranda).

El martes por la tarde tiene tres más (Guachalla, Sattori y Albarracín).

Pero como los de la tarde han jurado su cargo y no así los de la mañana, la situación legal de los vespertinos se presenta mucho mejor, y los matutinos tienen que retirarse.

En realidad sólo ha renunciado Miranda, sustituido por el triunvirato presidencial. Los presidentes forman un gabinete. Nombran dieciocho ministros. El gobierno se mantendrá unas cuantas horas. El mismo martes por la noche, uno de los presidentes, el general Sattori, irá a El Alto para hablar con Torres. A las tres de la madrugada hará pública su dimisión y declarará que se ha unido a Torres. Los dos presidentes restantes dimitirán dos horas después.

Dimitieron a las cinco de la mañana del miércoles.

Pocos minutos después, el comandante Rubén Sánchez, un hombre de Torres y jefe del batallón de protección del gobierno, ocupó el Palacio Presidencial, desde donde llamó a la base de El Alto.

—Señor presidente, el camino a palacio está libre.

Torres partió de El Alto en dirección a la ciudad a las seis de la mañana. Iba en un jeep descubierto. Le acompañaba una larga columna de vehículos con soldados de los destacamentos que le eran leales. A lo largo de todo el trayecto, ingentes masas humanas gritaban

vítore. Entre la multitud había habitantes de los barrios pobres de Villa Victoria y Muyupampa. Y mineros de Cartavia y de Oruro. Y campesinos de Cochabamba y de Santa Cruz. Y estudiantes de San Andrés. Torres estaba cansado y falto de sueño, pero sonreía. Saludaba a la gente y repetía: «¡Muchas gracias!»

Les decía «muchas gracias», porque precisamente esa gente lo había llevado al poder. Desde el martes había huelga general en todo el país. Se sucedían grandes manifestaciones a favor de Torres. Miranda y sus golpistas sabían que no lograrían hacerse con el poder. Se habían visto obligados a retirarse. Miranda presentó su dimisión y pidió asilo político en la embajada de Paraguay.

Después de llegar al Palacio Presidencial, Torres, desde el balcón, pronunció un discurso. Multitudes inabarcables llenaban la Plaza Murillo y todo el centro de la ciudad. La gente lanzaba vítores en medio de un ambiente de fiesta. Torres habló de revolución y de dignidad. Del trabajo y de una vida mejor. Dijo que el pueblo había derrotado al fascismo. Que serían libres. Que se formaría un gobierno de obreros, campesinos, estudiantes y soldados. La gente lo aclamó, exultante.

Para el cargo de comandante en jefe del ejército fue designado Reque Terán. Era él quien hablaba ahora con los familiares de los muertos en Teoponte. Mostraba comprensión y prometía ayuda.

Me asomé a la ventana. Desde aquella ventana se veía el barrio residencial de los oficiales, adyacente a la sede del Estado Mayor. Reinaba allí una actividad febril. Los soldados cargaban en unos camiones bultos y muebles: una mudanza masiva con todas las de la ley. En cuanto hay un golpe, hay mudanza. Los que han apostado mal se van a guarniciones remotas. Los que han acertado en la elección de bando se mudan a pisos más grandes.

Una vez acabada la reunión, nos dirigimos a la salida. Se me acercó el general retirado Anastasio Villanueva, cuyo hijo había muerto en

Teoponte para expiar las culpas de su padre, quien años atrás había mandado disparar contra campesinos en huelga.

—¿Es usted periodista? —me preguntó, pues me había visto tomar notas en un bloc.

—Sí —contesté.

—¿De dónde? —preguntó de nuevo.

—De Polonia.

—Ah, de Polonia... ¿Es la primera vez que viene a Bolivia?

—No, la segunda.

—La segunda... Así, usted no conoce este país. Nosotros tampoco lo conocemos. Hay quienes creen que no debería existir. Que una parte se la podría quedar Brasil; otra, Argentina, y lo demás, Perú. Pero es nuestro país, nuestro Estado, y el Estado, una vez creado, seguirá existiendo. ¿Ha visto usted que, en nuestros tiempos, se crease primero y luego desapareciese un Estado? Imposible. Creo que es difícil entender este país. ¿Sabe usted que Torres ha ganado gracias a los chicos de Teoponte? Enseguida se lo explico. En cuanto se encontraron en Teoponte, se extendió el clamor de que el gobierno permitía el caos, que daba vía libre a una guerra civil. Que con semejante gobierno no cabía sino destituirlo y crear un poder de mano dura. Este era el discurso de Miranda y sus hombres, de toda la derecha. Creían que se saldrían con la suya fácilmente, no habían preparado nada, todo era pura improvisación. Nosotros, los latinoamericanos, somos improvisadores natos. ¿Qué pasará luego? ¡No importa! Lo importante es empezar. Después, Dios proveerá. Sólo que Dios no se prodiga mucho en proveer. Soy un hombre viejo, así que créame, sé de lo que hablo. Pero mi hijo y sus compañeros, que pagaron Teoponte con sus vidas, movilizaron también a la izquierda. La izquierda declaró que no se podía vivir en un país donde morían jóvenes inocentes. Que debíamos organizar el país a nuestra manera. ¡Y la que se armó entonces! Usted mismo lo ha visto. ¿Sabe cuántos golpes de Estado he conocido en mi vida? Unos veinte tal vez. Usted lo ha visto con sus

propios ojos: en tres días se han sucedido seis presidentes. No son pocos. Y todo porque Miranda no sabe pensar, nunca supo hacerlo, yo serví muchos años en la misma guarnición que él. Torres es un hombre honrado. Viene de familia pobre. Nunca ha conocido a su padre, y su madre es una indígena. Pero ¿podrá hacer algo? He aquí mi pregunta. En el ejército todo se quedará como estaba, porque el ejército no hay quien lo cambie. Es imposible. No sé qué va a hacer la izquierda. Ahora ha ganado. Torres es su hombre. Pero cuánto tiempo conseguirá mantenerse, eso no lo sé.

Posdata: El general Juan Torres se mantuvo en el cargo diez meses. Fue derrocado en agosto de 1971 por un amigo del general Miranda, el coronel Hugo Banzer. Banzer sigue siendo presidente de Bolivia hasta hoy [1974].

EL HOMBRE TEME A OTRO HOMBRE

Los diez millones de habitantes de la isla de Santo Domingo pertenecen a las comunidades más desdichadas de la tierra. La superficie de la isla es compartida por dos Estados: la República Dominicana y la República de Haití. En ambos países gobiernan brutales y lóbregas dictaduras que se mantienen en el poder porque:

—el noventa por ciento de la población vive en la más absoluta miseria e ignorancia; constituye una masa semiesclava y semifeudal que, si bien esporádicamente se muestra capaz de rebelarse, no lo es, o, más bien, carece de condiciones para llevar una lucha política consecuente;

—toda oposición, mejor o peor organizada, procedente del flanco izquierdo es sistemáticamente eliminada por el régimen mediante asesinatos políticos (la única salvación es el exilio, así que se puede decir, sin caer en la exageración, que casi toda la verdadera oposición al régimen de Haití se halla fuera del país);

—en el momento en que la dictadura se ve amenazada y se abre la perspectiva de la aparición de un gobierno democrático —o pura y simplemente *humano*—, entonces reacciona Washington, empieza la intervención de los Estados Unidos, entran en acción los marines y restablecen su orden. Así, Haití permaneció bajo la ocupación estadounidense durante casi dos décadas (entre 1915 y 1934), y la República Dominicana, primero durante seis años (1916— 1924) y después, a partir de 1965.

Y todo porque, en la estrategia diseñada por el Pentágono, Santo Domingo constituye la puerta al Caribe, que dicho Pentágono

considera un lago interior de los Estados Unidos. Según esta estrategia, Cuba no es sino un enclave comunista incrustado en el territorio de Estados Unidos.

Otro rasgo de la historia de la República Dominicana es el hecho de que pocos de sus presidentes hayan muerto de muerte natural.

Ulises Heureaux, asesinado en 1899.

Ramón Cáceres, asesinado en 1911.

Leónidas Trujillo, asesinado en 1961.

Algunos más, no tan conocidos, también acabaron así. Durante su mandato, lo que intenta hacer el presidente —antes de morir él mismo de un balazo en un atentado— es mandar a la tumba a tantos adversarios como pueda; cuantos más, mejor, que el tiempo apremia. Se calcula que el presidente Duvalier ha enviado a la muerte a veinte mil personas. Se barajan cifras aproximadas, pues nadie es capaz de establecer el número exacto de sus víctimas. A Duvalier tampoco le fue a la zaga, en sus tiempos, su vecino, el presidente de la República Dominicana, Leónidas Trujillo. Trujillo se distinguía por su costumbre de perseguir a sus enemigos por todo el mundo. Con este propósito, empleó a mucha gente. Su jefe de policía, el general Arturo Espaillat, cuenta en su libro *Trujillo, anatomía de un dictador* cómo él recorría el mundo, disfrazado ya de campesino, ya de cura, y asesinaba a los enemigos del presidente. «Un día», recuerda, «supimos que un comunista guatemalteco apellidado José Pérez estaba involucrado en un complot contra Trujillo. Después de investigar el asunto, resultó que en el partido comunista de Guatemala había no uno, sino tres militantes con el mismo nombre. ¿Cuál de ellos estaba involucrado? ¿A cuál teníamos que matar? El problema fue resuelto de la manera más sencilla: eliminando a los tres. Se puede decir que este incidente, por lo demás sin importancia, ilustra la esencia de la política de la jungla que se practica en América Latina.»

Poco después de escribir este libro, fue asesinado el propio Espaillat, en Ottawa (en septiembre de 1967).

Desde entonces las cosas no han cambiado mucho. En México hablé con un joven dominicano, Maximiliano Gómez. En su país, Gómez había sido miembro activo de la oposición. Fue liberado de la cárcel a cambio del agregado militar de Estados Unidos, secuestrado por la guerrilla. Primero se exilió a México, aunque luego decidió volar rumbo a Europa, porque quería, me dijo, «volver de algún modo a mi país y seguir luchando». No le han concedido mucho tiempo de vida: acabo de leer en un periódico que lo han encontrado en un hotel de Bruselas con una bala en la cabeza.

Cuando la prensa mexicana aborda temas dominicanos, los titulares suelen ser como éstos: «Fluye oleada de sangre por República Dominicana» (*El Día*, 18 de abril de 1971), o «La muerte reina en República Dominicana» (*Excelsior*, 11 de julio de 1971). Pero nadie reacciona ante semejantes noticias, mucha gente ni siquiera las lee.

—La muerte ya no es noticia —me comenta, preocupado, un colega del vespertino *Ovaciones*, diario que durante años tenía garantizadas grandes tiradas gracias a las mejores descripciones de la muerte que se podían encontrar en la prensa mexicana. Y añade—: Hoy vende más la explosión demográfica.

Resulta que a la gente no le preocupa ahora que en alguna parte maten a sus semejantes, sino que allí donde vive los semejantes sean demasiados y que, a causa de ello, los del lugar no puedan encontrar trabajo, ni plaza para sus hijos en la escuela, ni cama en el hospital, y que, finalmente, acaben asfixiándose en la calle en medio de la multitud.

Cada hora nacen en el mundo ocho millones y medio de personas. Cada año la población del mundo aumenta en setenta y cuatro millones de habitantes. Son datos del boletín de julio de la Oficina de Estadística Demográfica (Washington, 1971). Ahora somos tres mil setecientos millones; dentro de quince años seremos cinco mil millones o tal vez incluso más. *Ovaciones* opina que, para los tiempos que corren, se trata de una noticia que produce escalofríos, así que la publica en portada, impresa en letras gigantes.

Y la gente compra su periódico.

Demasiados deseos de sentarse a comer, demasiados deseos de estudiar en la universidad, demasiados deseos de tomar el poder, demasiados deseos de vivir.

El hombre teme hoy a otro hombre, no ya porque el otro pueda matarlo, sino, mucho más a menudo y de forma mucho más extendida, porque ese otro *ocupe su lugar*.

El concentrado miedo a la muerte ha sido sustituido por un diluido miedo a falta de lugar.

«La oleada de sangre en la República Dominicana», escribe el *Excelsior*, «que empezó en 1965 con la intervención de los Estados Unidos, arrastra una media de dos asesinados diarios.» Cada día se encontraba a dos víctimas del régimen del presidente Balaguer, ya en la calle, ya en algún descampado, ya en una cuneta. Quien ha estado en Santo Domingo sabe cuán a menudo el tableteo de la ametralladora despierta a la gente en plena noche. Pero a veces no se oye nada. Ha desaparecido alguien, ya no volverá.

—Trabajamos sin descanso para acabar con los terroristas —dijo el jefe de la policía dominicana, general Enrique Pérez y Pérez. Así llamó a esos dos asesinados diarios.

A la pregunta de si no se podía detener esa máquina de la muerte, el general respondió que no. «No se puede», declaró Pérez y Pérez, «porque, para tener en un puño a los terroristas, me vería obligado a colocar un policía en cada familia y una patrulla en cada esquina, cosa que no nos podemos permitir» (*El Día*, 12 de julio de 1965).

Una lógica aplastante.

Simplemente, la situación es la que es, y el régimen seguirá matando a dos personas al día, y si es necesario, asesinará a más.

Tanto el general como el presidente han pasado por la escuela de Leónidas Trujillo. Espailat recuerda cómo, en 1958, el entonces dictador de Venezuela, el general Pérez Jiménez, aterrizó en Santo

Domingo, porque unas horas antes se había producido en Caracas un golpe de Estado y Pérez Jiménez había perdido el poder. «Trujillo estaba furioso», relata Espailat, «porque opinaba que Pérez Jiménez debía defenderse en lugar de soltar el poder tan fácilmente. A lo que el venezolano le contestó que quería evitar un baño de sangre. "¿Qué clase de dictador eres —le gritó Trujillo— si no disparas sobre la gente!?" A lo que», prosigue Espailat, «Pérez Jiménez le contestó que del cometido de disparar sobre la gente siempre se había ocupado su jefe de seguridad, Pedro Estrada. Lo que mejor ilustra las relaciones entre Pérez Jiménez y su sanguinario sicario Pedro Estrada es el siguiente chiste venezolano: "En el infierno se encuentran Pérez Jiménez y un dictador anterior de Venezuela, Vicente Gómez. Como castigo por sus pecados, Gómez está sumergido en la mierda hasta el cuello. Pérez Jiménez también está sumergido en la mierda, pero sólo hasta la cintura. ¿Cómo es eso? —se sorprende un visitante—. ¡Pérez Jiménez era tan nefasto como lo había sido Gómez! Cierto —le responde el diablo—, sólo que Pérez Jiménez ya está subido a los hombros de Pedro Estrada." En aquella ocasión se presentaron en Santo Domingo juntos. Cuando estuve bebiendo copas con él en el Hotel Embajador», continúa Espailat, «Estrada empezó a quejarse de Jiménez. "Jiménez se ha llevado millones, millones de dólares —dijo con envidia en la voz—, yo, en cambio, estoy condenado a la miseria." "De acuerdo —le respondí—, pero no me digas que no te hayas llevado nada." "Algo me he llevado —confirmó Estrada, mustio—, pero nada más que diez millones de dólares."»

¿Es posible calcular cuánto dinero tenían individuos como Pérez Jiménez, Leónidas Trujillo y François Duvalier? Tenían todo el que quisieran. Cada uno de ellos gobernó su país como si se tratase de su finca privada. El tesoro del Estado era su propiedad. El país entero era su propiedad.

Tal vez François Duvalier, ya viejo y enfermo, no necesitara mucho dinero. Se afirma que tenía en los bancos suizos varios millones de dólares, pero que no los gastaba porque no tenía en qué. Hasta el final

de su vida no deseó más que el poder. En 1964 se nombró presidente vitalicio. Disfrutó de este título seis años más. Murió el 21 de abril de 1971. Muchos opinan que murió antes, mucho antes de esta fecha, anunciada como la oficial. Allí, la gente no se cree ninguna noticia que atañe a la política, y en este caso, se trataba de una muerte política. Junto con el dictador habría podido desaparecer todo el siniestro sistema de terror que él tan trabajosamente había creado.

Pero el sistema no ha desaparecido. El nuevo presidente vitalicio de Haití es el hijo de Duvalier, Jean-Claude, un tierno retoño de veintiún años y ciento cuarenta kilos al que le cuesta andar, lo mismo que pensar.

El terror sigue campando a sus anchas, desbocado. México recibe nuevas partidas de exiliados que huyen de Haití.

VICTORIANO GÓMEZ ANTE LAS CÁMARAS DE LA TELEVISIÓN

El guerrillero Victoriano Gómez murió el 8 de febrero en San Miguel, una pequeña ciudad de El Salvador. Fue fusilado en el estadio, en una soleada tarde. La gente ocupaba las gradas desde la mañana. Después llegaron unidades móviles de la radio y de la televisión. Los operadores colocaron sus cámaras. En el césped, junto a la portería, se hallaba un grupo de reporteros gráficos. Estaba preparado todo de tal manera que daba la impresión de que de un momento a otro iba a dar comienzo un partido de fútbol.

Primero trajeron a su madre. La mujer, prematuramente envejecida y ataviada con ropas modestas, se sentó frente al lugar en el que iba a morir su hijo. Durante unos instantes las gradas se sumieron en el silencio. Pero al cabo de breves momentos la gente se puso a hablar, a cambiar impresiones, a comprar helados y refrescos. Los que más bulla

metían eran los niños, que, al no haber en las gradas, se encaramaron a los árboles colindantes, desde donde tenían una buena vista del estadio.

Después apareció en el campo un camión militar del que primero bajaron los soldados del pelotón de fusilamiento. Tras de ellos, apareció en el césped Victoriano Gómez. Se apeó de un salto, recorrió con la vista las gradas y dijo en voz alta, tan alta que pudo oírlo mucha gente:

—Soy inocente, amigos.

El ruido del estadio amainó, aunque no por mucho tiempo, pues enseguida se oyeron unos silbidos procedentes del palco de honor, que ocupaban los dignatarios locales.

Las cámaras se pusieron en marcha; la retransmisión había empezado. Aquel día en El Salvador, todo el mundo pudo ver por televisión la ejecución de Victoriano Gómez.

Primero Victoriano se colocó frente a las gradas, junto a la pista. Pero los operadores lo conminaron a gritos para que se situase en el centro del estadio: buscaban mejor iluminación para así obtener mejores tomas. Él comprendió sus intenciones; obedeció, retrocedió hacia el centro del campo y allí —alto, moreno, de veinticuatro años— se puso en posición de firmes. Ahora desde las gradas sólo se veía una pequeña silueta, que era de lo que se trataba: a esa distancia, la muerte perdía su peso, su tangibilidad, su concreción; dejaba de ser muerte para convertirse en el espectáculo de la muerte. Tan sólo los cámaras poseían el primer plano, ofrecían el rostro de Victoriano llenando la pantalla, gracias a lo cual la gente que lo seguía por televisión vio mucho más que la multitud congregada en el estadio.

Los disparos del pelotón de fusilamiento abatieron a Victoriano, y las cámaras mostraron cómo los soldados rodeaban el cuerpo inerte y contaban los orificios de bala. Llegaron a contar trece. El comandante del pelotón movió la cabeza en un gesto de aprobación y enfundó su pistola.

En realidad todo había acabado. Las gradas empezaron a vaciarse. La retransmisión también llegaba a su fin; los presentadores se despedían de los telespectadores. Los soldados se llevaron a Victoriano en el camión. Sólo su madre se quedó allí, de pie, un rato más, inmóvil, rodeada por un grupo de curiosos que la contemplaban en silencio.

No sé qué más puedo añadir. Victoriano fue un guerrillero de los bosques de San Miguel. Fue el Janosik ⁽¹⁾ salvadoreño. Exhortaba a los campesinos a que ocupasen las tierras. Todo El Salvador es propiedad de catorce familias de latifundistas. Un país en el que vive un millón de campesinos sin tierra. Victoriano Gómez preparaba emboscadas a las patrullas de la Guardia Rural, todo un ejército privado al servicio de los terratenientes, reclutado entre los más peligrosos criminales. El terror de todas las aldeas. A esas gentes había declarado la guerra Victoriano.

La policía le dio caza una noche, cuando vino a San Miguel para visitar a su madre. La noticia de su captura fue celebrada por todo lo alto en todas las haciendas. Se organizaron interminables festejos. El jefe de la policía fue ascendido y felicitado por el mismo presidente.

Victoriano fue condenado a muerte.

El gobierno decidió vender cara esa muerte. Le guiaban razones didácticas. En El Salvador hay mucho descontento, son muchos los que se rebelan. Los campesinos reclaman tierra, los estudiantes exigen justicia. El poder no podía desperdiciar la ocasión de montar un espectáculo que fuese una lección para la oposición. Así surgió la idea de retransmitir la ejecución por televisión. Para todo el mundo, para que todos vieran la muerte en primeros planos. Que la viera toda la nación. Que viera y que le diera que pensar.

Que viera.

Que le diera que pensar.

POR QUÉ MATARON A KARL VON SPRETI

(2)

Soy consciente de que este reportaje contiene páginas estremecedoras, por lo que considero necesario decir que cada una de sus frases está basada en documentos y que mis propias impresiones no constituyen sino una ínfima parte de la totalidad.

El reportaje trata del secuestro y muerte de Karl von Spreti, el embajador de la República Federal de Alemania en Guatemala. Pero no sólo. También es un reportaje sobre el asesinato como instrumento de poder. Y, también, sobre los mecanismos de intensificación del terror en un país en el que ya no son posibles otros métodos de gobierno y dominación colonial.

A causa del asesinato del conde Karl von Spreti, Guatemala se ha convertido por unos días en un país del que se habla en voz alta: una situación de lo más excepcional. Lo cierto es que los verdaderos asesinos trabajan allí en silencio y la propaganda local vela por que ningún grito llegue a los oídos del habitante de Europa, de África o de la propia América Latina.

El sociólogo español Juan Maestre llama a Guatemala «el Vietnam de América Central». Y lo es, pero es un Vietnam al que Estados Unidos no quiere reconocer para no crear un contagioso y molestísimo ejemplo de nación que lucha por su libertad dentro de la esfera del dominio de Washington. Sin embargo, los mecanismos y el sentido de la guerra civil que se libra en Guatemala son los mismos que los de Indochina.

El conde Von Spreti ha caído víctima de esta guerra. Una víctima lógica. Ni mucho menos la primera. Ni mucho menos la última.

Guatemala es un pueblo que no canta,
que no habla, inhibido. Un pueblo alerta,
introvertido, ignorante e ignorado.
No ha sido el país de la eterna primavera,
sino el país de la eterna tiranía.
Un pueblo golpeado, silencioso y verídico.
Nuestro silencio está hecho de canciones
que no hemos podido cantar.
Entre nosotros, no es tópico la tristeza.
Una canción jocunda sería como un disparo.

Luis Cardoza y Aragón,

Guatemala, las líneas de su mano

1

Ya en la primera escena está toda Guatemala:

Martes 31 de marzo, justo pasadas las doce del mediodía. Por la ancha alameda llamada Avenida de Las Américas avanza un Mercedes negro. Al volante, el chófer Eduardo Hernández. En el asiento de atrás, un hombre mayor de pelo blanco, con gafas: el conde Karl von Spreti, embajador de la República Federal de Alemania. Avanzan despacio: desde hace una semana la velocidad máxima está limitada a treinta kilómetros por hora. Quien se lance a la carrera puede ser tiroteado. El conde lleva en Guatemala apenas tres meses y cree que una ley es una ley. En un determinado momento salen de una bocacalle dos Volkswagen que cierran el paso al Mercedes. El vehículo del embajador se detiene. De los Volkswagen bajan seis hombres jóvenes armados con metralletas. Se acercan al Mercedes, abren la portezuela y ruegan al conde que siga el viaje con ellos. Von Spreti obedece. Al cabo

de unos momentos los dos escarabajos se alejan. Hernández espera hasta perderlos de vista. Sólo entonces arranca y, por la misma avenida, regresa a la embajada.

¿Qué sentido encierra esta escena?

Pues que la Avenida de Las Américas es una calle con mucho tráfico. Siempre está llena de coches y de transeúntes. Secuestrar a un embajador necesita un tiempo. Sería de esperar que alguien se detuviese, se pusiera a contemplar la escena, dijera algo, pegase un grito o llamase a la policía. Sería de esperar que la gente acudiese en tropel para observarlo todo. Que algún curioso inquiriese: «Un momento, ¿qué está ocurriendo aquí?»

Pero no, nada de esto. El tráfico sigue como siempre, sólo que *más deprisa*. Los conductores aceleran y los que caminan por la acera aprietan el paso. Para las personas que pasan junto a los dos Volkswagen que bloquean al Mercedes, lo más importante ahora es no ver. Estas personas se saben testigos de una *transgresión*, y en Guatemala la táctica de autodefensa del hombre de la calle consiste en no ser testigo de nada. Pues si ha habido una transgresión, es inevitable que rueda alguna cabeza. Rara vez, sin embargo, es la del autor de los hechos. El verdadero autor actúa más allá del alcance de la policía. Y la policía tiene que demostrar su eficacia. Este país no conoce un solo caso en que el culpable no haya sido capturado. El dato se repite en todos los discursos del presidente. Pero ¿cómo capturar al culpable si éste se ha evaporado, si ha desaparecido sin dejar rastro? No importa, no hace falta más que un poquito de buena voluntad. Al no disponer del culpable, se busca a los testigos. Estos serán retenidos hasta que los hechos se esclarezcan. Los retenidos esperan el esclarecimiento en la cárcel. Pero el que cruza el umbral de la cárcel raras veces sale vivo.

Si la policía no encuentra al criminal, convierte en criminal al testigo, pues ver puede significar participar. Ciertamente que no es más que una participación ocular, pero participación al fin y al cabo. Vio algo y no dijo nada. ¿Por qué guardó silencio? Porque fue uno de ellos. O: vio y

gritó. ¿Por qué gritó? Para desviar la atención de una posible pista. Haga lo que haga el testigo, su culpa será probada. Finalmente, tampoco importa que pague con su vida aquel que no ha matado. Lo que importa es que si *alguien* ha matado, otro *alguien* tiene que morir. Crimen y castigo tienen es este país rostros grises, anónimos, imposibles de distinguir. Siendo así, si las culpas las pagan los inocentes, puedo morir porque no he matado. De esta manera, cuanto más inocente más culpable se es. Y por eso, cuanto más inocente es la persona, más miedo tiene.

2

Seis jóvenes guerrilleros se llevaron a Karl von Spreti a un lugar desconocido y, durante unas horas, la ciudad se sumió en el silencio. Los que se dedican a escribir libros de historia prestan demasiada atención a los momentos llamados «sonados» y no estudian lo suficiente los períodos de silencio. Se trata de una falta de intuición, esa intuición infalible en cualquier madre cuando se da cuenta de que de la habitación del hijo no le llega ningún ruido. La madre sabe que ese silencio no presagia nada bueno. Que es un silencio en el que acecha algún peligro. Corre a intervenir porque siente que el mal flota en el aire. El mismo papel lo desempeña el silencio en la historia y en la política. Es señal de una desgracia y, a menudo, de un crimen. Es un instrumento político tan eficaz como el fragor de las armas o de las palabras en un mitin. Necesitan del silencio los tiranos y los ocupantes, que velan para que su actuación pase inadvertida. Fijémonos en el celo con el que lo han cuidado y lo han mimado todos los colonialismos. Con qué discreción trabajó la Santa Inquisición. Con qué empeño evitó toda publicidad Leónidas Trujillo.

¡Cuánto silencio emana de los países poblados de cárceles llenas a rebosar! Sobre el país de Somoza, ni una palabra; sobre el país de Duvalier, ni una palabra. ¡Cuánto empeño ponen estos dictadores en

mantener ese ideal estado de silencio que a cada momento se ve amenazado! ¡Cuántas víctimas causa y qué costes ocasiona! El silencio tiene sus leyes y sus exigencias. El silencio exige que los campos de concentración se levanten en lugares apartados. El silencio precisa de un aparato policial gigantesco. Necesita ejércitos de delatores. El silencio exige que sus enemigos desaparezcan de repente y sin dejar rastro. No le gusta que ninguna voz, ya de queja, ya de protesta, ya de indignación, turbe su paz y tranquilidad. Allí donde tal voz se deja oír, el silencio golpea con toda su fuerza y restablece el estado anterior, es decir, el estado ideal de silencio.

El silencio posee la facultad de expandirse, de ahí que utilicemos expresiones como «el silencio lo envolvía todo» o «el silencio reinaba por doquier». También tiene la capacidad de aumentar de peso, y por eso hablamos del «peso del silencio», lo mismo que del peso de los cuerpos sólidos o líquidos.

La palabra «silencio» casi siempre aparece asociada con palabras como «sepulcro» (silencio sepulcral), «campo después de una batalla» (reducir al silencio al enemigo), «mazmorras» (el silencio de las mazmorras). No se trata de asociaciones gratuitas.

Hoy se habla mucho de combatir el ruido, aunque es mucho más importante combatir el silencio. En la lucha contra el ruido está en juego la tranquilidad de nuestros nervios; en la lucha contra el silencio, la vida humana. Nadie justifica ni defiende al que hace mucho ruido, en cambio aquel que en su país impone el silencio siempre está protegido por un aparato de represión. Por eso la lucha contra el silencio resulta tan difícil. Para romper el silencio en el país de Duvalier haría falta una revolución. Aquel que quisiera romper el silencio en que la United Fruit Company lleva a cabo sus maquinaciones expondría a su país a una intervención de los marines.

Sería muy interesante que alguien investigara en qué medida los sistemas de comunicación de masas trabajan al servicio de la información y hasta qué punto al servicio del silencio. ¿Qué abunda más: lo que se dice o lo que se calla? Se puede calcular el número de

personas que trabajan en publicidad. ¿Y si se calculase el número de personas que trabajan para que las cosas se mantengan en silencio? ¿Cuál de los dos sería mayor?

En Guatemala, cuando sintonizo una emisora local de radio y sólo oigo canciones, anuncios de cerveza y una única noticia del mundo: que en la India han nacido hermanos siameses, sé que esa emisora trabaja al servicio del silencio. Al servicio del silencio han trabajado los sucesivos dictadores de este país, sus protectores de Miami y de Boston, el ejército y la policía locales. Por eso, Eduardo Galeano escribe al comienzo su libro *Guatemala, país ocupado* la siguiente frase: «Guatemala es víctima, como toda América Latina, de una conspiración del silencio y la mentira.» En efecto, la historia de este país conoce frecuentes y largos períodos de silencio.

La República de Guatemala nació en el momento de una gran desgracia: una epidemia de cólera que asolaba entonces América Central. La epidemia alcanzó su punto culminante en 1837. Ciudades y aldeas quedaban desiertas. Las cunetas se llenaban con los cadáveres de personas que la muerte había atrapado mientras huían. La imagen de cadáveres abandonados junto a los caminos acompañaría en lo sucesivo a toda la historia de Guatemala. Hasta hoy. Era gobernador de la provincia de Guatemala, que en aquel entonces pertenecía a la República Federal de Centroamérica, el liberal y reformista Mariano Gálvez. Gálvez creó brigadas de sepultureros, que recorrían las aldeas y enterraban a los muertos. Al frente de una de aquellas brigadas estaba un joven mestizo que atendía al nombre de Rafael Carrera. Carrera había sido pastor de cerdos y, después, tratante de ganado porcino. Con la peste campando por sus respetos, Carrera veía la muerte por todas partes. Con frecuencia acudía a la iglesia, donde los curas decían que la peste era obra de los liberales y los demócratas, que envenenaban el agua de los pozos y los ríos a fin de exterminar a los indios y los mestizos. Los curas odiaban a los liberales porque el liberal Gálvez quería fundar escuelas laicas e intentaba limitar los bienes de la Iglesia. La Iglesia guatemalteca era fanáticamente reaccionaria,

oscurantista.

Carrera, imbuido de aquella propaganda, decidió librar una guerra santa. En la primera época, su ejército se componía de catorce sepultureros, unos indios descalzos y semidesnudos, armados con mosquetones viejos. Aquel ejército emprendió la marcha sobre la capital y por el camino se le fueron uniendo nuevas brigadas de sepultureros. Al frente de la comitiva iban tres monjes portando sendas cruces de madera. Formando semejante columna, que entonaba cánticos religiosos y robaba todo lo que encontraba a su paso, los sepultureros llegaron a destino y, tras una breve batalla, tomaron la ciudad. En el palacio, Carrera encontró el uniforme de general de Gálvez, que se puso enseguida. Sin embargo, tardaría mucho más en encontrar un par de botas. Ya con uniforme pero todavía descalzo, se declaró presidente de Guatemala. En 1838 sacó a Guatemala de la Federación y creó un Estado independiente.

Se convirtió en presidente a los veintitrés años. Permaneció en el poder durante veintisiete, hasta su muerte. Nunca aprendió a leer ni a escribir. Era un beato fanático y un alcohólico. Borracho como una cuba, se tumbaba boca abajo y con los brazos abiertos en el suelo de la iglesia y, una vez lograda esta posición de cruz, se dormía. Suspicious, sombrío y con una resaca ininterrumpida, había prohibido sonreír en su presencia.

A los que se sonreían los enviaba al patíbulo.

«Un número infinito de personas», escribe el historiador Fred Rippy, «cayó víctima del régimen de Carrera.» Infinito. Pero ¿cuántas personas exactamente? No se sabe. ¿Diez mil? ¿Cien mil? En aquella época Guatemala tenía menos de un millón de habitantes. ¿Redució Carrera la población a la mitad o sólo a las tres cuartas partes?

No lo sabemos, porque, al día siguiente de desgajar el Estado, Carrera instauró la ley del silencio. Convirtió el país en un «gran campo de concentración trabajando para la aristocracia y la Iglesia» (Cardoza y Aragón). Murió borracho, sacudido por terribles

convulsiones. Unos dicen que a causa de una disentería; otros, que de miedo, después de aparecérselo Satanás. La Iglesia lo honró con un entierro por todo lo alto. A la diestra del tirano aparecía la espada incrustada de piedras preciosas que le había regalado la reina Victoria. Era un premio por la generosidad de Carrera, quien en 1859 había regalado a Gran Bretaña una quinta parte de Guatemala, la provincia de Belice, convertida acto seguido en colonia británica y conocida por el nombre de British Honduras.

A Carrera lo sucedió Vicente Cerna. También él era un tirano, pero como se emborrachaba menos y había intentado aprender a leer, los historiadores le ponen una nota alta. Después de seis años del gobierno de Cerna, en 1871, el año de la Comuna de París, un general de treinta y seis años, Rufino Barrios, dio un golpe de Estado y se hizo con el poder, en el que permanecería catorce años. El nuevo presidente confiscó a los obispos tierras y casas para regalárselas a sus amigos (en aquella época, la mitad de los solares e inmuebles de la capital guatemalteca era propiedad de las órdenes religiosas).

Barrios opinaba que la mayor desgracia de Guatemala eran los indios, en aquel entonces el noventa por ciento de la población. En su afán de civilizarlos, obligó a los alcaldes indígenas a llevar frac. En un primer momento los alcaldes intentaron boicotear la disposición, pero todo aquel que no cumplía las órdenes de Barrios era decapitado. Al final, el presidente dejó de interesarse por los indios. Consideró que eran «de baja y vil estofa» y que sólo una inmigración de Europa podía convertir a Guatemala en un país moderno. Atrajo a italianos, suizos y franceses. Y también a cuatrocientos alemanes, que, poco a poco, empezaron a monopolizar la principal riqueza de Guatemala: el café. El café había sido hasta entonces la única fuente de ingresos de gran parte del campesinado. Ahora los alemanes, apoyados por el ejército de Barrios —en cuyas filas también había oficiales alemanes—, empiezan a expulsar a los campesinos de sus tierras, que convierten en grandes plantaciones de café. Pero como el café necesita ingentes cantidades de mano de obra, en 1880 Barrios promulga la Ley de

Vagancia, la cual, en la práctica, equivale a la instauración de la esclavitud: cualquier policía y soldado tiene derecho a detener a todo indio que pasa por un camino (como se halla en un camino, no hay duda de que es un vagante) y mandarlo a trabajar, forzosa y gratuitamente, en una plantación. Gracias a esta drástica ley, las plantaciones alemanas prosperan en un abrir y cerrar de ojos. El economista norteamericano Sanford Mosk afirma que ya en 1913 estas plantaciones producían el cuarenta y uno por ciento del café guatemalteco. Alemania era el primer país importador: en el mismo año 1913, compraba el cincuenta y cinco por ciento de toda la producción guatemalteca de café. En palabras de Mosk, «con el desarrollo de aquellas plantaciones resucitó el feudalismo y otros sistemas de trabajo forzado». Sus amos mantenían en sus haciendas ejércitos privados y cárceles privadas.

Barrios es considerado por algunos historiadores el Gran Renovador, pero resulta difícil compartir ese entusiasmo. El general había convertido el país en un campo de trabajos forzados. La construcción de carreteras y vías férreas costó docenas de miles de vidas humanas. Se traía a pie de obra a ingentes grupos de campesinos, atados con sogas para que no escapasen. He aquí una nota de un funcionario de Barrios dirigida al gobernador de una provincia:

«Le envío veinticinco voluntarios para el trabajo en la construcción de la carretera. Le ruego me devuelva las sogas.»

En 1898 un abogado apellidado Estrada Cabrera asesinó a Barrios, tras lo cual ocupó la presidencia. Incluso un historiador tan comedido como Hubert Herring llama al abogado «asesino y ladrón». Estrada se rodeaba de brujos y él mismo preparaba brebajes con los que envenenaba a sus adversarios.

Lo más probable es que fuera un perturbado mental: se arrellanaba cómodamente en un sillón para contemplar las ejecuciones, como nosotros contemplamos en la pantalla de televisión un buen partido de fútbol. También invitaba a aquellos espectáculos a sus amigos, de lo que habla Dana Munro en su libro *Las cinco repúblicas de Centroamérica*.

Munro describe así el régimen de Estrada: «Un gigantesco aparato de policía secreta observa todo lo que ocurre en la república. Las personas sospechosas de tener actitudes hostiles hacia el dictador están siendo vigiladas por sus vecinos, criados e incluso miembros de sus propias familias. Hasta en una conversación privada resulta peligroso hablar de política. Ningún personaje público puede tener un excesivo número de amigos si no quiere despertar sospechas. Los sospechosos son encarcelados y, después, desaparecen misteriosamente.»

«Cada atentado contra el tirano», escribe Fred Rippy, «desataba una oleada de ejecuciones en las que morían personas en masa, muchas de ellas probablemente del todo inocentes.»

Durante los veintidós años de su dictadura, Estrada se dedicó a ahogar Guatemala en sangre. Era intocable. «Odiado en toda América Central», escribe Thomas L. Karnes en *Los fracasos de la Unión*, «estuvo siempre muy seguro de sí mismo porque contaba con el apoyo de Washington.» Por aquel apoyo Estrada entregó a monopolios norteamericanos la mitad de Guatemala. Ni siquiera la vendió: la regaló. Le regaló los ferrocarriles, los puertos, las centrales eléctricas, el telégrafo... Y, sobre todo, en 1901 dejó entrar en el país a la United Fruit Company y le entregó las mejores tierras.

A partir de ese momento empezaría una lucha entre el capital norteamericano y el alemán por la colonia llamada Guatemala. Y es que el poder norteamericano crecía, pero también lo hacía el alemán. «La más significativa de las inmigraciones», escribe el sociólogo guatemalteco Monteforte Toledo, «ha sido la de los alemanes. [...] Los alemanes, en su mayoría jóvenes, organizaron florecientes zonas cafetaleras en la región más rica del país. Posteriormente, esta minoría, que llegó a sumar unas cinco mil personas, contó con bancos, casas exportadoras de café, transportes, escuelas y clubs propios», mientras que el plantador guatemalteco se veía obligado «a luchar por conseguir un crédito o encontrar un comprador».

«Dentro de Guatemala», relata el excelente escritor guatemalteco Cardoza y Aragón, «han existido dos economías creadas por

extranjeros: la norteamericana y la alemana. Los alemanes adueñáronse de tierras y cultivaron café, caña, potreros, manejando a los guatemaltecos no como siervos sino como esclavos. Propiedades de miles de hectáreas, con casas magníficas, crecieron con el sudor indígena y la fertilidad de los campos: el negocio superaba al de sus mejores colonias. Hamburgo fue el gran mercado de nuestro café y cobró importancia el marco en Guatemala, semicolonizada también por ellos. Nuestro mercado estaba dominado por los Stahl, Nottebohm, Sapper, Dieseldorff, Gerlach, surtían el mercado en muchas ramas. Hijos de alemanes con indígenas o mestizas marchaban a Alemania y volvían casados con rubias opulentas.

»Los muchachos, a veces mestizos, aprendieron el alemán desde niños y marcharon con paso de ganso a la tierra de sus padres o abuelos, para estudiar o entrar en el ejército. Tenían clubes, colegios, organizaciones. *Deutschland über alles*. De Europa volvían a sus feudos de siervos kekchis, peor pagados que el ignorado resto del país. El tratado Montúfar-Von Bergen autorizaba a los hijos de alemanes nacidos en Guatemala a disponer de doble ciudadanía. En Moscú, en 1946, me tocó buscar a alguno de estos "compatriotas" desaparecido peleando en los ejércitos de Hitler. Más tarde, en París, atendí a varios de estos "guatemaltecos" que regresaban a la "patria" sin hablar una palabra de español. Traían apuntado el nombre del pueblo próximo a la finca de los familiares. No conocían ni el mapa de Guatemala.»

A los norteamericanos les resultaron de gran ayuda las dos guerras mundiales: los alemanes embarcaban entonces rumbo a Europa para derramar su sangre. Una vez la derramaron por Guillermo y otra, por Hitler. Pero después volvían y todo empezaba de nuevo. De nuevo empezaba la lucha por las influencias en Guatemala. Esta lucha, que dura hasta hoy, tuvo un papel *decisivo* en el destino que corrió Karl von Spreti.

En 1931, el entonces embajador de Estados Unidos, Sheldon Whitehouse, designó para presidente de Guatemala al general Jorge Ubico. En un primer momento había apostado por el general Jorge

Reyes, antiguo ministro de la Guerra cuya fama se debía a que había dado la orden de fusilar a todo el cuerpo diplomático acreditado ante el gobierno de Guatemala. Reyes era analfabeto, condición que aprovechó un grupo de adversarios suyos: fueron a hablar con Whitehouse y le convencieron de que, en el país donde los analfabetos no tenían derecho a votar, un hombre que no sabía leer ni escribir no podía convertirse en presidente de la república.

Ubico presumía de parecerse a Napoleón Bonaparte. Y de sentencias suyas tan sabias como ésta: «Al pueblo hay que hacerle pasar hambre», repetía, orgulloso de sí mismo; «un pueblo hambriento lucha por el pan y no tiene tiempo para luchar contra el gobierno.» Sin embargo, temía a los obreros. Mandó ejecutar a su líder, Pablo Wainwright, y promulgó un decreto que prohibía el uso de la palabra «obrero». Sólo se podía usar «empleado».

En 1936 terminaba el mandato presidencial de Ubico previsto en la Constitución. El general fue convocado a la sede de la United Fruit Company. «Señor Ubico», le dijo el director de la UFC, «si desea seguir siendo presidente, tiene que firmar una ley anulando todas las deudas que la United Fruit tiene con el gobierno de Guatemala [el monopolio llevaba años sin pagar impuestos] y prorrogando nuestra concesión hasta 1981.» Ubico no se hizo de rogar, con lo que se aseguró la permanencia en el cargo por ocho años más. El letrado encargado de redactar aquella ley no era otro que John Foster Dulles, en aquella época abogado de la United Fruit y, después, secretario de Estado de los Estados Unidos.

El general hallaba tanto placer en ejercer el poder que en una ocasión dijo por radio: «Si me obligan a abandonar el poder, me iré, pero sumergido en sangre hasta las rodillas.» Qué atmósfera debe de respirarse en un país cuyo presidente lanza semejantes declaraciones radiofónicas.

Como jefe de Estado, Ubico dictó órdenes de lo más estafalarias. Mandó cazar indios que vivían en los bosques de Petén y después, metidos en jaulas de hierro, los exhibió en el parque zoológico Aurora

de la capital. En 1940 mandó confeccionar el censo de la población. Cuando se lo presentaron, borró de las listas a todos los habitantes de aquellas ciudades y aldeas en las que recordaba que no lo habían recibido con el entusiasmo suficiente. La suma de aquellos opositores la restó del número global y mandó anunciar que aquél era el resultado oficial del censo.

En los catorce años de su dictadura Ubico construyó veintisiete kilómetros de carreteras. Veintisiete kilómetros en catorce años. Pero el general no tenía tiempo: estaba ocupado en velar por el silencio. Por eso no podemos calcular el número de sus víctimas. Sabemos que eliminó a miles y miles de personas, porque de ello se escribe en los libros y porque lo recuerdan los supervivientes. «Igual de sanguinario y corrupto que sus predecesores», escribe de Ubico John Gerassi, «supo, sin embargo, robar más que ellos, y como descubrió más conspiraciones que Estrada, fusiló a más personas.» Gerassi cita un fragmento de las memorias del escritor guatemalteco García Granados: «En 1934 Ubico descubrió una conspiración. Diecisiete hombres fueron encarcelados, se les siguió una farsa de juicio en el cual ni siquiera se les permitió contar con abogados y al fin los sentenciaron a muerte. Escribí a Ubico una carta instándolo a perdonar a los condenados. Me contestó enviando un pelotón de policías para arrestarme en mi hogar, llevarme al lugar de la ejecución y obligarme a presenciar el fusilamiento de los diecisiete. Luego me arrojaron a la cárcel y me tuvieron en cautiverio durante varios meses...»

3

«Enseñar historia de mi país es una ocupación bien triste», me dijo un catedrático guatemalteco. No supe ni pude contradecirle. Durante aquella conversación me cruzó por la mente una idea descabellada: tal vez sea mejor que sólo uno de cada diez niños vaya a la escuela en Guatemala, pues ¿qué mentalidad acaba por formar historia

semejante?

El diez por ciento de los niños guatemaltecos estudia en la escuela las biografías del abogado Estrada y del general Ubico. Los demás niños no pisan la escuela. El gobierno no muestra ningún interés por la educación. De una manera muy fehaciente, se lo explicó al reportero colombiano Luis Murillo uno de los ministros guatemaltecos: ¿¡Adonde iríamos a parar, señor mío, si esa manada de destripaterrones aprendiera a pensar!?

4

El 20 de noviembre de 1944, estalló en Guatemala una revolución. Al frente de la multitud que marchaba sobre el palacio presidencial iba un joven capitán, hijo de un farmacéutico suizo cuya cabellera rubia desentonaba un tanto en aquel país de indios y mestizos. Se llamaba Jacobo Árbenz Guzmán. La embajada de los Estados Unidos no ponía obstáculos a los rebeldes. En aquella época los norteamericanos estaban ocupados en Europa; nadie pensaba en Guatemala. El general Ubico huyó y el poder pasó a manos de oficiales de rangos intermedios. La noticia de la revolución llegó a las aldeas cercanas. En el pequeño municipio de Patzicía los campesinos se sublevaron y pasaron a cuchillo a los terratenientes. Ahora bien: en Guatemala, campesino significa indio, y terrateniente, blanco. El campo es indígena, mientras que la ciudad es blanca y mestiza. Los indios constituyen el setenta por ciento de la población, y los mestizos y los blancos, el treinta. Puesto que ese treinta por ciento explota al setenta restante, lucha entre clases equivale en Guatemala a lucha entre razas. En aquel entonces, en 1944, los campesinos de Patzicía habían olvidado que la revolución que había estallado en la capital era un movimiento *interno*, surgido *en el seno* del treinta por ciento de arriba. Al día siguiente de la expulsión de Ubico, la nueva junta militar mandó a Patzicía una expedición de castigo. «La junta», escribe Monteforte

Toledo, «sofocó el brote masacrando a los indios con tanques y soldados.»

La revolución, pues, tuvo un carácter limitado. Los jóvenes oficiales no pensaban en cambiar el sistema, sino tan sólo en sanear la situación. La diferencia, como es sabido, no es pequeña. Pero en las condiciones de Guatemala aquello *fue* revolución.

Tras unas elecciones celebradas por la junta de oficiales, fue designado presidente de la república un catedrático de universidad y exiliado político en tiempos de Ubico, Arévalo Bermejo. Las reformas del profesor Arévalo pueden parecer insignificantes, pero, en aquel país, cada una de ellas era un giro copernicano. Pedagogo por vocación y de profesión, autor del libro titulado *La pedagogía de la personalidad*, Arévalo, por ejemplo, empezó a construir escuelas. La parte liberal de la oligarquía consideró tamaña extravagancia como una de las chaladuras del profesor, pero los liberales eran minoría. La parte conservadora le declaró la guerra. A los ojos de la élite guatemalteca la construcción de escuelas no ha dejado de ser un delito hasta hoy. Nos acordamos de las palabras del ministro: Adonde iríamos a parar, señor mío..., etcétera.

Por iniciativa de Arévalo, en 1947 el Parlamento aprobó el Código de Trabajo, que subía el salario mínimo de cinco a ochenta centavos diarios. En Guatemala, el salario mínimo lo cobra el sesenta por ciento de todos los empleados. El sesenta por ciento de la gente, tras un mes de arduo trabajo, llevaba a casa *un dólar*. Ahora llevaría diecisiete. Seguía siendo un salario mísero, pues los precios en Guatemala son tan altos como en Estados Unidos. Pero la reacción local recibió el Código de Arévalo poco menos que como un *Manifiesto comunista* y lanzó un ataque en toda regla. Cuando, después de seis años de gobierno, el profesor traspasaba la presidencia a su sucesor, hizo público en su discurso de despedida que se había visto obligado a sortear treinta y dos intentonas golpistas promovidas por la United Fruit y la oligarquía local, las cuales se habían propuesto derrocar al gobierno por las armas. Más tarde, Arévalo publicaría varios libros en torno a la política

de Washington en América Latina. Habiendo sido presidente, sabía mucho, y estos libros (entre otros *Fábula del tiburón y las sardinas* y *Guatemala, la democracia y el imperio*), escritos en un estilo vehemente, algo caótico, contienen cientos de estremecedoras pruebas de la brutalidad y el cinismo del colonialismo de los Estados Unidos. Siempre la misma inmundicia, la misma ruindad.

Mientras tanto en Washington —puesto que Europa ya estaba tranquila y el plan Marshall funcionaba eficazmente— alguien se dio cuenta de que en Guatemala había un gobierno democrático.

Una noticia de lo más desagradable.

Por desgracia, ninguna de las modestas reformas de Arévalo era apta para tildarla de agresión comunista. Gracias a ello Arévalo se salvó. Si hubiera dado un solo paso más, si, por ejemplo, hubiera obligado a la United Fruit a pagar unos cuantos dólares en impuestos, entonces sí que habría cometido una «agresión comunista». Una vez aplicada la fórmula, todo resulta sencillo: se pone en marcha el mecanismo de rechazo del enemigo y una intervención armada acaba con la evidente agresión.

Sin embargo, de momento se tomó la decisión de poner a Guatemala bajo observación. Mala señal. La historia enseña que cuando Washington se pone a observar a alguien, el sospechoso no podrá evitar la desgracia. Sabemos qué ocurrió cuando el embajador de Estados Unidos en Brasil, Lincoln Gordon, empezó a observar al presidente Goulart. Sabemos qué ocurrió cuando el presidente Johnson empezó a observar Santo Domingo.

Esta vez —corre el año 1951— Washington empieza a observar al coronel Jacobo Árbenz Guzmán. Árbenz es presidente de la república desde marzo. Tiene treinta y seis años y muchos buenos propósitos. De discurrir sencillo, hombre práctico más que teórico, Árbenz, sin embargo, es un Albert Einstein en comparación con los que lo han precedido y con los que lo sucederán.

El coronel Árbenz es una de las figuras trágicas de la vida política

latinoamericana. Su tragedia consistió en pensar de manera rectilínea y decir verdades obvias. En América Latina, tal manera de pensar y de hablar es inconcebible.

Sin embargo, Jacobo Árbenz no dejó de pensar. Si la United Fruit, discurría, saca de Guatemala unos beneficios de sesenta y seis millones de dólares al año (1950) cuando el setenta y cinco por ciento de nuestra población anda descalza, que la United Fruit empiece de una vez a pagar impuestos y nosotros, con un millón de dólares anuales, en dos años proporcionaremos zapatos a todos los niños del campo. Otro ejemplo: si la United Fruit, discurría Árbenz, cultiva tan sólo el ocho por ciento de sus tierras y el resto lo deja como erial cuando un millón y medio de campesinos guatemaltecos no tiene tierra, que la United Fruit nos restituya parte de ese erial y nosotros lo distribuiremos entre los sin tierra.

El presidente compartió estas reflexiones con algunos hombres, y en la mesa del embajador de los Estados Unidos aparecieron varias denuncias. Poco después en el Departamento de Estado se empezó a hablar del *asunto* Árbenz, y a Guatemala se le congeló toda línea de crédito.

Los guatemaltecos recuerdan aquellos tres años de gobierno de Árbenz como la única época en que sentían que vivían con normalidad. Se podía hablar en voz alta. Se podían reivindicar derechos. Los campesinos podían organizarse en sindicatos. Se había hablado de un proyecto de viviendas asequibles. De derogar la obligatoriedad del trabajo forzado. A mediados de 1952 el gobierno de Árbenz promulgó el Decreto de Reforma Agraria. Era un documento comedido, moderado. Fijaba, como objetivo esencial, «desarrollar la economía capitalista campesina». Pero la ley contenía dos medidas que precipitaron la intervención armada de los Estados Unidos. A saber:

—abolía el sistema feudal imperante en el campo («Quedan abolidas todas las formas de servidumbre y esclavitud, y, por consiguiente, prohibidas las prestaciones personales gratuitas de los campesinos...»);

—otorgaba el derecho de expropiar las tierras en erial (pero sólo éstas, las baldías), «previa indemnización» además. Las plantaciones y las demás tierras cultivadas no estaban sujetas a expropiación.

La reforma no se había propuesto eliminar los latifundios productivos. Sólo pretendía introducir un poco de racionalidad y sentido común. Según datos del censo agrario de 1950, el setenta y uno y medio por ciento de las grandes fincas nunca se había cultivado y la United Fruit poseía un noventa y dos por ciento de tierras en erial permanente. Al mismo tiempo (datos del mismo año), el cincuenta y siete por ciento de los campesinos no poseía ni un puñado de tierra y los demás tenían tan poca que, como escribe Eduardo Galeano, «apenas si bastarían para enterrar el cuerpo del propietario». Las hambrunas diezaban el campo guatemalteco: el sesenta y siete por ciento de la población moría antes de alcanzar la edad de veinte años.

Tal vez Washington hubiera tolerado todo aquello si la reforma hubiese afectado tan sólo a los magnates locales. Pero en 1953 Árbenz confiscó casi la mitad de las tierras baldías de la United Fruit: ochenta y tres mil hectáreas. Ahora, tierras que la compañía había recibido gratis, regaladas por el presidente Estrada, le reportaron un millón doscientos mil dólares en indemnizaciones. Pero ¿qué es para una United Fruit un millón doscientos mil dólares!?

Una suma ridícula.

De todos modos, el dinero era lo de menos. Lo escandaloso consistía en que Árbenz había intentado sentar un precedente intolerable: vulnerar el territorio de un monopolio estadounidense. En la mentalidad del Departamento de Estado, un terreno que pertenezca a una empresa privada norteamericana, aunque esté situado en los confines del planeta, constituye una prolongación del territorio de los Estados Unidos de América. Tocarlo equivale a atentar contra su sagrada integridad territorial. Quien desconozca esta mentalidad difícilmente entenderá cuántos obstáculos se acumulan ante el valiente que se atreva —en las fronteras de su propio país— a arrancarle a un monopolio estadounidense media hectárea de yermo arenal. ¡Se

levanta un griterío clamando al cielo!

Al vulnerar las fronteras de la United Fruit (o sea, en opinión de los expertos de Washington, de los Estados Unidos) el coronel Árbenz dictó su propia condena. Por añadidura, cuando, por orden del coronel, los arados surcaban las franjas baldías del imperio bananero, del Departamento de Estado se hacía cargo el antiguo abogado y ahora socio de la United Fruit, John Foster Dulles. Dulles se lanzó al conflicto guatemalteco de cabeza. Junto con su hermano y jefe de la CIA, Allen Dulles, se puso manos a la obra. La cosa no presentaba dificultades porque a fechorías como expropiar una tierra perteneciente a un monopolio estadounidense bastaba con aplicarles la fórmula de «agresión comunista» y asunto resuelto. Ahora sólo quedaba poner en marcha el mecanismo de rechazo del enemigo.

5

La invasión de Guatemala empezó el 17 de junio de 1954. La encabezaba el coronel Castillo Armas, un traidor que, con una condena a muerte, se había fugado de la cárcel cuatro años antes. Los norteamericanos le habían dado seis millones de dólares para que crease un ejército. Y también aviones y pilotos, armas y emisoras de radio. Por seis millones de dólares, Armas había comprado a seiscientos hombres. Es evidente que no pagaba nada mal. Había reunido a facinerosos de muchos países. Tenía en sus filas a presidiarios colombianos, traficantes de droga portorriqueños, tratantes de esclavos brasileños, al barman de un burdel de Tegucigalpa... La columna de Castillo Armas partía desde suelo hondureño mientras los hermanos Allen y Foster Dulles, pegados al teléfono, esperaban en Washington los partes.

Ciento dieciséis años antes una columna de sepultureros capitaneada por Rafael Carrera y armada con mosquetones viejos

había emprendido la marcha sobre la capital. Al frente de la expedición iban tres monjes portando sendas cruces de madera que debían proteger a los hombres de la desatada epidemia de cólera. Los sepultureros combatían el cólera entonando cánticos religiosos, robando todo lo que encontraban a su paso y marchando sobre la capital con el propósito de expulsar al causante de la peste, el liberal Mariano Gálvez.

Ciento dieciséis años después marchaba sobre la capital la columna de mercenarios armados con modernas ametralladoras, capitaneada por Castillo Armas. La epidemia de cólera había pasado a la historia, pero, según rezaba un comunicado de Castillo Armas, en el país hacía estragos «la peste comunista». Por eso los mercenarios portaban cruces con un puño clavado en ellas. El coronel Castillo Armas llevaba la imagen del Cristo de Esquipulas, patrón de Guatemala. A la cabeza de la columna ondeaban estandartes eclesiales. Aquellos descendientes de los sepultureros ya combatían no el cólera sino el comunismo y marchaban sobre la capital con el propósito de expulsar al causante de la peste, Árbenz Guzmán.

La columna recibía órdenes, dictadas por radio desde la capital guatemalteca, del embajador de los Estados Unidos, John Peurifoy. El día de la invasión, Peurifoy se puso un uniforme de color caqui y se colgó al cinto un colt. En la embajada había una actividad febril.

Unas calles más allá, en el Palacio Presidencial, permanecía Árbenz, solo. La mayoría de los oficiales del ejército ya se había trasladado al despacho de Peurifoy, donde esperaban órdenes. Árbenz llegó a la conclusión de que no tenía sentido oponer resistencia. Convocó al comandante en jefe de las fuerzas armadas, el coronel Enrique Díaz, y le traspasó el poder. «A las pocas horas de funciones del coronel Díaz», recuerda en su libro *La batalla de Guatemala* el ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Árbenz, Guillermo Toriello, «se presentó Peurifoy a su oficina. Ya se hallaban detenidos los principales dirigentes del Partido Guatemalteco del Trabajo y de algunos sindicatos. La esencia de la entrevista, conforme relata Díaz, fue la

siguiente: Peurifoy llevaba una larga lista con nombres de aquellos dirigentes. Iba a exigirle a Díaz que fusilara antes de veinticuatro horas a quienes figuraban en esa lista. "Pero ¿por qué?", preguntó Díaz. "Porque son comunistas", respondía Peurifoy. Díaz se negó terminantemente a mancharse las manos y el alma con ese crimen repugnante y rechazó las pretensiones de Peurifoy de venir a darle órdenes. "¿Conque no?", preguntó Peurifoy. "No", respondió Díaz. Con un "peor para usted", Peurifoy se despidió.»

Toriello recuerda también que cuando, varios días después, uno de los oficiales se atrevió a mencionar en presencia del embajador la conveniencia de meter en cintura a Castillo Armas, Peurifoy le interrumpió y le espetó, furioso: «Ya es tiempo de que se dejen de tonterías. Sepan de una vez por todas que la lucha no es con Castillo Armas sino con el Departamento de Estado, así es que se hará lo que el Departamento de Estado decida.»

Y Castillo Armas lo hizo.

«Tan pronto como se instauró el régimen satélite», dice Toriello más adelante, «se inició una verdadera cacería de ciudadanos, no solamente de los ex funcionarios y líderes políticos sino que de toda clase de personas que de una u otra manera contrariaran o estorbaran los intereses particulares de los "liberadores". Pronto las cárceles de todo el país tuvieron diez veces más presos de los que podían alojar. [...] En los campos y en las pequeñas poblaciones del interior se asesinó y se sigue asesinando a un gran número de dirigentes sindicales y a campesinos que ocupaban parcelas provenientes de la Reforma Agraria o que de cualquier manera se resisten a la tiranía. El terror ha cundido en todo el país. Hay un éxodo progresivo de campesinos a las montañas para escapar a las bandas que los persiguen en nombre de la "liberación" de Guatemala. Y todos esos crímenes contra la vida, la libertad y los derechos humanos cometidos por la administración de Castillo Armas en nombre de Dios y bajo el pretexto de erradicar el comunismo, son vistos con gran beneplácito por las otras satrapías americanas que se sienten fortalecidas con estas prácticas de ejemplar totalitarismo. [...] El

clima social y político que se vive ahora en Guatemala es otra vez el mismo que se vivía bajo las tenebrosas dictaduras del pasado. Las prácticas son las mismas aunque las fórmulas se han modernizado. Antes la persecución política se hacía "por orden del Señor Presidente"; ahora "por disposición del Comité de Defensa Nacional contra el Comunismo". [...] El Comité ejerce poderes de vida o muerte contra toda la población. Un chisme, un rumor, la mala voluntad de un funcionario o de un allegado al régimen basta para que se encarcele, se veje y se torture a cualquier ciudadano. El "comunismo" sigue siendo solamente un pretexto para racionalizar la persecución de desafectos al régimen y para saciar venganzas personales. En resumen, para el guatemalteco común, cuya dignidad y patriotismo no le permiten aceptar el nuevo orden de cosas, se abren en el horizonte únicamente tres perspectivas: encierro, destierro o entierro...»

6

In memoriam de los asesinados en los primeros días de la contrarrevolución:

Javier Acevedo, de Chiquimula, campesino;

Catarino Alvarado, de San Juan, campesino;

Rogelio Arévalo, de Puerto Barrios, obrero;

treinta y ocho campesinos fusilados en Las Cruces, Ipala;

Andrés Cruz y su hermano, de Puerto Barrios, obreros;

Rolando Cordón, de Teculután, alcalde;

Claudio Gutiérrez y dos hijos, de Chiquimula, campesinos;

cuarenta y nueve campesinos fusilados en Río Shusho;

dieciocho campesinos fusilados en Los Cimentos;

Salvador Jacinto, de La Tuna, campesino;

Antonio Castro, de Chiquimula, ferroviario;
Juan Ruiz, de Petara, campesino;
Cupertino Tiul y esposa, de Puerto Barrios, obreros;
veintinueve campesinos fusilados en San Juan de Sacatepéquez;
dos miembros del Comité de la Reforma, de Acasaguastlán;
Amical Solís, de Morales, obrero;
Macario López, de Progreso, campesino;
Carlos Archila, de la Ciudad de Guatemala, sargento;
Bonifacio Méndez, de Zacapa, campesino;
Aureliano Véliz, de San Vicente, campesino.

(Extraído de la lista de la Confederación General de Obreros de Guatemala, febrero de 1955.)

Esta lista se prolonga infinitamente, completada todos los días hasta hoy.

7

El presidente Árbenz Guzmán salvó la vida al refugiarse en la embajada de México. Después de dos meses de gestiones realizadas por el gobierno mexicano, el Departamento de Estado accedió a que Árbenz, quien seguía siendo el presidente constitucional de Guatemala, abandonase la embajada rumbo al exilio.

Ante la sede de la legación y a lo largo del camino al aeropuerto, se congregó toda la flor y nata del nuevo régimen: los presidiarios colombianos, los traficantes de droga portorriqueños, los tratantes de esclavos brasileños, el barman de un burdel de Tegucigalpa... Y, también, los propietarios de las tiendas caras a los que Árbenz había obligado a pagar impuestos. Y los propietarios de las plantaciones de

café a los que Árbenz había obligado a respetar a los obreros. Y miles de agentes de la CIA, ocupados en «propagar la democracia». Y la dirección de la filial guatemalteca de la empresa Share and Bond de Nueva York, a la que Árbenz había obligado a bajar el precio de la luz. Y una nutrida delegación de hinchas de la United Fruit. Aquella multitud esperaba al presidente depuesto armada con piedras, huevos podridos y ratas muertas. Árbenz tuvo que pasar a pie por medio de ella, porque Castillo Armas había prohibido que lo llevaran en coche.

El embajador de México sabía que era probable que Árbenz no llegara vivo al aeropuerto. Sacó una bandera de su país y arrojó con ella al presidente de Guatemala. Ahora Árbenz aparecía en la puerta de la embajada envuelto en la enseña nacional mexicana. Enseguida lo rodeó el personal de la legación. Juntos echaron a andar en dirección al aeropuerto abriéndose paso entre una multitud tan enfurecida como impotente, que fue tras ellos. Una vez en el aeropuerto, el embajador tuvo que despedirse de Árbenz, a quien ya estaba esperando un avión listo para despegar. Por la pista se paseaba Peurifoy, el principal guionista y director de escena. El presidente Árbenz, de pie, estaba expectante: ¿qué sucedería a continuación? El principal guionista y director de escena esperaba a que se congregase su gran público. Después dio la orden. Los hombres de la columna de Castillo Armas se acercaron al presidente y le ordenaron desnudarse. Árbenz empezó a hacerlo. La multitud aullaba y silbaba. Árbenz se quedó con los calzoncillos, que no se dejó quitar.

De este modo entró en el avión.

Árbenz hasta hoy vaga por el mundo. Vive en el anonimato, no concede entrevistas, no hace declaraciones. No permite que se le fotografíe. Aun así, a veces, algún que otro reportero consigue sacarle una foto, y entonces aparece en la prensa el alargado rostro de Árbenz, el hombre que se había atrevido a romper el silencio necesario para los plátanos de la United Fruit y que era comunista porque deseaba que todos los niños de Guatemala tuviesen un par de zapatos.

Castillo Armas, el nuevo presidente, no sólo se ocupaba en asesinar. También dedicaba mucho tiempo a labores legislativas. En dos años promulgó quinientos setenta y cuatro decretos que anulaban todas las conquistas de la revolución. Revocó la Ley de Reforma Agraria y devolvió los eriales a la United Fruit. Los campesinos a los que Árbenz había dado tierra fueron expulsados de ella. Los monopolios fueron exonerados de pagar impuestos. Cuarenta y cinco empresas petroleras extranjeras recibieron respectivas concesiones para explotar un total de cuatro millones seiscientas mil hectáreas, lo que constituye casi la mitad del territorio de Guatemala.

Las aguas que en 1944 se habían desbordado en busca de una nueva desembocadura volvieron a su viejo cauce.

En la primavera de 1957, los honorables muros de la Universidad de Columbia de la ciudad de Nueva York acogieron una solemne ceremonia: en reconocimiento a sus méritos por la democracia americana, el coronel Castillo Armas fue investido doctor *honoris causa*.

Honrado de esta manera, y ya inútil, fue asesinado de un tiro por orden de la CIA el 26 de julio del mismo año por Roberto Monteza, miembro de su propia guardia personal.

En las filas del ejército, que ha acaparado todo el poder, empieza la zapatista por el sillón presidencial.

Guatemala es un país gobernado por una camarilla de coroneles (el grado de general fue eliminado en los años de la revolución). Toca un coronel por cada treinta soldados. El poder supremo de Guatemala lo

ostenta la embajada de Estados Unidos y justo detrás se sitúa el consejo de los coroneles. El gobierno ocupa el tercer lugar.

No hay coronel que no quisiera ser presidente, habida cuenta del prestigio inherente al cargo y el alto salario, que asciende a ¡un millón noventa y cuatro mil dólares anuales! A los que se suman, evidentemente, otros ingresos, menos oficiales, y un cuantiosísimo suplemento en concepto de gastos de representación (el ingreso anual del campesino se sitúa entre los cincuenta y los ochenta dólares). En resumidas cuentas, si el presidente consigue mantenerse en el cargo los cuatro años previstos por la constitución, abandona el palacio con cuatro millones de dólares en su libreta de ahorros.

No es que sea mucho, pero menos da una piedra.

Finalmente, tras varios meses de peleas, se hizo con la presidencia un hombre entrado ya en años, fiel apoyo del régimen de Ubico y socio de Castillo Armas, el general Ydígoras Fuentes (en vista de sus méritos y de su edad había conservado el grado de general). Apenas tomó posesión del cargo, en su despacho se presentaron cuatro hombres de la CIA exigiendo que les devolviese el dinero que la Agencia había prestado a Castillo Armas con vistas a organizar la invasión. De aquella visita habla el propio Ydígoras en una entrevista concedida a la corresponsal norteamericana Anne Geyer:

«Les respondí que yo no tenía deudas con ellos y que Castillo Armas estaba muerto. Me amenazaron con una "conspiración del silencio" y dijeron que, si no les pagaba, Guatemala no se beneficiaría de ninguna ayuda estadounidense y que nada bueno sería nunca escrito sobre mi gobierno en ese país.»

Ante semejante *dictum* Ydígoras aflojó la bolsa enseguida.

Más aún: cedió a la CIA terrenos para construir un campo de entrenamiento donde recibirían instrucción los mercenarios que se preparaban para invadir Cuba. Como premio, la CIA frenaría en más de una ocasión su caída, cosa que relata el corresponsal del *Time* John Gerassi:

«A principios de 1962 parecía que la caída de Ydígoras era inminente. Los estudiantes, los profesores e incluso los sindicatos, controlados por el presidente, exigían su dimisión. Durante todo el mes no hubo día en que no se repitiesen disturbios y Guatemala suspendió la expedición de visados de entrada. Y después, de repente, se hizo un silencio absoluto. Los medios no informaron de una sola manifestación, de una sola protesta. Cuando llegué allí unos días después, en el país reinaba una calma total. Pedí a mis contactos que me explicasen el porqué. "Nunca habíamos visto represiones más relámpago y más eficaces —me dijeron—; lo que sí sabemos a ciencia cierta es que todo el aparato del gobierno está tomado por la CIA." [...] El país estaba paralizado por el miedo.»

He aquí un ejemplo más del funcionamiento del mecanismo del silencio.

En primavera de 1963 Guatemala era un país ya tan tranquilo que se convocaron elecciones. El primer presidente de la revolución guatemalteca, Arévalo Bermejo, anunció, desde el exilio, que le gustaría presentar su candidatura. Arévalo seguía gozando de popularidad, por lo que no se podía descartar que hubiese ganado aquellas elecciones. Como, pese a todo, Ydígoras estaba empeñado en llevarlas a cabo, no hubo más remedio que derrocarlo.

Se encargó de organizar el golpe su ministro de Defensa, el coronel Peralta Azurdia. Los conspiradores fijaron la fecha del golpe para el 30 de marzo de 1963. Ydígoras se había enterado de ello unos días antes, y cuando Peralta entró en su despacho pistola en mano, el presidente, señalando unas maletas alineadas junto a su mesa, exclamó:

—¡Ministro, estoy preparado!

10

Al general lo metieron en un avión y lo mandaron a Managua, donde,

mientras hojeaba la prensa al día siguiente, encontró una declaración de Peralta en la que leyó que había sido derrocado porque *era comunista*. Cualquiera que conociera el immaculado pasado anticomunista del general (había eliminado a cientos de personas sospechosas de comunismo y encarcelado a miles), se hubiese tronchado de risa al oír semejante acusación, pero Ydígoras se asustó de verdad. Sabía que en su país no tenía ninguna importancia que alguien fuera comunista o no. No hacía falta demostrarlo, bastaba con la acusación. No en vano conocía los hechos.

El partido comunista de Guatemala fue exterminado casi por completo después de 1954. Incluso un antiguo embajador de Estados Unidos en El Salvador, Thorsten Kalijarvi, quien en todo bicho viviente adivina a un comunista, afirma en su libro *Central America* (1962) que en Guatemala no quedan más que unos doscientos comunistas («*It is estimated that there is in Guatemala about 200 dedicated Communists*»). Al mismo tiempo el aparato de la lucha contra el comunismo (el ejército, la policía, el Servicio de Inteligencia Guatemalteca, etcétera) emplea a más de treinta mil personas. Así que por *cada* comunista hay *ciento cincuenta* hombres cuya misión consiste en combatirlo.

También se puede hacer otro paralelismo: el experto militar norteamericano Edwin Lieuwen informa de que el ejército guatemalteco «cuenta con más de quinientos coroneles» (1964). Esto significa que casi tres coroneles viven de combatir a un comunista. ¡Y cómo viven! «Sus privilegios», escribe otro experto militar norteamericano, Jerry Weaver, «van desde sus altos salarios hasta dotaciones para la construcción de viviendas pasando por otros pagos en especie; y, lo más importante, estos hombres *son intocables por la ley.*» Al experto, tal cosa le sorprende. En realidad, no hay de qué sorprenderse. Al fin y al cabo, ¡estos hombres se merecen algo si pasan toda la vida en el frente llevando sobre sus hombros el peso de la lucha contra el comunismo!

Ydígoras, en cambio, no se sorprendía de nada y por eso, cuando leyó en la prensa que era comunista, le invadió un miedo atroz.

Aunque ya viejo y cansado, decidió actuar, limpiar su nombre. Se sentó a la mesa y escribió una gran proclama de autodefensa, un voluminoso libro que tituló *My War with Communism* y que salió publicado el mismo año 1963 por la editorial Englewood Cliffs, Prentice-Hall, Estados Unidos. En dicho libro el general puso sobre aviso a todo el mundo de que el comunista era Peralta, mientras que él, Ydígoras, siempre había sido un firme defensor de la democracia americana.

Mientras tanto el nuevo presidente, el coronel Peralta, hombre joven y ambicioso, puso manos a la obra. Racionalizó y modernizó el sistema de la lucha contra el comunismo. Para empezar, decidió confeccionar una lista de comunistas. «No paran de decir que éste o aquél es comunista», explicó en una rueda de prensa, «pero luego se olvidan de que esa gente sigue por ahí impune. A partir de ahora todos estarán fichados.»

Con este propósito Peralta promulga una ley (decreto n.º 9, 1963) con el siguiente encabezamiento: «Registro de personas que el Gobierno militar considera como comunistas». La ley crea el organismo llamado Archivo Nacional de Seguridad (sus meras siglas suenan en Guatemala a funesto). El ANS lleva el fichero de los comunistas o, mejor dicho, tal como queda formulado en la ley, el registro de personas que los militares consideran comunistas. ¿Y a qué personas consideran tales? Responde a esta pregunta Eduardo Galeano en su ya citado libro *Guatemala, país ocupado*: «Desde el punto de vista de un militar guatemalteco, "comunista" es todo aquel que tenga ideas distintas a las de un militar guatemalteco; o, más sencillamente, todo aquel que tenga ideas.»

Ahora ya sabemos qué principio guía el trabajo del ANS. Una vez establecido el criterio, los funcionarios confeccionan las listas adecuadas. «Estar en la lista» equivale en Guatemala a condena a muerte. Al que le consta que su nombre ha ido a parar a ella sabe que la sentencia está dictada y que sólo queda abierta la cuestión de la fecha. Es posible que se ejecute al día siguiente, pero también dentro de un mes, de un año o de un lustro. El problema, sin embargo, consiste

en que sólo unos pocos saben si *ya* están en la lista o *todavía* no lo están.

El acceso a las listas está muy limitado y, aparte de la embajada de Estados Unidos, puede consultarlas un grupo de personas muy reducido; tanto, que entre ellas no cabe el presidente de la república. Pero, a veces, puede enterarse por alguien que le susurre al oído algún que otro nombre. El columnista guatemalteco Elías Condal cuenta un caso de éstos: «Un día el presidente Méndez Montenegro mandó llamar a un buen amigo suyo, compañero de viejas luchas estudiantiles. "No te muevas de aquí —le dijo—, quédate a vivir en el Palacio. Supe que estás en una de las listas. Te van a matar. Es la única protección que puedo ofrecerte."»

Cualquiera puede encontrarse en la lista porque no hace falta ninguna prueba. «Una declaración de un comisionado militar, de un dignatario local o de cualquier partidario del gobierno de que este u otro campesino u obrero es "comunista" constituye motivo suficiente para que su nombre se halle en la lista», escribe el experto Weaver.

El segundo logro de Peralta es la militarización de la administración del Estado. Guatemala está dividida en veintidós departamentos. Cada uno de ellos está encabezado por un gobernador, invariablemente con rango de coronel. Cada coronel tiene al mando una red de los llamados comisionados militares. Se trata de oficiales o suboficiales de la reserva que ocupan altos cargos en la administración provincial. No es que en Guatemala no haya alcaldes. Los hay, pero tienen que someterse a la autoridad de sus respectivos comisionados. (Según datos del sociólogo norteamericano John Durston, en 1966 había un comisionado por cada cincuenta adultos.) El comisionado hace temblar a todo su departamento, porque cualquier persona que no le caiga en gracia puede acabar en la lista. También es él quien, por orden del ANS, ejecuta las sentencias de muerte. Otra de sus funciones consiste en proveer de mano de obra a las grandes plantaciones. Éstas se encuentran en las tierras bajas (o, como allí se dice, calientes), en las costas atlántica y pacífica. La principal masa del campesinado vive, en cambio, en la parte central del país, es decir, en el altiplano y en las

montañas (tierras frías).

Las tierras calientes pertenecen a la United Fruit y a los grandes latifundistas guatemaltecos, alemanes y estadounidenses. En aquel país el dos por ciento de terratenientes posee casi las tres cuartas partes (72,6%) de todas las tierras cultivables (veintidós hacendados poseen el trece por ciento de ellas). Y en el otro extremo: el setenta y seis por ciento de los campesinos posee menos de un diez por ciento de las mismas. Hay latifundistas cuyas fincas equivalen a los terruños de veinte mil campesinos. El campo guatemalteco no conoce la noción de campesino rico y campesino medio. Todos son pobres. Aun así, la falta de tierra no es su mayor tragedia. En el proceso de colonización los indios (es decir, los campesinos) fueron apartados hacia las peores tierras, estériles y sin agua, a las tierras frías del altiplano. La agricultura es allí sumamente primitiva, como la de hace quinientos o seiscientos años. Las tierras frías constituyen una ya clásica cantera de brazos para las tierras calientes. Estas últimas están copadas por las grandes plantaciones que trabajan para el mercado exterior, así que no hay lugar en ellas para el pequeño agricultor. En la época de la zafra del café y del algodón (que constituyen la mitad de la exportación guatemalteca), las plantaciones necesitan mucha mano de obra. El hacendado no quiere mantener un gran número de trabajadores puesto que los necesita tres meses al año, sólo para la cosecha. Los otros nueve meses, su mano de obra tiene que sobrevivir *de alguna manera* en sus reservas indias, que son las tierras frías.

Cuando se aproxima la época de la cosecha, el comisionado empieza a reclutar trabajadores. En este período hay que «trasplantar a latigazos» a un millón de personas, cosa que en las condiciones de un país tan pequeño como Guatemala (superficie: ciento nueve mil kilómetros cuadrados; población, en 1970: cinco millones doscientas mil personas) adquiere la forma de las antiguas migraciones de los pueblos. Una quinta parte del pueblo —hombres, mujeres y niños— parte rumbo a los trópicos para espigar el café y el algodón. Poner en movimiento tamaña masa humana no es tarea fácil. Los campesinos no

quieren trabajar en las plantaciones porque el salario es de hambre; el trabajo, duro, y su clima tropical, difícil de soportar para las gentes de la montaña. Mientras el campesino recolecta el café o el algodón, se le pudre la cosecha en su propio terruño. Antes existía la Ley de Vagancia, que permitía cazar a los indios y forzarlos a trasladarse a las tierras calientes. Ahora ha asumido su función el decreto de las listas. Gracias a ellas es posible perpetuar la servidumbre y el sistema de trabajo forzoso. Si, después de la cosecha, el campesino no presenta un papel diciendo que ha trabajado en una plantación, el comisionado lo pondrá en la lista.

11

El coronel Peralta también ha fundado un partido político, el gobernante Partido Institucional Democrático. Ha sido un pilar más del régimen y, fundándolo, el coronel ha conseguido lo que se proponía: construir un sistema de dictadura militar total, vigente en Guatemala hasta hoy. Sin embargo, no toda la ultraderecha lo ha aplaudido sin reservas. Hay en el país una importante casta de oligarquía civil a la que también le gustaría disfrutar del poder. El de los oligarcas —de acuerdo con el principio de significados invertidos, clásico ya en América Latina: cuanto más reaccionario, más (de palabra) revolucionario— se llama Partido Revolucionario. Al frente del mismo está un hombre gris, un político de tercera fila, jurista de profesión (e, incluso, en un tiempo, decano de la facultad de derecho de la Universidad de Guatemala), Méndez Montenegro. El antiguo decano se hace con la dirección del partido en 1965, después de la muerte de su hermano, el anterior jefe del Partido Revolucionario, quien había atacado a los militares por monopolizar el poder, en vista de lo cual no podía sino morir «en extrañas circunstancias». En el lenguaje político de Guatemala, «muerte en extrañas circunstancias» significa asesinato por orden del ANS.

El Partido Revolucionario empieza a reclamar elecciones. En busca de apoyo, Méndez hace repetidas visitas a la *embajada* (cuando en América Latina se oye la palabra «embajada» a secas, sin especificar de qué país, todo el mundo sabe que se trata de la embajada de los Estados Unidos). Sus visitas se desarrollan en un clima cordial, amistoso. De todos modos el país es gobernado por el ejército, y un civil en la presidencia crearía la reconfortante apariencia de democracia.

No hay que olvidar que los *Latin-American experts* del Departamento de Estado no tienen una vida fácil. La parte liberal del Senado no para de exigir que, para el cargo de presidente en los países de América Central, se designen a civiles, no a militares. Pero los *experts* saben que no es tarea fácil. El presidente debe disponer de la fuerza suficiente como para poder garantizar, en contra de la voluntad popular, la intangibilidad de las inversiones norteamericanas, y los únicos que disponen de semejante fuerza son los militares. El ejército, a su vez, una vez dueño del poder, no lo quiere soltar. ¿A santo de qué iba a hacerlo? La única solución pasa por hacer aquello que hace un comandante en la mili cuando, durante los ejercicios de instrucción, quiere organizar un ataque a las posiciones enemigas: asignar a una parte de los soldados el papel de figurantes que *finger* ser el enemigo.

Así pues, el Departamento de Estado, consciente de las críticas de la parte liberal del Senado, no para de importunar a sus embajadas instándoles a buscar civiles capaces de fingir ser presidentes. Pero hallar un buen figurante no resulta nada fácil. El talento de éste tiene que consistir en una total falta de aspiraciones, y tal rasgo es difícil de detectar de antemano, porque muchos políticos abrigan aspiraciones ocultas. Y entonces —cosa muy humana— el mal figurante, al tener un poco de poder, enseguida quiere más, y al querer más entra en conflicto con el ejército, al que no le queda otro remedio que poner en marcha los motores de sus tanques, ocupar el Palacio y meter al presidente en un avión, cosa que después aprovechará la parte liberal del Senado para redoblar sus críticas del Departamento de Estado.

En el caso de Guatemala, sin embargo, la embajada llegó a la conclusión de que tal peligro no existía: la dictadura de sus militares era total y permanente; allí no chistaría nadie. El presidente, coronel Peralta, al oír la noticia de que se celebrarían elecciones, tras reflexionar unos momentos, consideró una buena idea semejante manifestación de democracia. Peralta sabía que concentraba en su mano todo el poder y que, en vista de ello, las elecciones las ganaría él, y el ejército, en lugar de un presidente impuesto por un golpe de Estado, tendría uno electo.

Sin embargo, oh, sorpresa, el coronel las perdió.

Fue el 6 de marzo de 1966. Cuando la noticia de la derrota llegó a los estados mayores y a las guarniciones, la camarilla de coroneles decidió celebrar una reunión. Aunque la pequeña Guatemala tiene hoy casi seiscientos coroneles, no todos participan en encuentros como aquél. No es lo mismo un coronel que otro. Basta entrar en cualquier ministerio para comprobarlo: el recepcionista: coronel; el secretario del ministro: coronel; el ministro en persona: también coronel. Lo mismo que el censor de correos, el propietario del restaurante Quetzal, etcétera, etcétera, etcétera. Pero los importantes, los verdaderamente importantes, son unos cuarenta, y fueron ellos los que se reunieron en aquella ocasión.

No es fácil imaginarse aquella reunión si nunca se ha visto a unos cuantos coroneles guatemaltecos. Todos exhiben un semblante sombrío, unos ojos de mirada penetrante y desconfiada, y un bigotito negro y fino. Un periodista guatemalteco me dijo en una ocasión: «Yo no los distingo.» Pero no cabe duda de que los coroneles sí saben distinguirse entre sí.

Una breve crónica de aquella reunión nos la proporciona el escritor y premio Nobel guatemalteco Miguel Ángel Asturias en su libro *Latinoamérica y otros ensayos*. Pues bien, una vez confirmada la victoria electoral de Méndez Montenegro, los coroneles estuvieron «a punto de dar al candidato civil triunfante un plazo de veinticuatro horas para salir del país, declarar nulas las elecciones, restablecer el estado de sitio

e instalar una junta militar y un gobierno de derecha con gran aparato represivo». Los participantes aprobaron el plan por aclamación, pero, cuando ya habían empezado a repartirse cargos, resultó que no iban a salirse con la suya. «Desbarató el plan», escribe Asturias, «la simple información de que el candidato electo, Méndez Montenegro, gozaba de simpatías en la embajada de los Estados Unidos en Guatemala y que, por lo mismo, no era posible presentarle como peligroso "comunista" al servicio de Moscú y en tratativas con las guerrillas que operan en las montañas del país.»

Casi podemos ver cómo, en ese momento, se caen los cuarenta bigotitos finos y oír el peso del silencio que se posa en la sala. La noticia, desde luego, cambiaba sustancialmente las cosas. La asamblea se veía obligada a buscar otra salida. Buscó, rebuscó y encontró. El presidente electo Méndez Montenegro fue llamado a comparecer en la reunión, donde le dijeron: «Podrá usted ser presidente de la república a condición de que firme nuestro ultimátum.»

«El ultimátum», prosigue Asturias, «estaba compuesto de cinco puntos: 1) compromiso de no cambiar los mandos militares; 2) dejar todo lo relacionado con el Ejército en la exclusiva competencia del Ministerio de Defensa; 3) mantener en vigor la prohibición de volver al país a militares exiliados; 4) compromiso de no investigar las actividades del gobierno militar, y 5) el no cumplimiento de estos puntos determinaría automáticamente un golpe militar.»

Y Méndez Montenegro firmó, pues resultó ser un buen figurante. Desde mediados de 1966 hasta mediados de 1970, el antiguo decano de la facultad de derecho fingió ser el presidente de Guatemala. El experimento, sin embargo, no tuvo el éxito suficiente como para continuarlo, así que, una vez expirado el mandato de Méndez, el poder volvió a manos de un coronel: Arana Osorio.

El coronel Arana, designado presidente de Guatemala para los años 1970-1974, había sido funcionario de la CIA durante muchos años. Conocido por los sobrenombres de «Araña Negra» y de «el Carnicero de Zacapa», se hizo famoso como pacificador de destacamentos guerrilleros y de miles de campesinos en el departamento de Zacapa, colindante con el de Izabal, el cual, íntegramente, es propiedad de la United Fruit. De todos modos, también Zacapa es propiedad de la United Fruit, aunque sólo en parte.

Empezando por junio de 1954, es decir, desde la intervención de la CIA que ahogó en sangre la revolución guatemalteca, el desarrollo interno de ese país se reduce a un constante —año tras año— perfeccionamiento del sistema de represión y terror: el fascismo.

¿Qué ha aportado a esa obra Arana Osorio, el coronel más importante (junto a Arriaga Bosque) en la época del mandato presidencial de Méndez Montenegro? Pues crear una red de organizaciones paramilitares cuya tarea consiste en la eliminación física de las personas que el ANS, la inteligencia militar (el llamado G2) y la CIA consideran enemigos del régimen, opositores, comunistas, etcétera. Dichas organizaciones surgen entre los años 1966 y 1968, es decir, en la época en la que en Guatemala empieza una intervención armada no oficial de los Estados Unidos, capitaneada por un grupo de oficiales de los Boinas Verdes, traídos para la ocasión de Vietnam.

He aquí un listado de estas organizaciones o, dicho más exactamente, grupos paramilitares fascistas, que conforman un auténtico Estado en la sombra:

MANO: Movimiento de Acción Nacionalista Organizado. Actual jefe: el coronel Ángel Ponce, simultáneamente portavoz del gobierno guatemalteco. Sede: la del estado mayor del ejército en Matamoros.

NOA: Nueva Organización Anticomunista. Jefe: el coronel Zepeda Martínez. Sede: *vide supra*.

CADEG: Consejo Anticomunista de Guatemala.

CRAG: Comité de Represión Antiguerrillera.

ODEACEC: Organización de Organizaciones contra el Comunismo;

FRN: Frente de Resistencia Nacional.

RAYO: Rasgo característico: marcar los cadáveres con una flecha.

Otras organizaciones también tienen sus maneras de marcar a sus víctimas. MANO, por ejemplo, corta a sus víctimas, vivas y muertas, los dedos de la mano derecha. Todos estos grupos compiten entre sí por el número de asesinatos cometidos. Junto a los masacrados cuerpos de sus víctimas, casi siempre abandonados en las cunetas, suelen dejar notas como ésta: «Esto lo ha hecho NOA. A ver qué hace ahora MANO.» En el marco de estas organizaciones también actúan plusmarquistas individuales: un tal Oliva Valdez se jacta públicamente de haber matado con sus propias manos a cuarenta personas (crónica de Juan Maestre).

Oficial y formalmente, estos grupos operan al margen del aparato represivo gubernamental-militar-policial; más aún, son —de nuevo formalmente— ilegales. Aferrado a esta fórmula, el gobierno no cesa en su empeño de demostrar a la opinión pública internacional que en su democrático Estado de Guatemala todo va como una seda, excepto por la desgracia que supone la guerra clandestina entre terroristas ilegales de extrema derecha y terroristas ilegales de extrema izquierda, pero que éste es el único problema que hay.

«Es infantilmente contradictorio», se afirma en un memorándum del guatemalteco Comité de Defensa de los Derechos Humanos dirigido a la ONU en 1968, «querer presentar la situación como lucha entre facciones clandestinas, cuando los miembros de las organizaciones "clandestinas" de derecha utilizan las cárceles del ejército y del gobierno; se movilizan en los vehículos del Estado con placas confidenciales de los servicios de seguridad; poseen centros de tormento celosamente guardados por policías militares; cuentan con

las imprentas de la Editorial del Ejército para elaborar su propaganda; tienen acceso a los archivos confidenciales del ejército... En fin, no es posible aceptar que se trate de dos facciones clandestinas en pugna, cuando existen todas las evidencias de la participación, culpabilidad y apoyo de la oligarquía nacional, del gobierno y del ejército en el genocidio.»

Este mismo Comité publicó en México un libro (*La violencia en Guatemala*, 1969) que se compone de una selección de noticias, aparecidas en la prensa guatemalteca entre los años 1966 y 1968, en torno al tema de las víctimas de los grupos paramilitares de Arana Osorio y de Robert H. Berry, comandante en jefe de la misión militar estadounidense. Confieso que no he podido leerlo hasta el final. Son doscientas quince páginas de textos como éstos:

«El cadáver de un hombre mutilado, sin una oreja, sin nariz y sin ambos labios fue localizado en el barrio "La Democracia", Jutiapa...»

«Otro hombre a quien le faltaba la cabeza fue encontrado en la finca Peña Áspera, departamento de Jutiapa...»

«30/01/68. Ocho personas muertas fueron levantadas en diferentes partes del país. Todas estas personas fueron asesinadas a tiros...»

«31/01/68. Seis personas aparecieron asesinadas en diferentes lugares del país, acribilladas a balazos...»

«Con 43 perforaciones de bala calibre 45, fue encontrado el cadáver de Cándido Natareno Ruiz en la aldea "El Olvido" ...»

«En el kilómetro 41 apareció el cadáver de un hombre decapitado. Pedazos de cráneo fueron encontrados próximos al cadáver, dando la impresión de que la cabeza le fue destruida pacientemente en tantos pedazos, como para formar un juego de rompecabezas...»

«Trece cadáveres fueron encontrados en el parcelamiento de Nueva Concepción, departamento de Escuintla, presentando señales de haber sido torturados...»

«Los cadáveres de dos hombres fueron rescatados de un pantano

situado en... Los dos cuerpos mostraban señales de tremendas torturas que les desfiguraron los rostros, por lo que fue imposible reconocerlos...»

«José Cujá Oxlaj, de 26 años, fue asesinado a balazos en Quebrada del Durazno por cuatro desconocidos, quienes le cortaron los labios en presencia de su madre...»

«Tres cadáveres de sencillos campesinos fueron localizados en el municipio de La Unión, Zacapa. Con estos tres cadáveres suben a veintidós las personas muertas a tiros en los últimos tres días...»

Junto a esto, otra letanía:

«José Israel Pineda Corleto, de 17 años, desapareció de su hogar... sin que se tengan noticias del lugar donde se encuentra. Su hermana inquiera...»

«Jovita Luna, madre del estudiante Raúl Morales Luna, inquiera por su persona...»

«Juana Cos de Ruiz desea saber el paradero de su esposo, Filiberto Ruiz, a quien doce individuos extrajeron de su hogar el sábado 21 del mes en curso...»

«Regina Garrido v. de Marroquín informa de la desaparición de su hijo José Santos Marroquín, de 18 años... Agrega que lo ha buscado inútilmente sin encontrarlo...»

«Aura Marina López denuncia la captura de su hijo Óscar Guillermo Valenzuela López, violentamente sustraído de su domicilio...»

«María Estela Paz manifestó que elementos policiales capturaron a su hijo... Se llamaba Luis Enrique Guzmán Paz...»

«María García Pérez pide públicamente que las personas que tengan secuestrado a Luis Alberto García Álvarez le perdonen la vida...»

«Zoila Ochoa Díaz suplica que se le informe del paradero de su hijo...»

«Teresa Garrido, madre..., suplica...»

«No sé», dice Hilda Oliva Franco, «a mi hermano se lo llevaron a las dos de la madrugada, desde entonces no sé dónde está...»

«No sé», dice Guillermina de Escobar, «vinieron seis hombres vestidos de particular, se llevaron a mi hijo, que no ha regresado...»

«No sé», dice Blanca de Aguirre, «mi marido acababa de volver del trabajo, iba a cenar, llegaron en un jeep...»

Por lo general van en jeeps y llevan gafas negras, camisas verdes y metralletas cortas del calibre cuarenta y cinco.

A veces, MANO cuelga en los muros sus listas. Aparecen en ellas los apellidos de las personas que tiene previsto torturar y asesinar. Después, una mano anónima va tachando nombres.

Los tachados ya no volverán.

«Me acerqué a uno de los detenidos. Me dijo que se llamaba Manuel. Le pregunté por qué lo habían traído y me dijo: "Cosas de política." Me dijo que antes había trabajado para el coronel Jacobo Árbenz. Me pidió un cigarrillo y se lo di. Los otros no aceptaron cigarrillos ni conversaban tampoco. Probablemente porque me vieron uniformado. Al que se llamaba Manuel le pregunté si quería algo para sus familiares, y me contestó: "No vale la pena. A nosotros ya nos quedan pocas horas." Me dijo que algún día yo iba a leer unos libros que él había escrito. Me mostró cómo le habían pegado al detenerlo. Tenía la espalda morada de los culatazos que le habían dado. Yo quería conversar más con ellos, pero ellos no. En eso el telefonista me dijo que el viceministro de la Defensa había hablado que venía para el cuartel. Que lo esperaran. Vino el coronel Arriaga Bosque y tocaron a reunión de oficiales. El coronel entró donde estaban los detenidos y no sé qué hablarían porque sólo permitieron la entrada de oficiales. Cuando nos

despertaron al día siguiente encontramos al teniente Hugo Edmundo Alonzo. Él nos mandó cargar unos costales que estaban allí. Nos imaginamos que serían cosas corrientes y los empezamos a subir a un *pick-up* y a un jeep. Cuando subí el primer costal vi que las mangas del uniforme se me manchaban de sangre. Cuando agarré el segundo palpé y noté la forma de una cara y del pecho. "¿Qué es esto?", pregunté. "Son los que mataron. Apúrate nomás", me contestó alguien. Nos mancharon todos de sangre, aunque estaban envueltos en nylon. Seguimos cargando» (Testimonio del sargento Ruano Pinzón, desertor del ejército, citado por Eduardo Galeano).

Todos aquellos cadáveres fueron después arrojados al mar desde un avión pilotado por el hijo del actual presidente Arana, oficial de la aviación guatemalteca.

No siempre matan a tiros. En Puerto Barrios asesinaron a ocho mil sindicalistas a fuerza de irlos aplastando con camiones cargados de piedras que no pararon hasta que en la plaza no quedaban más que jirones de cuerpos diseminados por todas partes.

En la capital de Guatemala, ante la sede del Cuarto Cuerpo —nombre de la Gestapo local—, cada día se forma una cola de mujeres. En la ventanilla, un policía con gorra calada hasta taparle los ojos y un cigarrillo humeando —todo como en una película de gánsters barata: el uniforme desabrochado, el revólver sobre la mesa— escucha preguntas para las que tiene siempre la misma respuesta: «No, no conocemos a nadie con este nombre..., no, no conocemos a nadie...»

La cola de mujeres avanza.

En el año 1968, en Guatemala cayeron víctimas del fascismo más de tres mil personas. Parte de ellas murió en los campos de concentración de Camotán, Zacapa; de Río Hondo, Zacapa, y de Usumatlán, Zacapa.

Otros fueron asesinados en sus casas, en la calle, en las cunetas...

Facundo Ramírez, de Los Andes, campesino;

Romeo Padilla, de Finca Monjas, campesino;

Rolando Herrera, obrero;

René Castillo, poeta;

Pastor Hernández, de El Picacho, y cuarenta y siete más;

veintisiete campesinos fusilados en la montaña de Patzún, nombres desconocidos;

Emilio Díaz López y seis más, de Agua Blanca, campesinos;

Eduardo Sosa Montalvo, de Ciudad de Guatemala, ingeniero;

quince campesinos fusilados en Las Pozas, nombres desconocidos;

Morales Saavedra, de San Jorge, campesino...

15

El coronel Arana, agotado de tanto trabajar, pues, según afirma Aguirre Monzón, «dictó personalmente más de ocho mil penas de muerte» (*Excélsior*, 10 de marzo de 1970), se marchó como embajador a Managua, para descansar.

Sin embargo, después de un año volvió a Guatemala para presentarse como candidato a presidente. Regresó en un coche blindado que le había regalado su amigo Anastasio Somoza, presidente de Nicaragua. Somoza tiene en su país problemas parecidos a los de Arana, y como, gracias a la ayuda militar estadounidense, su parque móvil cuenta con varios vehículos blindados, regaló al coronel uno de

ellos.

Este, mucho antes de las elecciones, declaró: «El pueblo me elegirá presidente.» Quien conociera Guatemala no podía no creerle. En todos los discursos y entrevistas de Arana se repetía una misma frase: «Hay que acabar con la anarquía e imponer el orden.» Un segundo estribillo favorito que repetía en cada ocasión era: «Soy el bastión del anticomunismo en América Latina.» Como si alguien hubiese dudado de ello.

Aunque formalmente no era más que un coronel, en su campaña electoral, Arana Osorio, según el reportero del *Excelsior* Fernández Ponte, «disponía de un presupuesto que casi igualaba al del gobierno. Le habían dado ese dinero latifundistas, fabricantes y monopolios de los Estados Unidos».

Por supuesto que no podía perder.

Preguntado qué haría si perdía, contestó: «Dar un golpe de Estado.»

Lo votaron doscientas treinta y cinco mil personas, lo que constituye el cuatro y medio por ciento de la población de Guatemala. (Casi un ochenta por ciento no tiene derecho a votar porque no sabe leer ni escribir.) Y ese cuatro y medio por ciento bastó para que fuese elegido presidente de la república. Justo después de la victoria voló a Washington, a recibir instrucciones.

16

A un país así llega, a finales de enero de 1970, el nuevo embajador de la República Federal de Alemania, Karl von Spreiti, y tres meses más tarde es secuestrado por un grupo guerrillero.

El movimiento guerrillero surge en Guatemala en el otoño de 1960. El 13 de noviembre, en la capitalina sede central del ejército, un grupo de oficiales se rebela contra la política del gobierno del general

Ydígoras. Encabeza dicho grupo el coronel Rafael Pereira. Pereira mata a otros dos coroneles que han intentado enfrentársele, se arma un barullo, los rebeldes se apoderan de varios jeeps y de un tanque, y huyen de la capital. La columna rebelde llega a Zacapa, donde, sin disparar un solo tiro, ocupa el cuartel de la guarnición. Después de esta victoria sigue su avance hacia el este y toma el principal puerto guatemalteco del Atlántico —que, dicho sea de paso, pertenece a la United Fruit—, Puerto Barrios. Ydígoras declara que se trata de una invasión de Cuba sobre Guatemala, buques de guerra estadounidenses se dirigen a Puerto Barrios, el coronel Pereira huye a México y tres días después la rebelión está sofocada. Pero algunos jóvenes oficiales del grupo de Pereira deciden no deponer las armas y se ocultan en las cercanas montañas. Al frente de este destacamento están el teniente Yon Sosa y el subteniente Turcios Lima. Los dos habían acabado sendas escuelas norteamericanas de lucha contra la guerrilla. El primero, en Panamá; el segundo, en Fort Benning, Georgia.

Poco después de aquella rebelión, el mundillo capitalino vuelve a ocuparse de sus asuntos y los jóvenes tenientes caen en el olvido. En América Latina es bastante normal que si un grupo de oficiales fracasa en su intento de dar un golpe, sus integrantes se vayan al extranjero o se oculten en el monte y que más tarde, cuando los ánimos se hayan calmado, regresen al cuartel, donde, tras dejar transcurrir un tiempo más, empezarán a planear un nuevo golpe: al fin y al cabo para eso están.

El pequeño destacamento de Yon Sosa, sin embargo, crece hasta convertirse en un importante grupo guerrillero que adopta el nombre de Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre; abreviado: MR 13. A principios de 1962 el grupo libra sus primeras escaramuzas con el ejército. La sensacional noticia de que Guatemala tiene guerrilla inmediatamente recorre el mundo. En América Latina, los primeros en reaccionar a tamañas nuevas son los trotskistas. Seguramente sería posible reunirlos a todos en un café un poco grandecito, pero se trata de personas fanáticas y muy activas. Uno de los centros del trotskismo

—si se puede emplear una palabra tan grande para un movimiento tan pequeño— no es sino el vecino México. Así que varios trotskistas mexicanos cruzan clandestinamente la frontera para unirse al grupo de Yon Sosa. Yon tiene en aquel momento veintitrés años y su orientación en el mundo de la ideología es prácticamente nula; lo único que el teniente sabe, y lo dice, se reduce a la tesis general de que hay que luchar por la justicia social y contra el imperialismo norteamericano. Turcio Lima, que, igual que Yon Sosa, tampoco es un ideólogo, opina que el movimiento debe ser guatemalteco y que no le hacen falta unos extranjeros sospechosos, cosa que provoca un conflicto entre los dos compañeros. De resultas de ello, Turcio abandona el grupo y crea otro propio, al que llama Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). A pesar de esta separación, los dos destacamentos —o, como se dice en el lenguaje de la guerrilla latinoamericana: los dos *frentes*— siguen colaborando, comprometidos en la misma lucha (Yon Sosa acabará echando a aquellos trotskistas).

En 1963 los guerrilleros ya controlan una parte de Guatemala, mientras que las tropas gubernamentales están a la defensiva. En vista de esta situación, en el país se presenta un primer grupo de oficiales *rangers* estadounidenses. El Pentágono lleva en América Latina una política de doble intensidad. Allí donde hay calma, los cometidos de sus misiones militares son limitados. Es cierto que la misión supervisa, instruye, alecciona, lleva el registro de los oficiales de su ejército correspondiente, día sí y día no manda destituir a algún oficial u ordena al presidente aumentar el presupuesto para gastos militares, a veces conmina a eliminar a algún comunista o ayuda a preparar un golpe de Estado. Pero, en realidad, poco más. Sin embargo, si aparece la guerrilla, el asunto toma otro cariz: cambia radicalmente.

Lo primero: se presenta un grupo de oficiales *rangers*. El grupo se dirige al Estado Mayor del Ejército del país al que ha sido enviado. Mantiene una conversación con la élite militar local. El sentido de la exposición que pronuncian los *rangers* en semejantes ocasiones suele encerrarse en lo siguiente: Habéis vivido, amigos, tranquila y

felizmente, pero, por desgracia, los buenos tiempos se han acabado. En vuestro país ha aparecido la guerrilla. Y esto no es un asunto interno vuestro. Todo lo contrario: vuestra guerrilla no es más que una pequeña parte de la agresión comunista lanzada sobre nuestro hemisferio. Y bien sabéis que el ejército de los Estados Unidos tiene sus compromisos continentales. Ante esta situación, nos vemos obligados a tomar el mando de toda la operación y acabar con el movimiento guerrillero en el tiempo más breve posible. ¿Queda claro? Mañana, reunión operativa aquí mismo, a las 9:00 a.m.

Y abandonan el local.

No es un momento feliz para los que quedan en la sala de juntas. A ningún coronel le gusta obedecer órdenes dictadas por un capitán, por más estadounidense que éste sea y por más experiencia *ranger* que tenga. Aunque por el otro flanco atacan los guerrilleros y, sin esos rubios altos, no se sabe quién ganaría esta guerra.

Aunque, en realidad, sí que se sabe.

En la historia de los movimientos guerrilleros en América Latina no se ha dado en los últimos años *ni un solo caso* de ejército nacional que haya sido capaz de acabar con el movimiento que opera en su territorio, o al menos de debilitarlo sensiblemente. Así, siempre se observa la sucesión de dos fases de acciones operativas nítidamente dibujadas. La primera: aparece la guerrilla, que poco a poco empieza a conquistar territorio. La segunda: llegan los *rangers* norteamericanos, que frenan el avance guerrillero y empiezan a llevar a cabo el plan llamado en su lenguaje «acoso y aniquilamiento».

En 1963 llega a Guatemala el primer grupo de *rangers*, aunque de momento todavía se buscan soluciones políticas. Ydígoras queda depuesto y su lugar es ocupado por Peralta. A lo largo y ancho del país se procede a confeccionar un censo de «comunistas». Peralta militariza la administración. A pesar de todo, el movimiento guerrillero crece y paraliza las acciones emprendidas por la dictadura. De modo que cada cierto tiempo se presentan nuevos refuerzos de *rangers*. El periodista

francés Jean Larteguy escribe que, en 1967, se habla en Guatemala de trescientos guerrilleros y mil *rangers*, que por lo general llevan uniformes del ejército guatemalteco. Larteguy calcula que son menos, tanto en un bando como en el otro, pero que en ningún caso el número de los *rangers* es inferior a doscientos hombres, con lo cual hay al menos uno por cada guerrillero.

La ofensiva total contra la guerrilla empieza en 1966. El movimiento ha pasado mientras tanto por una importante evolución ideológica a partir del momento en que se le une el partido comunista (Partido Guatemalteco del Trabajo). Una de sus resoluciones dice que como «las clases dominantes usan métodos extremistas y han entregado el poder al ejército, las fuerzas revolucionarias se han visto obligadas a recurrir a métodos extremistas. [...] El pueblo de Guatemala ha tenido que tomar el camino de la lucha armada, porque las fuerzas reaccionarias exterminan a la oposición y sofocan todo cambio democrático».

En unas condiciones como las de Guatemala, toda discusión acerca de la legitimidad o ilegitimidad de los métodos del llamado terror individual carece de sentido, porque en este país es *el único* método de lucha posible, más aún, es *la única* forma de *autodefensa*. Sólo las personas que conocen a los guerrilleros guatemaltecos por los artículos del *New York Times* pueden afirmar que no entienden o no aprecian el trabajo con el pueblo, el intento de formar una conciencia en las masas, etcétera. Lo entienden perfectamente, pero tienen las manos atadas. El sistema de control y de represión es tan hermético que no deja ningún resquicio.

Hace algún tiempo, los guerrilleros organizaron unos cuantos mítines y reuniones en las aldeas en un intento de despertar la conciencia del campesinado. Al día siguiente, en la aldea se presentaba el ejército y, en ejecuciones masivas, mataba a todos los campesinos que habían acudido al mitin. El número de víctimas era tan alto que hubo que abandonar ese sistema de trabajo. Octavillas, gacetas, folletos... nada de esto sirve porque todo el campo es analfabeto.

A todo esto se le añaden cuatro siglos y medio de racismo, cuyo

comienzo se remonta al colonialismo español. Hay que tomar conciencia del gran dramatismo de esta guerra, de la gran tragedia de las personas que luchan en ella. Es que los guerrilleros, en su mayoría, suelen proceder de la ciudad. Ciudad significa blancos y mestizos; y campo, indígenas. La ciudad ha vivido cientos de años del sudor y la sangre del campesinado indio. Ahora, el campesino indígena desconfía de la gente de la ciudad, la odia, ni siquiera conocen mutuamente sus respectivas lenguas. Y, de pronto, los guerrilleros —blancos y mestizos en su mayoría— luchan en defensa del campesino indio y mueren en esta lucha a manos del soldado raso guatemalteco que *es un indígena* al servicio de una dictadura sanguinaria que se alimenta de su propia miseria e ignorancia.

En este momento, ¿se puede no pensar en la terrible *soledad* del guerrillero que muere en esa guerra?

Nuestro guerrillero creía que contaba con el apoyo de la nación. En Guatemala no hay nación. El ochenta por ciento de la población no conoce la palabra «patria», no sabe qué significa eso.

Después de la muerte de Karl von Spreti, en la prensa europea aparecieron varios comentarios que intentaban explicar por qué los guerrilleros habían matado al embajador. Dichos comentarios estaban encabezados por títulos semejantes: «Terror contra terror», «La violencia engendra violencia», etcétera. Pues bien, estas formulaciones son intrínsecamente erróneas, ya que no se puede colocar en el mismo nivel el bestial terror de MANO y NOA, y la lucha de unos hombres que tienen que matar porque *quieren vivir* y que tienen que secuestrar porque sólo de esta manera pueden *intentar* salvar a docenas de presos de la tortura y una muerte atroz. Son dos situaciones éticamente incomparables.

A finales de 1966 mataron a Turcios Lima y después, a otro comandante, Rolando Herrera. La vida del guerrillero guatemalteco suele durar unos tres años. La media de su edad: veintidós. Del primer grupo de Yon Sosa, no queda nadie vivo. Son hechos comúnmente conocidos en Guatemala, de modo que el muchacho que decide unirse

al movimiento sabe lo que le espera. En esto consiste uno de los problemas de la guerrilla guatemalteca: en la falta de hombres con experiencia. Tanto en el partido como en los destacamentos, pues en aquel país, la persona que empieza a luchar no vive mucho.

Y, sin embargo, a pesar de la ofensiva de los *rangers*, del ejército y de los grupos paramilitares como MANO y NOA, que ya va por su quinto año, el movimiento guerrillero sigue existiendo y luchando. Hay destacamentos que operan en el campo y los hay que operan en la ciudad. La base de los del campo está en la Sierra de las Minas, la cordillera que se extiende a lo largo del río Motagua y de la única carretera que une la capital con Puerto Barrios, o sea, con el Atlántico. El valle por el que fluye este río es uno de los más bellos que existen en el mundo. Amplio, espacioso, inundado por el sol y el verdor de la vegetación. Toda Guatemala, como toda América Central, es uno de los parajes más paradisíacos de la tierra.

En medio del valle del Motagua está situada la pequeña ciudad de Zacapa, en la cual se encuentra la guarnición que es el centro de la lucha contra la guerrilla. Su comandante no era otro que Arana Osorio. En 1969 las FAR lo condenaron a muerte. Hoy, el coronel —y nuevo presidente— se mueve sólo en un vehículo blindado.

Tras la muerte de Turcios, el mando de las FAR pasa a César Montes. Montes tiene ahora veintiocho años. Hace un tiempo estudió Derecho en la universidad local. El MR 13 se fusionó con las FAR, que han cambiado el nombre (no así las siglas) por el de Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En la ciudad, el movimiento guerrillero se divide en dos formaciones: Brigadas Permanentes de Combate (BPC) y Unidades de Autodefensa (UAD).

Las primeras no son sino destacamentos de lucha armada; son ellos los que libran escaramuzas, ejecutan las condenas, secuestran, confiscan dinero en los bancos, realizan actos de sabotaje, etcétera.

Las segundas tienen dos cometidos: llevar a cabo todo tipo de

actividad política, propagandística y huelguística (como, por ejemplo, ocupar la sede de la radio y emitir comunicados de las FAR), y encargarse del aprovisionamiento de los destacamentos del monte, cuyo gran problema es la falta de víveres. En la selva no hay nada para comer y las aldeas son demasiado pobres para alimentar a los guerrilleros. No existe, en cambio, problema de dinero, porque el movimiento guerrillero es financiado por la oligarquía local. He aquí de qué manera: las FAR secuestran a un rico, ya banquero, ya empresario, ya hacendado, que será liberado después de que su familia pague un rescate cuyo importe asciende a un cuarto de millón de dólares: ésta es la suma sancionada por la costumbre. Imaginémonos la opulencia de esas familias que, en un país tan pequeño, atrasado y pobre, de vez en cuando se desprenden de un cuarto de millón de dólares sin que su fortuna sufra merma alguna. Una parte del dinero conseguido de este modo se destina a las necesidades del movimiento y el resto se reparte entre los campesinos.

17

Veinticuatro horas después de la escena en la Avenida de Las Américas que acaba con la marcha de los dos Volkswagen (con Karl von Spreti en el interior de uno de ellos), se reúne el gobierno de Guatemala para estudiar el contenido de la pequeña hoja que un enlace de las FAR había entregado al nuncio papal, Girolamo Prigione. La hoja dice que el embajador de la República Federal de Alemania se encuentra en manos de las FAR y que será liberado una vez salgan de la cárcel quince guerrilleros.

Las personas que han puesto esta condición no son unos facinerosos ni unos fanáticos ciegos. Hace bien poco que han llegado a México grupos de combatientes brasileños, dominicanos y, también, guatemaltecos liberados de las cárceles a cambio de diplomáticos secuestrados. He tenido ocasión de hablar con algunos. Lo que llama

poderosamente la atención es la privilegiada inteligencia de estos muchachos, su gran conocimiento de la problemática de sus países, su sano juicio y su sentido común. Sólo alguien muy ingenuo puede aleccionar a estos hombres acerca de lo que es la inmunidad diplomática o intentar convencerles de que la lucha de masas es mejor que el llamado terror individual. ¡Ellos lo saben perfectamente! Emiliano Gómez, uno de los presos canjeados por el agregado militar de los Estados Unidos en Santo Domingo, me contó cómo su partido (Partido del Pueblo Dominicano), que definió como marxista-leninista, trabaja con obreros y campesinos. El propio Gómez es tornero de profesión y en su fábrica existe una red de células clandestinas que se dedican a la labor de instrucción de las masas. En las ideas de estos hombres, resulta difícil hallar extremismos políticos. Lo que los une más allá de toda divergencia es el odio a la tiranía colonial de los Estados Unidos, que definen como «ocupación extranjera apoyada por los Quisling patrios». En los casos de República Dominicana y de Guatemala, tal definición es indiscutible.

¿Por qué, entonces, secuestran a diplomáticos? Se pueden entender sus motivos si se conoce la situación del preso político en América Latina.

A saber:

Alguien que se ha quejado del régimen o ha luchado contra él da con sus huesos en la cárcel.

Esta persona no está acusada de nada.

Como no se le ha formulado ninguna acusación, no se puede celebrar un juicio. Como no hay juicio, tampoco hay sentencia. Por lo tanto, en realidad no hay castigo. Como tampoco hay fiscal, ni defensa, ni apelación, ni amnistía. No hay declaraciones de testigos, ni actas de acusación; no hay nada. El testigo puede convertirse en culpable y el culpable en inocente, aunque eso tampoco, pues ningún tribunal ha presentado cargo alguno. Así, la situación del preso se reduce a esta sencilla fórmula: ¿por qué está en la cárcel? Porque lo han metido allí.

Puede que salga dentro de un año o dentro de diez, pero, también, que no salga nunca. A muchos de esos presos los sueltan cuando se va el presidente que los ha metido entre rejas. Todo presidente tiene a sus presos; el destino de ellos está estrechamente ligado al destino de él. Cuando una nueva figura ocupa el sillón presidencial, nuevos presos llenan las celdas. Por eso, con cada cambio en la cúpula del poder se produce la salida al exilio de cierto número de personas. Se trata de enemigos personales del nuevo mandatario que saben que irían a parar entre rejas. Sin embargo, condiciones tan liberales se dan tan sólo en aquellos países de América Latina donde existe *un mínimo* de democracia; en cambio, allí donde las dictaduras campan a sus anchas el preso tiene pocas esperanzas de recuperar la libertad, y, sobre todo, de seguir con vida.

Es el caso de Guatemala. La persona capturada es sometida a tortura. Si sobrevive, la encierran en la cárcel. Allí le aplican una segunda serie de torturas y llega el epílogo: un cadáver encontrado en una cuneta.

No existe ningún camino legal de defensa ni de salvación del preso. La ley no tiene acceso a él. Su liberación por medio de una acción armada es casi imposible: en Guatemala, las cárceles políticas están ubicadas en el territorio de los cuarteles; vigilan a un preso docenas de soldados armados, amén de tanques y demás artefactos artilleros.

No queda sino una manera: secuestrar a un adversario y canjearlo por el preso. No se trata de acciones casuales; no se secuestra al primero que pasa. El objetivo es elegido tras largas horas de discutir y reflexionar. Se busca lograr la máxima efectividad, y hacerlo de tal manera que no haya víctimas ni pérdidas.

Karl von Spreti no fue secuestrado por azar; no fue una acción tipo: seis muchachos que se han propuesto coger a un embajador. Al contrario: fue una operación largamente planeada. Al decidir llevarla a cabo, la comandancia de las FAR podía tener la *seguridad* de que iba a resultar un éxito, es decir, que el conde volvería a su residencia y, más tarde, a su Baviera natal, y, a cambio, veintidós personas muy valiosas

para el movimiento conservarían la vida. ¿En qué se basaba tal seguridad? En la elección del momento: al día siguiente llegaba a Estados Unidos en visita oficial Willy Brandt. Contaban con que Brandt intercedería ante Nixon a favor de su embajador, que Nixon diría: «Intentaré hacer algo»; que bastaba con una simple llamada telefónica al Departamento de Estado.

Podemos suponer que Brandt trató con Nixon el tema de Von Spreti. Lo que no sabemos es si se produjo aquella llamada. Quizás incluso se produjo, pero sin contundencia. Quizá se limitó a «comprobad», «averiguad» y cosas por el estilo. La comandancia de las FAR esperaba que, en vista de la presencia de Brandt en Washington, la reacción de la Casa Blanca sería firme. Tanto más cuanto que, comparado con la gran política, semejante intervención no costaba nada. Por supuesto que las FAR sabían que el asunto duraría lo suyo. Por lo general, el tiempo del canje se fija en veinticuatro horas, a lo sumo, en cuarenta y ocho. En este caso, esperaron seis días.

Pero Washington había enmudecido.

El secuestro del embajador alemán provocó conmoción en los círculos diplomáticos de la capital guatemalteca. Un sinnúmero de telegramas cruzados en aquellos días atestiguan que los diplomáticos habían empezado a actuar para salvar al conde, que intervenían y presionaban como y donde podían. Por esas mismas fuentes sabemos qué hicieron los embajadores de países como México, Chile y Japón. En ningún telegrama, en cambio, se menciona *una sola palabra* referente al embajador de Estados Unidos.

Todo el mundo sabe quién es el embajador de los Estados Unidos en América Latina: Dios en persona. Habría bastado con una sola llamada suya al Estado Mayor del Ejército: «Amigos, haced el favor de soltar a esos rebeldes vuestros, pues esta noche me gustaría cenar en compañía del conde.»

Pero no se hizo tal llamada.

Mientras tanto, el gobierno de Guatemala deliberaba. El presidente

Méndez incluso se pronunció por la liberación de los guerrilleros: su mandato llegaba a su fin y quería cerrarlo sin sobresaltos. Sólo que la opinión del presidente no contaba. La opinión de Méndez nunca había contado, pero aparte de esto, el día en que fue secuestrado el conde, Guatemala ya tenía —no *de iure*, pero sí *de facto*— nuevo presidente: el coronel Arana. De manera que, en cierto modo, Méndez no existía por partida doble: por tradición y por Arana.

La postura del gobierno la decidía la opinión de la camarilla de coroneles. En la sesión del gabinete, la representaba el ministro de Defensa y comandante en jefe del ejército, coronel Doroteo Reyes, un oficial joven y grueso, de pelo alisado con brillantina. Reyes dijo tres cosas. La primera: que ni hablar de soltar a los presos; la segunda: que si el gobierno, en contra de la voluntad del ejército, los soltaba a cambio de la liberación del conde, el ejército daría un golpe de Estado, y la tercera: que se imponía la declaración del estado de excepción.

En aquel discurso todo era importante, pero lo que más, su tercer punto: el relativo al estado de excepción. De acuerdo con la Constitución de Guatemala, que se observa sólo cuando le conviene al ejército, estado de excepción significa traspaso de todo el poder a los militares. Más aún: ninguna ley limita las acciones del ejército. En una palabra, éste puede hacer lo que le venga en gana. Es como un golpe de Estado, sólo que guardando las apariencias de legalidad. Méndez Montenegro aceptó diligentemente aquella salida que le permitía conservar formalmente el sillón presidencial. Estaba tan agradecido al ejército por tamaño gesto de condescendencia que se olvidó por completo de Karl von Spreti. Al fin y al cabo, Reyes podía haberlo metido en un avión y, sin embargo, no lo hizo; le permitió quedarse.

Y puesto que no había otras enmiendas, se procedió a redactar un comunicado que recogía el espíritu de la intervención del ministro de Defensa. Dicho comunicado, fechado el 2 de abril, refleja a la perfección ese rasgo específico de la política latinoamericana que consiste en intentar por todos los medios guardar *las apariencias* del Estado de derecho cuando *no existe* ningún derecho. En él leemos que

el gobierno no puede liberar a los presos pues tal cosa «constituiría una violación manifiesta de los principios expresados en la Constitución de la República en los cuales se basa la propia existencia del Estado».

«¿Desde cuándo en Guatemala se observa la Constitución?», se pregunta al día siguiente el columnista del rotativo mexicano *El Día* Guzmán Galarza. Toda la prensa mexicana estalla en carcajadas ante una argumentación tan torpe e ingenua.

18

Así las cosas, en la tarde del 4 de abril llega de Bonn Herr Hoppe, director del personal del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Este alto funcionario no entiende nada y se comporta como si hubiese venido a un país normal. En vez de dirigirse inmediatamente al embajador de Estados Unidos —pues el tiempo corre y el plazo del ultimátum se acaba—, el director Hoppe empieza sus gestiones haciendo una visita al Protocolo del ministerio homónimo. Después solicita ser recibido por el presidente, el cual —¡y Hoppe al menos esto debería saberlo!— en ese momento no tiene poder alguno. Por supuesto que Méndez Montenegro lo recibe y mantiene con él una conversación. Qué no daría yo por saber si en el curso de esa conversación no tuvo el presidente de Guatemala la tentación de acercarse al director Hoppe, ponerle la mano en el hombro y decirle:

—Mi querido señor, ¿no entiende usted que yo aquí no pinto nada?

En cualquier caso, la conversación —cosa fácil de adivinar— acabó en nada. Ya era sábado por la tarde: el plazo del ultimátum de las FAR había expirado. En teoría Karl von Spreti ya podía estar muerto. Al director Hoppe tal posibilidad no le cabía en la cabeza. Tenía buena opinión de Guatemala.

En la época de Adenauer, Guatemala fue inscrita en la lista de países privilegiados en lo tocante a recibir ayudas. Desde entonces, Bonn ha

ido pagando casi tres millones de dólares anuales por mantener la dictadura guatemalteca. La República Federal de Alemania es, tras los Estados Unidos, el segundo *partenaire* comercial más importante de Guatemala. Es difícil calcular el valor exacto de sus inversiones en el país, pero es sabido que son notables.

La suma de estos intereses fue decisiva para la postura transigente adoptada por Bonn en el asunto de su embajador. Al fin y al cabo, el gobierno alemán, con Von Spreti todavía vivo, podía haber presentado a Guatemala un ultimátum amenazándola con romper las relaciones diplomáticas y comerciales. Sí, eso habría podido cambiar la suerte del conde: Guatemala no se puede permitir el lujo de perder un mercado como el alemán, que compra la mitad de su café, el producto fundamental para su economía. Sin embargo, nadie presentó tal ultimátum. Más aún: ya muerto Von Spreti, el encargado de negocios de la embajada de la República Federal de Alemania en Guatemala, Gerhard Mikesch, declaró que «la situación creada a raíz del asesinato del embajador no ha perjudicado, ni perjudicará, las buenas relaciones comerciales entre ambos países. El volumen de nuestros negocios es importante. Esperemos que con el tiempo disminuya la tensión creada entre ambos países. El gobierno de la República Federal de Alemania seguirá prestando ayuda técnica al gobierno de Guatemala».

El director Hoppe creyó hasta el final que el asunto del secuestro se iba a solucionar favorablemente. *Der Spiegel* haría público más tarde que hasta el último momento la embajada de la República Federal Alemana en Guatemala envió a Bonn telegramas optimistas augurando la pronta liberación de Von Spreti, «apreciaciones que resultaron fatalmente erróneas. Pocas horas después el conde estaba muerto».

más llegar, se involucró en los tejemanejes de la política interna. Se acercaban las elecciones. La embajada de los Estados Unidos presentó su análisis de la situación: la guerra civil sigue, la guerrilla existe y lucha. En semejantes condiciones es necesario acabar con los figurantes, a los que, además, no soporta el ejército, y hacer presidente a alguien a quien *no le tiemble la mano*.

Y el dedo índice de la embajada se posó en la persona del coronel Arana.

La parte civil de la oligarquía tenía, sin embargo, otros dos candidatos: el abogado Fuentes Pieruccini, apoyado por el partido de Méndez Montenegro, y Lucas Caballeros, favorito de la democracia cristiana. En comparación con sus homologas chilena y venezolana, la democracia cristiana guatemalteca es mucho más pequeña y más de derechas. El propio Lucas Caballeros había sido un ministro de Ydígoras Fuentes y, después, del coronel Peralta. Entre Arana y Lucas sólo hay diferencias tácticas. Lucas opina que hay que introducir algunas reformas —aunque no precisa cuáles—, mientras que Arana considera las reformas una estupidez, una invención de comunistas y liberales.

Igual que en los demás países latinoamericanos, también en Guatemala la rueda de la democracia cristiana la hace girar la República Federal de Alemania. Los democristianos cuentan con el apoyo de la poderosa colonia alemana, la cual era posible que se ganase a una parte del campesinado y de la clase media. Karl von Spreiti esperaba que Lucas Caballeros repetiría el éxito de Eduardo Frei en Chile y de Rafael Caldera en Venezuela. Le ayudó en ello todo lo que pudo.

Semejantes aspiraciones del conde disgustaban profundamente a la embajada estadounidense y al Estado Mayor. En una ciudad tan provinciana como la capital guatemalteca, todo aumenta hasta alcanzar dimensiones gigantescas, por lo que tanto la CIA como la camarilla de coroneles podían creer que el conde era una amenaza a su reinado. Quien quisiera exclamar: ¿Cómo? ¡Si Estados Unidos y Alemania son

aliados!, debería tener presente que la historia de los últimos días de Karl von Spreti transcurre en una pequeña colonia, en un rincón del mundo olvidado por Dios en el que reinan la obsesión y la paranoia, y donde se mira con sospecha incluso a un francés cualquiera sólo porque viene de un país en el cual hubo años atrás una revolución.

Pues sí, aliados, pero sólo hasta el momento en que el menor intenta colarse por la valla que rodea el territorio del aliado mayor. La colonia norteamericana radicada en Guatemala, y que trata a este país como su propiedad, deseaba librarse de las influencias alemanas.

20

Y he aquí que se presenta la ocasión: Karl von Spreti ha sido secuestrado por las FAR. La dirección de las FAR esperaba que se impondría la alta política de prioridad a las buenas relaciones entre Washington y Bonn, pero ganó la política pequeña de la lucha por las influencias en un minúsculo país verde, metido entre dos océanos.

Unos días después de la muerte del conde, Gutiérrez Vertti, reportero del semanario mexicano *Sucesos*, se reúne en un lugar boscoso de México con un hombre próximo a la jerarquía de las FAR para entrevistarlo:⁽³⁾

«—¿Por qué las FAR secuestraron al embajador alemán y no a otro diplomático?

«—Fueron dos las causas de haberse elegido a Von Spreti: la oportunidad política y la aversión por el apoyo que Alemania Occidental presta a la dictadura militar guatemalteca, que se remonta a muchos años. Terminada la Segunda Guerra Mundial miles de nazis alemanes se refugiaron en países latinoamericanos. Un grupo de ellos vino a Guatemala. Eran miembros de la Gestapo. Cuando Castillo Armas, con el apoyo militar de los Estados Unidos, derrocó al gobierno liberal de Árbenz, los viejos esbirros de la Gestapo se pusieron al

servicio de Castillo Armas.

»—E instruyeron a la policía guatemalteca. ¿Cierto?

»—En efecto: la instruyeron tan bien que la policía secreta guatemalteca es la más eficaz de América Latina y el instrumento mejor de la CIA. El gobierno de Bonn era y sigue siendo una protección a la camarilla de coroneles y de hacendados que gobiernan en mi país.

»La oportunidad política era la visita que Willy Brandt hacía a Nixon. Los secuestradores del embajador alemán esperaban que Nixon intervendría para obligar al régimen guatemalteco a que accediera a las condiciones exigidas por las FAR. Pero Nixon, al que le hubiera bastado levantar el dedo, se abstuvo de salvar al embajador.

«—¿Va usted a decir que Nixon es culpable del asesinato de Karl von Spreti?

»—Yo no he dicho eso. Sin embargo, lo cierto es que, si no Nixon, sí personas muy allegadas a él son las culpables.

»—;Qué personas son ésas?

»—Los jefes de la CIA. La CIA ejerce un dominio indiscutible en Guatemala, donde, además de defender los intereses políticos de su país, defiende los de los inversionistas norteamericanos, en primer término la United Fruit. Muchos altos funcionarios guatemaltecos son agentes de la CIA, empezando por el presidente electo, el coronel Arana Osorio. [...] Deseosos de tener todo el control en sus manos, y de acuerdo con la CIA y el Pentágono, los militares postularon a Arana Osorio para presidente.

»—¿Por qué las FAR ultimaron a Von Spreti, cuando en ocasiones anteriores habían sido benévolos?

»—Esa pregunta es muy larga de contestar; sin embargo le diré que la ejecución de Von Spreti se debió a una provocación del gobierno de Méndez Montenegro, mejor dicho, de Arana Osorio y de la CIA. Cuando el nuncio papal, monseñor Girolamo Prigione, negociaba con las FAR, la policía asesinó a dos de los 22 presos políticos que se

pedían a cambio de Von Spreti. Uno de ellos se llamaba Humberto Lemus Girón. Asimismo asesinó, también en prisión, a dos personas que no pertenecían a las FAR, pero que eran simpatizantes de ellas: Espiridión Ramírez y Jaime Estrada.

»—Luego, supone usted que los secuestradores de Von Spreti, irritados por las provocaciones de las autoridades guatemaltecas, lo mataron.

»—La causa principal fue la acción de la CIA y de la policía política. Todos los teléfonos estaban intervenidos. En término de segundos, la policía podía llegar a donde un enlace de las FAR estuviera telefoneando a monseñor Prigione. La CIA estaba decidida a capturar a un enlace para descubrir el lugar donde se hallaba Von Spreti. Descubierta el lugar, hubiera sido inevitable el tiroteo entre los rebeldes y la policía, y también inevitable la muerte del embajador. Las FAR se percataron de la maniobra y liquidaron a Von Spreti, porque *no tenían otra solución*.

»—¿Qué finalidad podía perseguir la CIA?

»—Mire, la CIA tiene muchas finalidades. Una de ellas es conseguir que se desvirtúe el derecho de asilo político. Otra es desprestigiar a los movimientos revolucionarios en América Latina. Otra más, facilitar, con el pretexto de defender la seguridad de los diplomáticos, la creación de una policía interamericana, sueño acariciado por los gobernantes yanquis desde hace mucho tiempo.»

21

El sábado, desde la primera hora de la mañana, la capital de Guatemala rebosaba en patrullas de la policía y del ejército. Todo el aparato de represión —treinta mil hombres— se había puesto en marcha. Las patrullas registraban todos los coches y —calle tras calle— todas las casas. Alrededor del lugar donde Karl von Spreti y un grupo

de guerrilleros llevaban cinco días esperando una respuesta de Washington y Bonn, de Méndez Montenegro, de la embajada estadounidense y de Arana Osorio, se estrechaba el cerco de los soldados y los policías.

Monseñor Girolamo Prigione deambulaba por los pasillos del Estado Mayor en busca del censor que debía aprobar el texto del llamamiento del nuncio implorando un día más de gracia. «Tuve la impresión», diría más tarde, «de que el gobierno quería cerrar todas las puertas.»

La puerta de la embajada estadounidense permanecía cerrada y vigilada por varios centinelas. En las pantallas de televisión, una modelo se metía en la ducha para mostrar cuánta espuma maravillosa hacía el jabón Universal. La espuma se disolvió y en las pantallas apareció el rostro cansado del nuncio, que leyó el aprobado texto del llamamiento implorando un día más de gracia. El encargado de negocios, Gerhard Mikesch, redactaba su telegrama optimista, porque creía en la democracia americana y en la fuerza de la letra de la ley. En las calles aullaban las sirenas de los coches policiales. Los detenidos estaban junto a los muros, con las manos en alto.

Ladraban los perros y, aquí y allá, se oían tiroteos. Pero todavía no era *aquel disparo*.

22

El domingo, a las dos y cuarto de la tarde, en el despacho del nuncio sonó el teléfono. El nuncio oyó: «Sólo nos quedan quince minutos...», y la voz se extinguió.

Cuatro horas más tarde, a las seis y cuarto, en el cuartel de bomberos voluntarios sonó el teléfono. El bombero de guardia cogió el auricular. Una voz desconocida le informó del lugar donde se encontraba el cadáver de Karl von Spreti.

El conde yacía en una casucha de barro abandonada, en las cercanías del pueblo de San Pedro de Ayampuc, a diecisiete kilómetros de la capital.

Había muerto de un tiro en la cabeza.

En la mano tenía las gafas, que debía de haberse quitado antes de morir, quién sabe por qué.

GUEVARA Y ALLENDE

En el curso de un encuentro con los lectores, alguien del público me pide que compare la figura de Allende con la del Che Guevara y diga cuál de los dos tenía razón.

La pregunta encierra la opinión de que sólo uno de ellos podía tener razón, y el público espera a que yo escoja entre los caminos elegidos por Ernesto Guevara y por Salvador Allende.

En un determinado momento de su vida, Guevara abandona el despacho de ministro y su mesa de trabajo para marcharse a Bolivia, donde organiza un destacamento de guerrilla. Muere siendo el comandante de ese destacamento.

Allende, al contrario, muere defendiendo su mesa de trabajo, su despacho de presidente, del cual sólo lo sacarían —como siempre había dicho— «en un traje de madera».

Aparentemente, pues, se trata de dos muertes muy diferentes, pero en realidad esa diferencia no estriba más que en el lugar, el tiempo y las circunstancias. Tanto Allende como Guevara sacrifican su vida por el poder del pueblo. El primero defendiéndolo, el segundo luchando por conseguirlo. La mesa de Allende sólo es un símbolo, al igual que lo son las botas de campesino que calza Guevara.

Hasta el último momento los dos están convencidos de haber elegido el más justo y acertado de los caminos. Para Guevara, es el de la acción armada. Y se sabe que ésta no puede saldarse sin víctimas. Para Allende, es el camino de la lucha política. El quiere evitar víctimas cueste lo que cueste.

Los dos eran médicos. Guevara, cirujano; Allende, internista.

¿Influyó tal cosa en sus actitudes? Al elegir una profesión, la persona se guía por una serie de motivos psicológicos. Indudablemente, pero ¿también fue así en este caso? No lo sé. Los tiros que acaban con la vida de Guevara y de Allende no se disparan desde un escondite. Los dos aceptan su muerte conscientemente, a sabiendas de que llega. Cada uno de ellos puede salvarse, tiene su oportunidad, tiene tiempo. Entre la captura de Guevara herido y su ejecución transcurren veinte horas. El coronel Zenteno le promete que conservará la vida si consiente en comparecer ante un tribunal como acusado. Guevara rechaza la propuesta. Maniatado, permanece sentado en el suelo de tierra de la escuela rural de Higuera y calla, se niega a hablar. Le duele el muslo abierto por el balazo, le duelen los forúnculos, le asfixia el asma. Quizá ni siquiera se da cuenta del momento en que en la ventana aparece un sargento que aprieta el gatillo de su metralleta.

Allende dispone de ocho horas. Por la mañana se entera de que hay un avión esperándolo, que puede ir donde quiera, a condición de que dimita, de que abandone su puesto. Pero no lo hará. Todavía ayer era un señor mayor, de rostro cansado y preocupado, ya grave, ya bonachón, vestido siempre con sofisticada elegancia. Hoy rebosa en nuevas energías, en una fuerza y una vitalidad que asombra a todo el mundo: dispara, dicta órdenes, lidera su última batalla. Pasan las horas. A su alrededor hay muertos y heridos. También él está herido. Pero el pulso sigue firme, la metralleta no falla la diana. El ejército irrumpió en el Palacio. En uno de los salones, en medio del humo, el polvo y el olor a quemado, seguirá disparando hasta el final un hombre bajo, aunque robusto, cumplidos con creces los sesenta, con casco de minero y jersey de cuello alto: el presidente de la república.

En la manera en que mueren Guevara y Allende hay una implacable determinación, una inexorabilidad conscientemente escogida, una tremenda dignidad. En esas últimas horas, todo lo que podría llevar a la salvación queda rechazado: regateos, tejemanejes, compromisos, rendición o huida. El camino, ya despejado y recto, no lleva sino a la muerte.

Tanto una como otra, sus muertes son un lance de honor, un desafío. Un deseo de manifestar públicamente la justicia de sus convicciones y una disposición, más allá de toda vacilación, a pagar por ellas el máximo precio. Me veo obligado a irme, pero no me voy del todo, no por completo, no para siempre. Se tienen que ir: esto lo saben los dos, llevan tiempo preparándose para ello. Guevara se despide de Fidel, de sus padres y de sus hijos en unas cartas escritas meses atrás. Allende empieza su último y trágico día despidiéndose de sus hijas y, en un discurso radiado, del pueblo. A partir de entonces los dos se quedarán a solas con el destino, rodeados por un puñado de hombres que los seguirán hasta el final. Seguir hasta el final: ésta será la idea que los acompañará durante el resto de las horas que les quedan. Hasta el final actúan, no tienen tiempo, están ocupados en sus cometidos.

Los dos caen en plena marcha.

Sus muertes: tan parecidas; sus vidas: tan diferentes. Dos personalidades antitéticas, dos temperamentos diametralmente opuestos.

Siendo un muchacho, Guevara viaja por el Amazonas en una balsa, quiere atravesar toda América Latina en bicicleta. Va a Bolivia por mor de una revolución, va a Guatemala por mor de una revolución, finalmente llega a México, que, tiempo atrás, también había sido escenario de una revolución. Allí conoce a Fidel Castro y juntos organizan el desembarco guerrillero en Cuba. Al alcanzar la costa caen en una emboscada. Es el 2 de diciembre de 1956. De los ochenta y dos milicianos sólo una docena queda con vida. Ni siquiera todos van armados con un fusil. Guevara está herido. Y aquella docena de hombres empieza la mayor epopeya de la historia reciente de América Latina.

La naturaleza inquieta de Guevara no para de empujarlo hacia delante, pero la suya es una inquietud dirigida, su energía se concentra en la causa revolucionaria.

Toda su vida es una constante búsqueda de un campo de batalla.

Nacido en 1928, muere a los treinta y nueve años. Pertenece a esa generación de jóvenes latinoamericanos que, tras levantarse en armas, en los años cincuenta se alzan con su primera y maravillosa victoria. A partir de ella se creerán que la historia enseña, y siempre, se pone del lado de las causas más nobles. Muchos han pagado por esa fe con sus propias vidas. Estaban convencidos de que las masas no hacían sino esperar una señal, de que el barril estaba lleno de pólvora y de que bastaba con una sola chispa. Y, según ellos, esa chispa no era otra cosa que un destacamento de guerrilleros entregados a la causa, dispuestos a todo. Poco a poco se les unirían voluntarios y el destacamento se convertiría en un ejército popular que tomaría el poder y haría la revolución.

Guevara crea un destacamento así en Bolivia y empieza a combatir. Espera la llegada de voluntarios, sobre todo campesinos. Pero los campesinos no se le unen, desconfían de él, más tarde colaborarán con el ejército. Un campesino apellidado Rojas denuncia, condenándolos a la muerte, a trece hombres del destacamento de Guevara. El oficial del ejército le paga por ello cinco dólares, a los que añade una barra de chocolate. En su *Diario*, Guevara menciona a cada momento lo difícil que le resulta entenderse con los campesinos. Pero no es de extrañar. El proviene de una familia burguesa argentina, es blanco y habla en español. En cambio el campesino al que espera es indio, sólo habla quechua y desconfía de los blancos, que lo han explotado durante siglos. Ese campesino de la desértica y olvidada provincia boliviana —que está tan alejada de la civilización moderna como la luna de la Tierra— no quiere luchar contra la corrupta dictadura del presidente Barrientos, porque ha oído decir que hace algún tiempo dicho presidente se presentó en una aldea y regaló a todo el mundo un par de zapatos. Los zapatos son el gran sueño de los campesinos. ¿Qué les pueden ofrecer los guerrilleros?

Además, los guerrilleros han llegado de la ciudad o de otros países. En cambio los soldados que los combaten son chicos de las aldeas vecinas. Indios que hablan quechua. Cierto que los oficiales son

hombres blancos y han recibido instrucción en academias norteamericanas. Pero el *ranger* raso es hijo de campesino, nacido y criado en sus mismos pagos. En ese territorio desértico, yermo y pedregoso en el que los guerrilleros se pierden a cada momento y nunca están seguros de si van en la buena dirección, los soldados se sienten como el pez en el agua. Conocen cada piedra, cada quebrada. Allí habían jugado de niños, por aquel sendero iban a buscar agua.

Alrededor del destacamento de Guevara se estrecha el cerco de la muerte. Hambrientos y exhaustos, los hombres libran una batalla desigual en la que quedan derrotados. Es soleado y muy caluroso el último día del Che.

La vida de Salvador Allende discurre por otra vía. Aunque también entregada a la causa, es una vida ordenada, regular, sin sacudidas. A sus veintinueve años, Ernesto Guevara lidera el frente guerrillero en Sierra Maestra, tiene el brazo en cabestrillo y ha burlado la muerte en más de una ocasión. A sus veintinueve años, Salvador Allende se convierte en diputado al Parlamento y los amigos le auguran una carrera vertiginosa. Tiene treinta y un años cuando se hace cargo de la cartera de ministro de la Salud en el gobierno del radical Aguirre Cerda. Ingresa en una logia masónica. Funda el partido socialista. En 1945 es senador. Cuatro veces es candidato a la presidencia de la república: en 1953, 1958, 1964 y 1970. En veinte años es el único candidato de la izquierda a este cargo. Toda la vida de Allende transcurre en Santiago, en el Parlamento, o en las provincias chilenas, adonde lo llevan sus largas campañas electorales. El Parlamento de Chile: un edificio gris y feo, situado en el centro de la ciudad, calle de la Catedral. Aquí tiene Allende su despacho de senador. Estanterías desde el suelo hasta el techo, y en ellas, docenas de volúmenes de leyes y enmiendas a esas leyes, mil veces estudiadas, corregidas y aumentadas. En este edificio, Allende trabaja y lucha treinta y tres años, primero como diputado, después como senador. El edificio forma su mentalidad legalista, su perfecto dominio del derecho, de la constitución, de la ley. De todos modos, la izquierda chilena siempre

ha sido una acérrima defensora de la Constitución y del Parlamento burgueses. Sólo aparentemente es una paradoja. La Constitución y el Parlamento garantizaban a la izquierda la libertad de actuar dentro de la legalidad, le brindaban la posibilidad de llevar su lucha política abiertamente. En 1969, durante el mandato del presidente Frei, el general Roberto Viaux quiso dar un golpe de Estado y clausurar el Parlamento. Fue precisamente la izquierda la que lo salvó, la que salvó ese mismo Parlamento que durante el mandato presidencial de Allende se convertirá en el principal centro de oposición, provocación y sedición. Pero Allende, que durante toda su vida ha construido la autoridad del Parlamento, una vez jurado el cargo de presidente, no lo disolverá aun a precio de perder el poder y la vida.

A menudo se oye la pregunta de por qué Allende no armó al pueblo y no empezó una guerra civil.

Distribuir armas a gran escala era imposible, porque en Chile el servicio de espionaje interno está en manos del ejército, el cual se habría enterado enseguida de cualquier traslado de partidas de armamento, de la formación de destacamentos populares, de su instrucción, etcétera. Tal cosa sólo habría acelerado el golpe. Además, Allende sabía que se trataba de un ejército moderno, con enorme potencia de fuego y que llamar a luchar contra semejante fuerza a un pueblo mal armado habría supuesto cientos de miles de víctimas, el derramamiento de sangre de la mitad de la nación.

En su rechazo a la guerra civil Allende también se guía por un importante principio moral. Cuando tomaba posesión de su cargo, él, el primer presidente popular de Chile, juró respetar la constitución. Y la constitución obliga al presidente a hacer todo lo posible para evitar el estallido de una guerra civil.

Allende desea preservar la honestidad ética.

De la misma manera se comporta Guevara.

Su destacamento no para de capturar prisioneros, soldados rasos y oficiales, a los que suelta enseguida. Desde el punto de vista militar,

comete un grave error: los prisioneros no tardan en informar del lugar en que se encuentra el destacamento, del número de sus miembros y de su armamento. Pero Guevara no fusila a ninguno. «Estáis libres», les dice; «nosotros, los revolucionarios, somos personas moralmente honestas, no vamos a ensañarnos con un adversario desarmado.»

Este principio de honestidad moral es un rasgo característico de la izquierda latinoamericana. También es causa de sus frecuentes derrotas en la política y en la lucha. Pero hay que intentar entender su situación. Todo joven latinoamericano crece rodeado de un mundo corrupto. Es el mundo de una política hecha por y para el dinero, de la demagogia desenfrenada, del asesinato y el terror policial, de una plutocracia implacable y derrochadora, de una burguesía ávida de todo, de explotadores cínicos, de arribistas vacuos y depravados, de muchachas empujadas a cambiar fácilmente de hombre. El joven revolucionario rechaza ese mundo, desea destruirlo, y antes de que sea capaz de hacerlo, quiere contraponerle un mundo diferente, puro y honrado, quiere contraponerle a sí mismo.

En la rebeldía de la izquierda latinoamericana siempre está presente ese factor de purificación moral, un sentimiento de superioridad ética, una preocupación por mantener esa superioridad frente al adversario. Perderé, me matarán, pero jamás nadie podrá decir de mí que he roto las reglas del juego, que he traicionado, que he fallado, que tenía las manos sucias.

Tanto Guevara como Allende son los mejores exponentes de esta actitud, que es toda una escuela de pensamiento. La pregunta importante es: ¿su trayectoria revela un intento consciente de crear un modelo para generaciones futuras que tal vez vivirán en ese mundo por el que ellos luchan y mueren?

¿Acaso se puede responder a la pregunta de cuál de ellos tenía razón? La tenían los dos. Actuaron en circunstancias diferentes, pero el objetivo de sus actuaciones era el mismo. ¿Cometieron errores? Eran seres humanos, ésta es la respuesta. Los dos han escrito el primer capítulo de la historia revolucionaria de América Latina, de esa historia

que apenas está en sus inicios y de la que no sabemos cómo evolucionará.

III

EL PRIMER DISPARO POR MOZAMBIQUE

Y he aquí que el 20 de septiembre de 1974 Joaquim Chissano se convierte en el primer ministro de Mozambique.

Un recuerdo: Estamos juntos en un bar, ensordecidos por las síncopas de melodías africanas. Hay tanto ruido que es imposible hablar hasta que, finalmente, Mondlane se dirige a Chissano pidiéndole: «Joaquim, por favor, haz que se calle la música.» Se refiere al viejo gramófono del señor Subotnik.

Corre el año 1962. Bajo la cálida ala de la noche tropical duerme Dar es-Salam. Junto a la calle principal, Independence Avenue, se levanta el grande, maltrecho y depauperado Hotel Arusha. La planta baja está ocupada por tiendas hindúes: ropa, telas importadas de Bombay y Hong-Kong, aparatos de radio Philips y de otras marcas, una gran variedad de recuerdos de Tanzania baratos, una librería de novelas policíacas (las nuevas se venden por ejemplares; las viejas, a peso). Toda la planta superior está ocupada por el conocido *night club* Aquarium. Su dueño, el señor Subotnik, oriundo de Lódz, trae bailarinas de striptease de todo el mundo. La entrada vale el doble cuando la chica es blanca. La única excepción es Suzi, una belleza de las Seychelles, por la cual también hay que pagar el doble. Encima del *night club* se levantan seis plantas de suciedad y habitaciones baratas. La escalera huele a sudor, agua de colonia, cerveza fermentada y otra

cosa que más vale no averiguar qué es. Y arriba del todo está el bar Uhuru, abierto las veinticuatro horas. Desde allí se extiende una vista sobre los tejados del barrio africano, el puerto iluminado y, un poco más allá, el océano Indico.

En el bar ruge un gramófono viejo; un mecanismo de muelles acciona un enorme tubo giratorio pintado de verde. Al señor Subotnik no le gusta gastar dinero y se niega a comprar una gramola moderna («Los negros pueden bailar al son de cualquier cosa; dele con un palo a un trozo de hojalata y también van a brincar»).

Sin embargo, rara vez baila alguien. En el bar se reúnen los dirigentes de la revolución africana. Se puede encontrar aquí a visitantes de todas las colonias. De Namibia, de Rodesia, de Niassa, de Basuto... En esta mesa se sientan dirigentes de Sudáfrica. Sudáfrica: un hueso duro de roer. Un poco más allá, en otra mesa, conferencian dirigentes de Botsuana. Hay visos de que dentro de cinco o seis años podrán ser independientes. Hay que esperar, el tiempo trabaja a su favor. Y he aquí que, de repente, unos hombres que estaban sentados en mesas contiguas saltan de las sillas para fundirse en un fraternal abrazo: son líderes de dos partidos de Suazilandia que, después de un largo período de desavenencias, se han entendido y decidido unirse.

Al fondo de la sala se sientan combatientes de Mozambique. Les cuesta hablar a causa del desenfrenado gramófono que se desgañita a su lado, y por eso Mondlane se dirige a un joven de complexión delgada y que apenas acaba de cumplir los veinte, diciéndole: «Joaquim, por favor, haz que se calle la música.»

Joaquim se levanta y, pese a las protestas de los ya unidos líderes de Suazilandia, apaga el gramófono del señor Subotnik. Ahora, por fin, se puede hablar.

Así los recuerdo, en aquel bar y en aquella noche: a Joaquim Chissano, que sería primer ministro, y a Eduardo Mondlane, que habría sido presidente si no hubiera sido asesinado.

En 1962 la mitad de los países africanos ya es independiente; tiene

sus gobiernos, sus himnos y banderas, sus representantes en la ONU, sus primeros golpes de Estado, su deuda exterior y sus planes de futuro. Pero cuanto más al sur del continente, tanto más difícil se presenta el asunto de la independencia. Los colonos blancos andan con un arma en la mano. La República de Sudáfrica compra tanques y aviones. Portugal manda tropas a Angola y a Mozambique.

¿Cómo liberar Mozambique? El objetivo parece inalcanzable. El territorio del país, ocho veces más grande que el de Polonia, está habitado por ocho millones de personas. La mayoría en el sur, mejor desarrollado; el norte es pobre y está poco poblado. Mozambique es un país de mujeres, niños y ancianos. A los hombres jóvenes y fuertes las autoridades los envían a Sudáfrica y a Rodesia, a trabajar. La República de Sudáfrica paga al gobierno de Portugal por cada obrero enviado desde Mozambique. El papel del país dentro del sistema colonial portugués no ha cambiado en cinco siglos: la colonia siempre ha sido una gran exportadora de mano de obra. Primero se llevaban de allí a esclavos, que crearían el poderío feudal del Brasil y la riqueza de Cuba y Santo Domingo. Más tarde, como obreros contratados por la fuerza, los mozambiqueños han trabajado en la minería sudafricana. Desde hace quinientos años, Mozambique está siendo despojado de sus mejores trabajadores, de su juventud. Es un país con la columna vertebral rota, saqueado y devastado a lo largo de siglos.

Por añadidura, está rodeado por otras colonias. Sólo por el norte limita con el primer país independiente de África oriental: Tanzania. En la capital de Tanzania, Dar es-Salaam, en tres puntos de la ciudad tienen sus sedes tres partidos de liberación nacional de Mozambique. Una de ellas: una pequeña habitación encima de una tienda hindú. Dentro, una mesa, varias sillas y el suelo enterrado bajo montañas de papel. Detrás de la mesa está sentado el presidente o el secretario general. A veces la sede permanece vacía, cerrada con llave. E incluso cuando está el presidente, se pasa los días a solas con las cuatro paredes. ¿Dónde está el partido? No se sabe. Dice que en Mozambique, pero ¿cómo comprobarlo? Tres partidos: mal asunto. Quiere decir tres

presidentes, tres objetivos y una riña. Voy de sede en sede preguntando por la situación en el frente.

Una pregunta incómoda, ingenua.

A decir verdad, es difícil contestarla. Oh, tenga, es nuestra última proclama. Tal vez le sirva.

No las tengo todas: soy el corresponsal de la Agencia de Prensa Polaca en Dar es-Salaam y debo escribir sobre la lucha mozambiqueña por la independencia, debo dar partes de un frente que no existe. En lugar de ello, hago resúmenes de proclamas y los envío a Varsovia.

Mondlane había empezado mal. Llegó a Dar es-Salaam en mitad del caluroso verano de 1962 y lo primero que hizo fue convocar una conferencia de prensa. En aquel pequeño mundo en que nos conocíamos todos, a él no lo conocía nadie. Ante nosotros se plantó un hombre de unos cuarenta años, de complexión maciza, muy negro, de nariz chata de boxeador y labios carnosos, calvo. Anunció que había venido para unir el movimiento y empezar la lucha armada.

—Ha vencido Cuba —dijo—, ha vencido Argelia, también vencerá Mozambique.

—Un agente —me susurró uno de los periodistas mientras señalaba a Mondlane con la cabeza.

—¿Por qué? —le pregunté, aunque a mí también me había pasado por la mente que tal vez lo fuera.

—¿Oyes cómo habla?

Mondlane hablaba un inglés con fuerte acento norteamericano. El mismo había reconocido que venía de Estados Unidos, donde había trabajado diez años, en Harvard. ¿Cómo se podía saber quién era? Por la ciudad deambulaban muchísimos individuos de lo más sospechosos. ¿Cómo aclararse? ¿A quién creer? Todos tenían la piel negra, todos afirmaban ser combatientes.

Mondlane, mientras tanto, se puso enérgicamente manos a la obra.

Recorrió todas las rutas por las que andaban los combatientes que habían acudido a la ciudad. Ese dinamismo suyo también despertaba sospechas entre la población local. La gente de África oriental lleva una vida tranquilamente provinciana, y si aparece alguien con fuego en el pecho se le considera un extraño y se desconfía de él. No sé cómo lo consiguió, pero lo cierto es que en tres meses Mondlane unió el movimiento y lo dotó de un partido: el Frente de Libertação de Moçambique, FRELIMO. Por lo visto convenció a unos, prometió quién sabe qué a otros, y a los de más allá, sencillamente, los sobornaría. En aquella época, los combatientes africanos vivían en la miseria, y los mozambiqueños estaban en el fondo de aquella miseria. Se los reconocía fácilmente por sus paupérrimas camisas y sus zapatillas rotas. Siempre estaban hambrientos. Dios nos librase de invitarlos a una cerveza porque, débiles y agotados, se emborrachaban con una sola jarra. Dormían donde podían, por lo general en casuchas de barro por las que no solían pagar.

Mondlane les prometió que les daría de comer y que los vestiría. Hizo visitas al gobierno y a las embajadas en busca de ayuda. La unificación del movimiento le dio prestigio. Un movimiento que se divide en varios partidos no es respetado en África. Y ahora había un solo FRELIMO y un solo Mondlane. Además, era el único miembro del movimiento que sabía hacerse entender perfectamente en inglés. Podía explicar qué objetivos perseguían. La mayoría de los mozambiqueños no hablaba ninguna lengua europea; se dirigían a nosotros, pero nosotros no los entendíamos.

El segundo de Mondlane, el vicepresidente del FRELIMO, era Uria Simango, pastor protestante de Beira. Menudo y delgado, tenía la costumbre de pellizcarse nerviosamente la perilla. Pronunciaba hermosos discursos, hablaba sabia y ardientemente.

Resultó ser un traidor. Durante los recientes disturbios en Mozambique se puso del lado de los ultras blancos. La envidia y una ambición enfermiza e insatisfecha lo empujaron hacia el bando del adversario. Con una mentalidad de conspirador y provocador, siempre

se había rodeado de individuos sumamente sospechosos.

En septiembre de aquel año de 1962 se celebró en Dar es-Salaam el primer congreso del FRELIMO. En medio del barrio africano de la ciudad se levantaba Karimjee Hall, una gran nave de destino incierto. Fue ella la que albergó el congreso. Nunca había visto yo semejante evento. El congreso se prolongó durante una tarde y no tuvo un comienzo ni un final perceptibles. Nadie lo había inaugurado ni clausurado. A las sesiones podía asistir quien quisiera. Acudieron enjambres de críos. Mujeres con niños de pecho se sentaban en la primera fila, desde donde tenían la mejor vista de la tarima. Sin embargo, no pasaba nada. Junto a las paredes, las comerciantes del barrio vendían maíz hervido, mandioca, huevos y tomates. En el pasillo central, un árabe ciego había desplegado una alfombrilla sobre la que se inclinaba en profundas prosternaciones. Un chiquillo hacía pipí en un rincón mientras una niña de su misma edad lo observaba con suma atención. Pensé que aquello no podía ser el congreso, que me había equivocado de dirección. En la sala no había ningún cartel, ninguna pancarta, ningún retrato, nada.

Finalmente me dirigí a un hombre preguntándole:

—¿FRELIMO?

Se le puso la cara radiante, levantó los brazos y, en un gesto de victoria, exclamó, eufórico:

—¡FRELIMO! ¡FRELIMO!

Así que seguí esperando.

Finalmente apareció Mondlane, solo, por cierto. Subió a la tarima y empezó a pronunciar un discurso. Su parlamento no suscitó gran interés. Dudo que en la sala hubiera muchas personas que lo conociesen. Además hablaba en inglés, o sea, en una lengua incomprensible para aquel público.

Después del discurso, que fue breve, leyó el texto de la resolución y se marchó. La gente se quedó esperando una continuación, pero no

hubo ninguna. Salí detrás de Mondlane y lo alcancé en la calle. Estaba contento de contar con la resolución del congreso. La resolución, dijo, fijaba dos objetivos paralelos. El primero: luchar arma en mano; el segundo: aprender a leer y escribir. Nuestros hombres, prosiguió, irán a Mozambique con un fusil al hombro y una pizarra en la espalda. Allí, en nuestro país, llevamos un retraso de quinientos años en todo.

Sorteando a los transeúntes, caminábamos por las arenosas callejuelas de Dar es-Salaam, entre hileras de casuchas de barro. No se lo quise decir, pero en aquel momento no creía que pudiesen ganar. Que algún día sí, que acabarían ganando, en eso sí creía. Pero no entonces, no en vida de ninguno de los dos, que caminábamos juntos por el barrio africano.

Pensaba en todos los puntos débiles del movimiento, en su falta de cuadros, de armas, de dinero y de experiencia; en aquel congreso que recordaba un variopinto montón de gente reunida por azar, y al mismo tiempo pensaba en el poderío de la OTAN, en la dictadura de la PIDE, en la fuerza del ejército portugués, en la vecindad de la República de Sudáfrica y en otros cien obstáculos in-sal-va-bles. De ahí mis dudas acerca del resultado.

Pero Mondlane pensaba mejor, porque su pensamiento no se dispersaba en mil direcciones. El actuaba de esa única manera que en política puede garantizar el éxito: pensar en una sola cosa. En este caso, en el fusil y la pizarra.

Por eso él tenía razón y yo estaba equivocado.

Un buen día de 1963, Mondlane me llamó por teléfono para decirme que me llevaría a Bagamoyo. Bagamoyo es una aldea bastante grande, situada al borde del océano, no muy lejos de Dar es-Salaam, y rodeada por los palmerales más bellos de cuantos se pueden ver en el mundo. Hace tiempo, fue un famoso puerto de trata de negros. De allí había zarpado con rumbo al continente americano quizá un millón de esclavos. Lo describió Sienkiewicz, que había llegado hasta allí en el curso de su periplo africano. Ahora, en las proximidades de la aldea,

unos viejos cuarteles, herencia de los alemanes (varios barracones, un pozo y una plaza de armas), albergaban el primer campamento de instrucción para los guerrilleros del FRELIMO. Se ejercitaban allí unos ciento cincuenta jóvenes de edades comprendidas entre los dieciséis y los veinte años. Los mayores enseguida recibían el grado de oficial, pero eran pocos. Al principio tenían unos fusiles recortados en madera; sólo una semana atrás había llegado algún armamento. Las armas de verdad las recibieron los mejores: toda una distinción. Ninguno tenía uniforme. Todos llevaban una camisa y un pantalón corto, e iban descalzos.

Eso de ir descalzo no era ninguna casualidad: así lo recogía la instrucción. En las provincias norteñas de Mozambique, donde los guerrilleros se disponían a empezar su contienda, todos los negros andaban descalzos. Sólo el ejército portugués tenía botas. Y todas ellas lucían el mismo dibujo en las suelas. De manera que, para evitar que el ejército les pudiese seguir el rastro, los guerrilleros mozambiqueños tuvieron que renunciar a pisar su tierra calzados.

El día en que fuimos a Bagamoyo tenía allí lugar la primera clase de tiro. Fue solemne. Los muchachos estaban tumbados en un terraplén de arena con las armas dirigidas hacia el océano. No se trataba de tirar a ningún blanco ni de hacer diana, sino tan sólo de familiarizarse con el arma. Mondlane dijo al chico que estaba más cerca de nosotros y que empuñaba un viejo máuser:

—Tú serás el primero. Vas a lanzar el primer disparo por Mozambique.

Y el muchacho disparó. Y todos le aplaudimos. De los árboles levantaron el vuelo unos buitres, asustados y ofendidos. Después empezó un frenético y desquiciado desbarajuste que se prolongó durante una hora: todos querían disparar a discreción, extasiarse con el ruido metálico de las armas, embriagarse con el olor a pólvora.

Pero aún transcurriría un año antes de su primera escaramuza. Uno de los hombres que participó en ella se llamaba Alberto Joaquim

Chipande. En 1963 vivía en Cabo Delgado, una provincia al norte de Mozambique.

En aquella época había muchas detenciones, en todas partes se veía agentes de la PIDE. Mucha gente murió en las cárceles, otros volvieron con la salud destrozada. Teníamos un compañero que trabajaba en una oficina portuguesa de Mueda. Nos hizo llegar una lista con personas que iban a detener. El 13 de febrero vinieron a buscarnos de madrugada. Pero ni yo ni Lourenço Raimundo dormíamos en casa. Llevábamos una semana ocultándonos en la selva, y cuando llegó la noche echamos a andar en dirección a Tanzania. Caminamos desde el 13 hasta el 18, y, en plena noche, atravesamos el fronterizo río Rovuma.

Llegamos hasta Lindi, donde dimos con un representante del FRELIMO. Le contamos lo que había pasado. En aquella época había allí muchos refugiados huidos de la represión portuguesa. Mantuvimos una reunión en la que se decidió que algunos debían regresar a Mozambique porque nuestro deber consistía en movilizar a la gente, que sin nosotros la gente carecía de liderazgo. Decidimos que los más jóvenes, que habían ido a la escuela, debían ir a Dar es-Salaam para recibir más instrucción, y los mayores, volver a Mozambique para movilizar a la gente.

En Dar es-Salaam nuestros líderes nos preguntaron qué queríamos hacer. Contestamos que queríamos ingresar en el ejército. Nos preguntaron si queríamos estudiar. Contestamos que no, que queríamos luchar. Nuestros líderes se dirigieron a aquellos países que podían ayudarnos y la primera en responder fue Argelia. En junio de 1963 volamos a Argelia, donde recibimos instrucción hasta la primavera de 1964. El 4 de junio, veinticuatro de nosotros fuimos convocados a comparecer ante el presidente del FRELIMO, quien nos dijo que habíamos sido elegidos para llevar a cabo una acción armada. Al día siguiente fuimos a la frontera entre Tanzania y Mozambique. El 15 de agosto un representante del FRELIMO no dio la orden de cruzarla.

Cruzamos la frontera y, ya en territorio mozambiqueño, nos esperaban las armas destinadas a nuestro destacamento: seis metralletas francesas, cinco thompsons, siete fusiles ingleses, doce pistolas y cinco cajas de granadas de mano, doce en cada una. Recogimos todo aquello y echamos a andar en dirección sur, teniendo presente que no debíamos salir de la selva ni entrar en batalla antes de recibir la orden expresa de nuestros comandantes.

Teníamos una orden general de no atacar a los civiles portugueses, no golpear a los prisioneros, no robar y pagar por todo lo que comiésemos.

En total éramos tres destacamentos. El mío tenía la orden de avanzar hacia Porto Amélia. El segundo, con Antonio Saido al frente, marchaba hacia Montepuez, y el tercero, de Raimundo, en dirección a Mueda.

Era difícil avanzar, porque el enemigo, durante las veinticuatro horas, controlaba las carreteras e incluso los senderos a través de la selva. En un lugar nos tuvimos que quedar agazapados cuatro días, hasta que el adversario abandonara la zona, y sólo entonces pudimos reemprender la marcha. No teníamos comida. Y tuvimos que quitarnos las botas para no dejar huellas, a fin de que los portugueses no pudiesen seguirnos la pista. Así que caminamos descalzos.

Una vez nos vimos en medio de un territorio tomado por unos saqueadores. Eran antiguos militantes de MANU y de UDENAMO [pequeños partidos africanos que existían antes del unificado FRELIMO. R. K.] que se habían negado a ingresar en el FRELIMO. Esa gente simplemente se había convertido en una partida de bandidos. Habían matado a un misionero holandés. Nosotros nos encontrábamos a cinco kilómetros del lugar del suceso. A causa de aquel asesinato había muchos soldados portugueses en la zona. Decidimos arriesgarnos. Entablamos contacto con la vecina misión holandesa y les explicamos lo que realmente había ocurrido y les dijimos que el FRELIMO era un movimiento guerrillero decente, que repudiaba métodos como el de asesinar a misioneros. Aquello nos resultó de gran ayuda, pues los holandeses convencieron a los portugueses de que el

asesinato había sido cometido por los bandidos y de que el ejército no debía tomar represalias matando a unos honrados guerrilleros.

Después enfilamos en dirección a Macomia. Pero no pudimos desde allí llegar a Porto Amélia porque los portugueses habían cerrado los caminos y llamado a la población local a luchar contra los bandidos. Estos saqueaban las tiendas de los hindúes, y los portugueses dijeron que nosotros éramos de la misma ralea. Tuvimos que retroceder. Los hindúes informaban a los portugueses de nuestros movimientos. Llegamos a la conclusión de que había llegado la hora de empezar a luchar. Llevábamos quince días caminando. Así que cuando nos vimos en Macomia sin posibilidad de seguir avanzando, y con la resolución de entrar en combate, mandamos enlaces a los otros dos destacamentos y también uno a Dar es-Salaam, para informar de nuestra situación a los comandantes y decirles que seguir posponiendo la lucha era peligroso.

El 16 de septiembre recibimos de Dar es-Salaam la orden de empezar el 25. Nos llegó durante una reunión operativa del mando de los tres destacamentos. Acordamos que cada uno iría a su territorio y empezaría allí. Al mismo tiempo debería producirse un levantamiento de la población, para que aquello fuese una verdadera sublevación nacional. Cada destacamento debía organizar milicias en su zona y explicar nuestra política a los campesinos, así como destruir carreteras y, por supuesto, hostigar al ejército portugués. Este era nuestro plan.

El FRELIMO libró su primera batalla el 25 de septiembre de 1964 al atacar un puesto del ejército portugués en la aldea de Chai. Murieron siete soldados. Los guerrilleros se retiraron sin bajas.

La táctica que empleaba el FRELIMO se llama en inglés *hit-and-run*: golpea y huye. Es la única posible en situaciones en que la guerrilla todavía es débil y el adversario, fuerte. La cosa se presentaba así: en plena noche, los guerrilleros se arrastraban lo más cerca posible del lugar donde estaba estacionado algún destacamento portugués. Justo al rayar el alba abrían fuego al máximo de su capacidad. Y cuando el

adversario salía del torpor de su profundo sueño y empezaba a contraatacar, se retiraban a la selva.

La guerra de Mozambique la empezaron doscientos cincuenta guerrilleros armados con treinta y seis armas de fuego y sesenta granadas.

En Dar es-Salaam, un Mondlane orgulloso y emocionado repartía entre nosotros el parte del frente número uno, que empezaba así:

«¡Pueblo de Mozambique! En tu nombre el FRELIMO declara hoy solemnemente que ha empezado la Sublevación Armada de la Nación Mozambiqueña contra el colonialismo portugués y en pos de conquistar la plena Independencia Nacional.»

Fecha el 25 de septiembre de 1964.

Quedé con Mondlane por la noche en el bar Uhuru. Sería nuestra última conversación. Me dijo que la victoria se haría esperar unos veinticinco o treinta años. Que, además del fusil y la pizarra, también hacía falta tiempo. Que tenían que recuperar quinientos años.

Los dos resultamos malos profetas. Pero no es de extrañar. Mozambique se hallaba bajo la férula de la dictadura portuguesa, que hasta sus últimos días parecía monolítica. Una dictadura nunca cae gradualmente, poco a poco, sino siempre repentina y totalmente. Parece fuerte hasta el final y por eso no se puede prever en qué día dejará de existir.

Un mes después me fui de Dar es-Salaam.

Más tarde me enteré de que Mondlane había muerto.

En febrero de 1969 en su piso de Dar es-Salaam se presentaron tres hombres que le traían un paquete. Mondlane debía de conocerlos puesto que, al marcharse ellos, empezó a abrir el paquete tan tranquilo, a pesar de que le habían advertido que la PIDE preparaba un atentado contra él.

Momentos después saltó por los aires.

Lo sucedió en el cargo el comandante de la guerrilla del FRELIMO, Samora Machel.

La lucha se prolongó cinco años más.

Después llegó el 25 de abril de 1974, la primavera de Portugal.

Las calles de Lisboa se llenaron de un ejército jubiloso y las multitudes cantaban y lanzaban vítores. Pero aquel día los guerrilleros mozambiqueños recorrían la selva descalzos y pegando tiros, perdidos en su mundo, que llevaba quinientos años de retraso; aún no sabían que todo había cambiado.

Hasta que, finalmente, llegó la tregua. Ahora era posible acercarse y mirar cara a cara a aquel al que se quería matar.

Estoy mirando unas fotos tomadas en Lourenço Marques. En una de ellas aparecen dos hombres, hasta ayer enemigos: un soldado portugués y un guerrillero del FRELIMO. Caminan juntos patrullando las calles. Contemplo a estos dos jóvenes y veo que el soldado lleva botas, y al mismo tiempo descubro que el guerrillero ¡también lleva botas!

Y en ese momento pienso que en el mundo ocurren grandes cosas y que es maravilloso que, después de años de andar descalzo, por fin llega el día en que el hombre puede ponerse unas botas sin temor a dejar su huella en la tierra.

notes

(1) Bandido legendario de los montes Tatra que robaba a los ricos para ayudar a los pobres. (*N. de la T.*)

(2) Antes de quedar incorporado en *Cristo con un fusil al hombro* (1975) —donde apareció recortado y bajo el título de «La muerte de un embajador»—, este reportaje se publicó por separado en 1970. En la presente edición, Anagrama recupera aquel primer texto íntegro. Toda referencia, pues, a situaciones que se prolongan «hasta hoy» o se sitúan «hoy» se refiere al año 1970. (*N. de la T.*)

(3) Mi más profundo agradecimiento a Elisabet Sabartés, periodista barcelonesa residente en México, quien ha salvado la integridad de este texto al conseguir lo que parecía imposible: localizar el número de la descatalogada *Sucesos para todos* en el que aparece la entrevista bajo el expresivo título de «La CIA asesinó al embajador alemán». (*N. de la T.*)